

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

Estrellas negras



Lectulandia

En la breve nota inicial de *Estrellas negras*, el autor cuenta que en 1962 viajó a Dar es-Salaam (Tanzania) «con el fin de abrir la primera corresponsalía polaca de prensa en África, que en aquel entonces se hallaba en pleno proceso de liberación nacional, de descolonización». De ahí surgiría una larga relación con el continente que daría pie a obras fundamentales del reporterismo del siglo xx como *Ébano*, *Un día más con vida* o *El Emperador*. Pero la vinculación de Kapuściński con África había empezado un poco antes, cuando entre 1959 y 1961 estuvo primero en Ghana y después en el Congo, que vivían la efervescencia de sus procesos de independencia. De regreso en Polonia, empezó a escribir sendos libros sobre los respectivos líderes nacionales, Kwame Nkrumah y Patrice Lumumba. Pero el encargo de volver al continente para cubrir esa corresponsalía dejó el proyecto a medias, y sus editores reunieron el material ya publicado en la prensa sobre los dos carismáticos políticos en el volumen que ahora tiene el lector en sus manos. En estos textos tempranos se muestra ya todo el músculo del gran periodista polaco, su capacidad de convertir la crónica en una pieza literaria y al mismo tiempo en un ensayo de calado histórico. Hay en este libro retratos afilados y memorables, empezando por el del tío Wally, el colono empapado en alcohol a quien conoce en el Hotel Metropole. Pero el protagonismo es sobre todo para Nkrumah y Lumumba, porque, como dice Bogumił Jewsiewicki en el epílogo, en el que compara la mirada de Kapuściński sobre África con la de Conrad en *El corazón de las tinieblas*: «Chinua Achebe, uno de los escritores africanos más conocidos, gustaba de subrayar que hasta que los leones no crearan a su propio historiador, la historia de la caza sólo glorificaría al cazador. Es la diferencia fundamental entre la mirada de Kapuściński y la perspectiva de Conrad. Los reportajes de Kapuściński describen a África y los africanos desde el punto de vista de los leones, y no de los cazadores».

Lectulandia

Ryszard Kapuściński

Estrellas negras

ePub r1.0

Titivillus 23.04.16

Título original: *Czarne gwiazdy*
Ryszard Kapuściński, 2013
Traducción: Agata Orzeszek

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Aniversario

epublibre

EDICIÓN CONMEMORATIVA

más libros, más libres



De camino a Stanleyville, enero de 1961. Ryszard Kapuściński y Jaroslav Bouček, jefe de la expedición (segundo desde la izquierda).

Foto del archivo personal de Jaroslav Bouček jr.

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI SOBRE «ESTRELLAS NEGRAS»

En 1962 viajé a Dar es-Salaam con el fin de abrir la primera corresponsalía polaca de prensa en África, que en aquel entonces se hallaba en pleno proceso de liberación nacional, de descolonización.

Era un gran tema de la prensa del momento, también de la polaca. Al emprender aquel viaje ya tenía algo de experiencia africana y publicados algunos textos en torno al continente. Había empezado a escribir un ciclo de reportajes sobre Nkrumah y Ghana, y sobre el Congo y Lumumba, puesto que conocía los dos países. Pero no tuve tiempo de acabarlos porque me enviaron de nuevo a África. En vista de ello, mi editorial, Czytelnik, recopiló lo que se había publicado en los periódicos y lo reunió en un volumen.

Estrellas negras se compone, pues, de mis libros inacabados sobre Nkrumah y Lumumba, dos grandes líderes del África independiente.

(<http://wyborcza.pl/kapuscinski>)

El colono

HOTEL METROPOLE

Vivo en una balsa, en un callejón de un barrio comercial de Acra. La balsa se eleva sobre unos postes hasta la altura de un primer piso y se llama Hotel Metropole. Durante la estación de las lluvias, esta rareza arquitectónica se pudre y se enmohece, y en los meses de sequía cruje y se resquebraja. Pero ¡se mantiene en pie! En el centro de la balsa hay una construcción dividida en ocho compartimentos. Son nuestras habitaciones. El resto del espacio, rodeado por una barandilla de madera tallada, lleva el nombre de terraza. Allí tenemos una mesa grande, donde comemos y cenamos, y varias pequeñas, donde nos sentamos para tomar whisky y cerveza.

En el trópico, beber es obligado. Cuando dos personas se encuentran en Europa, se saludan diciendo: «¡Hola!, ¿qué tal?». En el trópico, intercambian un saludo distinto: «¿Qué vas a tomar?». Aunque también se beba durante el día, el beber de verdad, el programático, empieza con el ocaso, pues el ocaso anuncia la noche, y la noche acecha al osado que se haya burlado del alcohol.

La noche tropical es un aliado incondicional de todas las fábricas del mundo de whisky, coñac, licores, aguardientes y cervezas, y a todo aquel que no reporte beneficios a las destilerías lo combate esgrimiendo su mejor arma: el insomnio. El insomnio es siempre agotador, pero en el trópico es asesino. Torturado por el sol durante el día, exhausto por una sed nunca saciada, debilitado y martirizado, el ser humano tiene que dormir.

Debe. Pero ¡no puede!

Hace demasiado bochorno. El aire pegajoso y sofocante llena la habitación. Ni siquiera es aire, sino algodón húmedo. Respirar equivale a tragar bolas de algodón empapado en agua caliente. Insoportable. Es algo que marea, envilece y exaspera. Pican los mosquitos, chillan los monos. El cuerpo, empapado en sudor, se vuelve pegajoso y repugnante al tacto. El tiempo se detiene, el sueño reparador no llega. ¡Oh, noche del mal! A las seis de la mañana —invariablemente a las seis, todos los días del año— sale el sol, que añade la incandescencia de sus rayos al bochorno de esta sauna sofocante y petrificada. Hay que levantarse, pero faltan las fuerzas para hacerlo. Napoleón no se ata los cordones porque dice que agacharse hasta alcanzar el zapato le supone un esfuerzo excesivo. Una noche así causa estragos en la psique. Lévi-Strauss^[1] habla de «tristes trópicos». ¡Qué acertado! La persona se siente allí desvencijada como una zapatilla vieja. Apagada, desdentada, inerte. La atormentan añoranzas extrañas, nostalgias inexplicables, pesimismos lúgubres. Espera que se acabe el día, que se acabe la noche, ¡que todo se acabe de una puñetera vez!

Y, cómo no, bebe. Bebe contra la noche, contra la desesperanza, contra la inmundicia de la cloaca de su sino. Es la única batalla que es capaz de librar.

El tío Wally bebe también porque el alcohol le sienta bien a sus pulmones. Tiene tuberculosis. Flaco, respira con dificultad y jadeando. Se sienta en la terraza y grita: «¡Papá, lo de siempre!». Papá se dirige al bar y vuelve con una botella. Las manos del tío Wally empiezan a temblar. Vierte un poco de whisky en el vaso, que completa con agua fría. Una vez apurado, se prepara el siguiente. Los ojos se le llenan de lágrimas y el cuerpo se estremece entre las sacudidas de un llanto silencioso. Está hecho una ruina, una piltrafa. Londinense, en Inglaterra trabajó como maestro albañil. La guerra lo arrastró hasta África. Y aquí se quedó. Sigue siendo albañil, sólo que se ha dado a la bebida y tiene podridos los pulmones. Ni siquiera intenta curárselos. ¿De dónde sacaría el dinero para pagar el tratamiento? Una mitad del sueldo se le va en el hotel y la otra en el whisky. No tiene nada, literalmente nada. Unas camisas hechas jirones, un único par de pantalones zurcidos y unas sandalias que dan pena. Sus compatriotas, impecablemente elegantes, renegaron de él y lo expulsaron de su círculo. Le prohibieron incluso reconocerse inglés. *Dirty lump*. ¡Sucio despojo! Cincuenta y cuatro años de vida. ¿Qué le queda? El poder beber un poco de whisky y bajar al hoyo. Así que bebe mientras espera su turno para bajar. «No te cabrees con los racistas», me dice. «Ni con los burgueses. ¿No ves que acabarás criando malvas en la misma tierra que ellos?».

Su amor por An. ¡Dios mío, llamarlo amor! An acudía cuando le faltaba dinero para el taxi. Tiempo atrás, había sido chica de Papá, y seguía exigiendo por ello pequeñas recompensas: dos chelines. Tenía la cara llena de cortes cicatrizados. Provenía de los *nankani*,^[2] una tribu del norte donde a los recién nacidos se les desfigura el rostro. La costumbre había surgido en la época en que las tribus del sur conquistaban a las del norte para luego venderlas como esclavos a los blancos. De modo que los norteños se afeaban la frente, las mejillas y la nariz, para así convertirse en una mercancía invendible.^[3] En la lengua *nankani*, feo equivale a libre; son sinónimos. An tenía unos ojos rebosantes de ternura y sensualidad. Toda ella era ojos. Lanzaba hacia alguien una de sus miradas largas y felinas, y cuando sabía que lo tenía atrapado, esbozaba una sonrisa y pedía: «Dame dos chelines para el taxi». Y el tío Wally se los daba. Siempre. Luego le servía un whisky y le sonreía mientras se le nublaba la vista. Solía decirle: «An, quédate conmigo. Dejaré de beber. Te compraré un coche». Ella le contestaba: «¿Para qué quiero yo un coche? Prefiero hacer el amor». Él insistía: «Vamos a hacer el amor, tú y yo». «¿Dónde?», preguntó ella en una ocasión. Wally se levantó de la mesa y recorrió los pocos pasos que lo separaban de su habitación. Abrió la puerta y permaneció aferrado convulsivamente al picaporte. En su lóbrego cubículo no había sino una cama de hierro y una mesilla de noche. An soltó una carcajada. «¿Aquí? ¿Aquí? Mi amor tiene que vivir en los palacios. ¡En los palacios de los reyes blancos!».

Todos presenciamos la escena. Papá se acercó a An, le tocó el hombro y gruñó: «Esfúmate». Divertida, An se alejó agitando el brazo en señal de despedida: *bye, bye*. El tío Wally volvió a la mesa. Agarró la botella, se la llevó a la boca y se puso a beber

a grandes tragos. Antes de acabarla, cayó sobre la silla, derrotado. Lo llevamos a su cuchitril y lo acostamos en la sábana blanca que cubría su camastro de hierro..., sin An.

Desde aquella escena, solía decirme: «Red, tu madre es la única mujer que nunca te traicionará. No cuentes con nadie más». Me gustaba escucharle; era todo un sabio. Una vez me dijo: «Las mantis religiosas son más honestas que nuestras mujeres. ¿Las conoces? En su mundo, el período de galanteo no dura mucho. No tardan en desposarse. Después la pareja de novios celebra la noche de bodas. Y por la mañana la señora mantis devora al señor mantis. ¿Para qué martirizarlo toda la vida? El resultado sería el mismo. Cuanto más pronto se hacen las cosas, más honesto resulta».

Esa nota amarga en las divagaciones del tío Wally preocupaba a Papá. Él nos tenía atados corto. Cada vez que me disponía a salir, tenía que decirle adónde iba y para qué. Si no, bronca al canto. «¡Temo por ti!», gritaba. Pero cuando el que grita es un árabe, no hay que tomárselo demasiado a pecho. Es su forma de hablar. Y Papá era árabe, libanés. Habib Zacca.^[4] Arrendaba el hotel desde hacía un año. «Después del Gran Desastre», solía decir. Y era cierto. La mala suerte lo había golpeado con saña. «¿Zacca? Zacca era millonario, ¡millonario!», exclamaba un amigo suyo. «Zacca tenía una mansión, coches, tiendas, jardines». «Cuando se me paraba el reloj, lo tiraba por la ventana», suspiraba Papá. «Mi casa tenía las puertas siempre abiertas. Día tras día se llenaba de invitados. Come, bebe, a voluntad. ¿Y ahora? No me reconocen. Tengo que presentarme. A esos mismos que no hace tanto se atiborraban bajo mi techo de carísimos manjares». Papá llegó a Ghana hace veinte años. Empezó con una pequeña tienda de artículos textiles y logró amasar una gran fortuna, que luego perdió en un año, en las carreras. «Los caballos acabaron conmigo, Red».

Vi su establo. Lo tenía en un palmeral en las afueras de la ciudad. Nueve caballos blancos, magníficos ejemplares de raza árabe. ¡Qué bien los conocía, cómo los acariciaba! A su mujer le levantaba la voz, pero a sus caballos los mimaba como un tierno amante. Sacó uno para enseñármelo. «El mejor caballo de toda África», dijo con desesperanza, porque su campeón tenía una llaga incurable en la cuartilla. Los demás caballos también tenían el mismo tipo de llagas, y se le iban muriendo uno tras otro. Para él, era una tragedia muy superior a la pérdida de un millón. Sin caballos se veía privado de la única pasión de su vida. En los días en que no podía visitar el establo, se mostraba irascible, cualquier cosa lo sacaba de quicio. Sólo se calmaba en el palmeral, contemplando cómo el mozo de cuadra hacía desfilar ante él, uno a uno, los veloces ejemplares de raza árabe con ojos de sangre.

A su mujer, Papá nunca la llevó a ver los caballos. La trataba con brusquedad y dureza. Ella solía sentarse en un sillón, inmóvil y en silencio, mientras se fumaba un cigarrillo. Un día le pregunté: «¿Cuántos años tiene, señora?». «Veintiocho». Veintiocho años y el pelo blanco como una paloma, palidez y arrugas. Había dado a luz a cuatro hijos. Dos vivían en el Líbano y los otros dos en Acra. Algunas veces

traía a su hija, una niña enferma, afectada de cretinismo, que se daba batacazos contra el suelo, se arrastraba a cuatro patas y chillaba de forma tan inhumana que se nos helaba la sangre. Con los diez años cumplidos, no sabía andar ni hablar. Gateando, se arrastraba hasta el rincón donde estaba el gramófono, alzaba la cabeza y lanzaba miradas suplicantes. La madre ponía un disco de Dalida. En la canción se clavaba un agudísimo aullido de la niña. Estaba contenta, su rostro irradiaba felicidad. Terminado el disco, la garganta de la criatura emitía un gruñido ininteligible: pedía más música. Un espectáculo desgarrador.

La pequeña se había encariñado con Primer Ministro. Sólo él sabía sonreírle. Ella se abrazaba a sus pies, se restregaba contra sus piernas, ronroneaba. Él le acariciaba la cabeza y le daba suaves tironcitos de orejas. Lo llamábamos Primer Ministro porque se jactaba de tener contactos con muchos miembros del gobierno de Guinea. Antes, había vivido en Conakry, donde se dedicaba a comerciar con Dios sabe qué. «Si alguno de vosotros se dispone a viajar a Guinea, sólo tiene que decírmelo. Le daré una carta para Sékou Touré», decía dándose importancia. «Es un amiguete mío. ¿Los ministros? ¡Qué ministros ni qué ocho cuartos! No merece la pena gastar saliva con tan poca cosa». Aquí, fue derecho a hablar con Nkrumah. Pero los guardias se lo impidieron. «No saben quién soy», dijo de ellos, compasivo.

Primer Ministro mantiene conmigo una especie de compadreo. Me coge por banda y me invita a una cerveza. «Escúchame, Red», empieza, «tú que has viajado tanto por el mundo, dime, ¿en qué país podría yo montar un gran *business*? Mi *business* en Ghana es pequeño. Un *business* minúsculo».

Contemplo el rostro sudoroso de este gordinflón, su cara de perro apaleado. ¿Qué puedo aconsejarle? Pienso para mis adentros: he aquí un hombrecillo con ambiciones de capitalista, de ningún modo un tiburón de las finanzas sino un pececillo chico, uno más del ejército de pequeños comerciantes. ¿Por qué no sugerirle alguna idea? Pondero: Birmania, Japón, Pakistán. Pero todos esos lugares ya están más que saturados. «¿La India, tal vez?», pregunta Primer Ministro. De ninguna manera, pienso, La India es muy difícil. En todos esos países se han instalado monopolios. «Demasiados monopolios», le digo, «maldito capitalismo». Él asiente con la cabeza y repite apesadumbrado: «Maldito capitalismo». Primer Ministro va de país en país en un intento de hacerse un sitio en el mercado, de crecer en importancia. Bajo no pocos cielos ha intentado plantar su tienda. Pero todo en vano. Un esfuerzo estéril, una lucha condenada al fracaso. «¿No existirá un país donde montar un gran *business*?», pregunta. «Me parece que no», le contesto, «al menos eso creo».

Primer Ministro me da pena. Deambula, sopesa, pregunta. Se ha comprado un globo terráqueo, y lo recorre con el dedo, que a veces se detiene en seco. Entonces me llama. «¿Y aquí, Red?». Miro hacia el punto que señala: Filipinas. «No», le digo, «lo tienen copado los americanos». «¿Los americanos?», busca confirmación, temeroso. «¿Sólo pequeño *business*, pues?». Abro los brazos en un gesto de impotencia. «Es lo más probable, un *business* minúsculo». Se pone a reflexionar, y al

cabo de un rato me confiesa: «Quisiera tener un gran *business*. Me gusta más que las mujeres». «¿No te gustan las mujeres?», inquiero. «Tampoco están mal. Las mujeres más bellas se encuentran en Dakar».

Respecto de esta materia, Primer Ministro siempre discute con el joven Khouri, hijo del Gran Khouri (libaneses todos). El joven Khouri, Nadir, es un verdadero hombre de mundo. Tiene coches esperándolo en París, Londres y Roma. También es un perfecto majadero. Nada me divierte más que una charla con él. «Ven conmigo a Australia», me propone. «No puedo, no tengo dinero», respondo. «Pues escribe a tu padre, y que te lo mande». «Mi padre es un tacaño», le explico, «no me permite volar a mis anchas». Nadir no conoce límite en lo que al despilfarro y la vida disoluta se refiere. Lo tiene todo. Su padre no para de atiborrarlo de dinero. El Gran Khouri adora al Khouri pequeño. El viejo vive en Nsawam, un pueblo apartado de Acra, en una casa humilde que amenaza ruina, y entre muebles modestos. El conjunto ofrece un aspecto de pobreza. Y, sin embargo, se trata de la residencia del que tal vez sea el hombre más rico de África occidental, el multimillonario Gran Khouri. Este comerciante callejero de Beirut posee capital, pero no tiene exigencias ni necesidades. Se alimenta de tortas ácimas cocidas al fuego mientras multiplica unos beneficios que alcanzan sumas astronómicas. Es un anciano que quizá morirá este mismo año. Dueño de toda una calle de casas en Beirut, no las ha visto en su vida. Bien mirado, surrealismo puro. Gran Khouri es analfabeto. Necesita a alguien de confianza que le escriba las cartas comerciales.

Había otro hombre que también se alojaba en el Metropole. El joven Khouri lo miraba con veneración. «Es un intelectual», me explicaba. Sociable y divertido, el intelectual se pasaba horas contándonos chistes. También nos enseñaba una fotografía: una mujer mayor de aspecto agradable bajo una sombrilla. «Es mi novia», aclaraba. «Vive en California y lleva quince años esperándome. Esperará otros quince y se morirá. Pero la muerte no es terrible. Sólo hay que estar suficientemente cansado». Y soltaba una carcajada. Aquella risa me daba escalofríos. El intelectual se emborrachaba a escondidas, nunca en la terraza. Sostenía que beber en público era una muestra de mala educación. Se levantaba en medio de una conversación, se metía en su cuarto y vaciaba de un trago el contenido de una botella. Luego oíamos el ruido sordo de un cuerpo desplomándose sobre el suelo; nunca le daba tiempo de llegar hasta la cama.

El intelectual, cuando no escribía cartas para Khouri, se enzarzaba en largas disputas con Napoleón. Era éste un hombrecillo menudo, dotado de una pequeña redondez: la barriga. «Echo de menos mi casa», solía decir, «cuánto la echo de menos». Pero no hacía ningún esfuerzo por marcharse. Recorría la terraza con paso de desfile, de punta a punta. Sacaba un espejo y contaba sus arrugas. «Tengo sesenta años, y, sin embargo, ¡ya veis lo joven y fuerte que me mantengo! Puedo caminar durante horas sin una pizca de cansancio. ¿Qué edad me echaríais, eh?». Papá le contestaba: «Unos veinte». «¿No os lo decía yo?», y celebraba su triunfo tensando los

músculos hasta tal punto que las sienes se le cubrían de venas abultadas. Creo que estaba chalado. Finalmente, un buen día se marchó. Sus pasos marciales dejaron de sonar. Todo se volvió más silencioso.

Iluminada por varias bombillas de poca potencia, nuestra terraza se veía desde la calle. A la débil luz se podían divisar desde abajo unas sombras moviéndose sobre la balsa, sombras que no pertenecían a nadie. Su muda pantomima, su danza lenta, se desenvolvía en pleno corazón de Kokompe. Sin embargo, el barrio —negro por excelencia— las ignoraba por completo. Kokompe tenía su propia vida, ajena e inaccesible para el Metropole. En opinión del barrio, las sombras de la balsa pertenecían a otro mundo, al territorio poblado por los bungalows de los representantes blancos de la administración y el comercio: al barrio de Cantonments. «¡Ésa es vuestra familia!», decía Kokompe mientras nutridos grupos de sus habitantes pasaban indiferentes junto al hotel.

Pero las sombras tampoco existían a los ojos de Cantonments. ¡Hasta ahí podíamos llegar! El barrio de Cantonments les volvía la espalda con desprecio y vergüenza. La balsa constituía una deshonra que Cantonments, ese burócrata europeo y esnob, ese burgués rico y de buenos modales, prefería ignorar.

Así, la balsa no quedaba amarrada a ninguna barcaza: las sombras existían por y para sí mismas. Podían multiplicarse o desaparecer; no tenía importancia. «¿Y qué es lo importante?», preguntaba el tío Wally, pero nunca le contestó nadie.

EL «BON TON» EN UN CLIMA TÓRRIDO

Un hombre confundido, el señor Voldeaux. Cuatro veces huyó del Congo y las cuatro volvió. «¿De qué tiene tanto miedo?», le pregunto. Se encoge de hombros como diciendo que no lo sabe. Pero sí lo sabe, y yo también lo sé. El éxodo se desató en julio, el primer mes del Congo independiente. Los aeropuertos se vieron desbordados por una marea humana. Los periódicos se llenaron de fotografías de salas de espera atestadas de gente, de hatillos y de niños sentados sobre esos hatillos. La prensa se compadecía. Occidente siempre se compadece en semejantes ocasiones. Los belgas se compadecen de los franceses en Argelia, los franceses de los holandeses en Irian, los holandeses de los portugueses en Angola... Los colonos forman una internacional: se apoyan mutuamente estén donde estén. Al que no se compadece lo suficiente no tardarán en aumentarle la dosis de compadecina. Hasta el día en que alguien constate que ya no queda nadie que no se compadezca, y entonces los periódicos cambian de tema.

La huida se desarrolló en un ambiente de pánico, y el pánico lo desencadenó un rumor. Cuando a los colonos, de natural dados a la rumorología, la tierra empieza a temblarles bajo los pies, toda su manera de pensar se vuelve rumorológica. Primero se difundió el bulo de que asesinaban a belgas. Nadie se iba a poner a comprobarlo; bastaba con que sonara la palabra «asesinar» para que arrancase una oleada de colonos verdes de miedo. «Señor Voldeaux», digo, «nómbreme una localidad en que los negros hayan asesinado a un belga». No sabe nombrar ninguna. En el fondo, el hecho resulta paradójico. Allí donde los belgas habían cometido tantas atrocidades, donde más tarde caerían abatidos italianos y ghaneses, suecos e hindúes, y, finalmente, los propios congoleños, no murió de muerte violenta ningún colono belga, o casi ninguno. Se hizo correr el rumor de que un pelotón de negros había violado a una belga. Absurdo total. Hay que conocer el temperamento de los africanos: ninguna europea aguantaría semejante embate. Se clamó que incendiaban barrios blancos. Otra fantasía. Visité un barrio de éstos en Stan:^[5] encantadores chalés modernos rodeados de flores, enormes y eternas flores del trópico. Ni un alma en derredor. Aquí y allá una ventana abierta, coches en los garajes. Escudriñé el interior de algunos chalés. Parecía como si sus habitantes acabaran de salir. Aquí, una cubertería de plata sobre la mesa porque a los comensales no les dio tiempo de terminar el plato; allí, un paquete de tabaco medio lleno sobre el escritorio; más allá, una aspiradora abandonada en medio de la habitación. En algunas casas ya se han instalado las lagartijas: los belgas habían huido hacía nueve meses. Y, sin embargo, todo estaba intacto.

La prensa insistía en la tesis de que era Bruselas la que había organizado el

éxodo. Tengo serias dudas al respecto. No hacía falta organización alguna; los colonos habían salido de estampida presas de su propio miedo. Hay que conocer el alma del colono. Éste vive en una casita preciosa y se toma cócteles helados, pero está sentado sobre un barril de pólvora. Cuando el colono descarga un puñetazo en la cabeza de un negro, el negro se encoge y se aparta. Pero no olvida. Y el colono recuerda que el otro no olvida. Es consciente de ese barril, de esos golpes, de que ha ido sembrando tempestades. Su conocimiento es profundo. Así, basta que se mueva una brizna del denso, petrificado, aire africano para que se le hagan los dedos huéspedes. Cuando el país aún está en calma, el pueblo en silencio y la servidumbre dócil, la imaginación del colono ya ha empezado a barruntar. Le asalta la hora de los recuerdos. Mientras recuerda, aparecen los negros que también querrían hacerlo junto a él. Vaya a donde vaya, a todas partes lo sigue el barril de pólvora. El colono no se lo toma nada bien. Se siente acosado. Le dan vahídos, las piernas se le llenan de plomo. En el exterior no ocurre nada, pero en el interior del colono se ha desatado un tifón de pavor. Finalmente no aguanta la tensión que él mismo ha creado.

Y huye.

La biografía del colono es banal. Empieza en algún lugar de Europa, donde el futuro colono pasa sus años grises. Por ejemplo, regentando una tienda. O trabajando de oficinista. O de dependiente. O de cobrador de la luz. Es un *petit blanc*, un hombre de la calle. Le está vetado el lujo de la Riviera, no puede comprarse una limusina. Ve la abundancia al tiempo que lo atormenta la estrechez. Su vida es espera. A que el negocio funcione. A que el jefe esté de buen humor. A un milagro de la coyuntura. A Godot.

A veces se le enciende una chispa de iniciativa. O le embarga un deseo de aventura. Entonces empieza a ahorrar. Parte en un largo viaje y aterriza en África. Enseguida sube varios peldaños en el escalafón: un ascenso fulminante donde los haya. Tanto, que junto a él palidecen incluso las deslumbrantes carreras de las estrellas de cine. El colono hace carrera en un día y sin esfuerzo alguno. Mientras mastica pollo a bordo de un cómodo avión, con cada kilómetro que recorre gana en esplendor. Encerrado en la hermética cabina de su carabela, al igual que la crisálida en su capullo, vive una metamorfosis: de mendigo se transforma en rey. Se convierte en colono, o, lo que es lo mismo, en un gran señor. No por eso ha cambiado como persona. El tendero sigue siendo tendero. Sigue siendo ese hombrecillo del montón, de ideas cliché, mentalidad conservadora y gusto adocenado. No ha sido él quien se ha ganado el ascenso. Ha sido la ideología: el tendero ha probado alimento de la caldera del racismo. El *petit blanc* se ha convertido en un *Grand Blanc*. ¡De rodillas, naciones!

Los colonos viven en barrios cerrados. El negro puede entrar allí, pero sólo de día. Cuando el blanco quiere algo de un negro, lo manda llamar. Al comparecer, el negro tiene que esperar tras la verja, en la calle. El colono está sentado en un sillón del porche. Se ponen a hablar. Las palabras recorren una distancia de entre veinte y

treinta metros. Dicha distancia es necesaria por razones de higiene: los alientos blanco y negro no deben mezclarse. Desde que se pone el sol, los nativos tienen prohibida la entrada: las brisas nocturnas limpian el aire contaminado por las visitas diurnas de los negros.

La nota de color se la dan a los barrios blancos las señoras colonas, esposas de los colonos. Ellas también han sufrido una transformación al abandonar su antiguo oficio de cajeras o modistas. Ahora la señora colona se encarga de su casa. Sentada en un sofá, se alisa las arrugas y da órdenes al servicio, que es numeroso: de seis a diez personas. Negras, por desgracia. La señora colona no lo tiene nada fácil porque se ve obligada a pensar por todos, ya que negro significa tonto: no consigue aprender en qué lado del plato se coloca el tenedor. La colona pone mucho de su parte en educar al negro. Es importante que sirva la mesa con guantes blancos, cosa que proporciona la agradable ilusión de recibir alimento de mano europea. Si el negro deja caer una cuchara, en el colono estalla un géiser de pensamientos filosóficos. Analiza su existencia a la luz de la problemática del individuo que, como portador de la grandeza humana, está condenado a la soledad en el enajenante mundo de los débiles mentales. De manera que el colono habla de alienación, con lo que profundiza en el tema más en boga de la filosofía contemporánea. Así, se convierte hasta cierto punto en una especie de intelectual.

La casa está patas arriba cuando la colona prepara una *party*, que siempre es todo un acontecimiento y que se rige por unas reglas propias. Todo barrio blanco es un gueto cerrado, el cual a su vez se divide en otros círculos cerrados. Cada uno de ellos puede contar incluso con quince familias, que se relacionan por medio de la *party*. Cuando viene un invitado de categoría, también se le organiza una. Pero ésta, producto de una circunstancia extraordinaria, es excepcional; mucho más a menudo se organizan *parties* que calificaría yo «de trabajo». Las exige la vida misma porque la gente tiene que charlar de vez en cuando, y no hay costumbre de hacerlo fuera de una *party*. A menudo se ve a dos colonos aburriéndose en sus respectivas tumbonas colocadas en el jardín, sólo los separa una valla de tela metálica y, sin embargo, no se dirigen la palabra: falta la *party*. El colono tiene muy pocas palabras que decir, así que debe ahorrarlas para, en el curso de una *party*, poder abrir la boca al menos un par de veces. El principal problema de las colonas es su cuerpo, regulado con ayuda de corsés. Los corsés, como las lentes, se dividen en cóncavos y convexos. A causa de ellos, todas las colonas padecen de abrasiones. Lo que causa auténtica sensación en una *party* es la presencia de un comunista. Heme charlando con un anfitrión en su terraza, llegan sus invitados y el colono me presenta:

—El señor Kapuchkinchi, comunista.

Las matronas por poco se caen de espaldas. ¡Un comunista! ¡Ay, Dios del cielo! Empiezan a dar vueltas para observarme. También yo doy vueltas para observarlas a ellas. La *party* se convierte en un tiiovivo. No paramos de andar en círculos. Es una especie de zoológico de doble sentido: ellas tienen un espécimen y yo tengo los míos.

Un rato más y empezaremos a darnos mutuamente terrones de azúcar. Una *party* así es considerada un éxito y comentada en el barrio durante mucho tiempo.

Está bien, asimismo, que la *party* se celebre en un jardín y que entre los invitados haya un colono veterano. Sentado en un sillón, el colono abuelo aparece arrebujaado en mantas porque lo sacuden unas fiebres palúdicas inveteradas. Apoyado en un bastón, rememora ante los oyentes sus heroicas aventuras de la época pionera del colonialismo.

—*You know* —carraspea el abuelo en medio del silencio—, *I killed him with a stick. Like a snake.*^[6]

Animado por el recuerdo, aparta las mantas, se pone en pie sobre sus desvencijadas piernas y, ¡zas!, descarga un bastonazo en el suelo.

—*Look, something like that.*^[7]

Del suelo se levanta una nube de polvo, y las señoritas colonitas se apartan de un salto para que no les ensucie sus atuendos. Lo contrario que los colonos, que, concentrados, se inclinan para contemplar el lugar donde el abuelo mató a un negro con el bastón como a una serpiente. El abuelo vuelve a sentarse en el sillón, pasea la vista por los presentes y se echa a reír: jiii, jii, ji. Tres veces. Los demás, tras una respetuosa pausa, también articulan un jiii, jii, ji, y otro jiii, jii, ji. Seis veces, como mandan los cánones de buena educación.

Ninguna de las colonas invitadas pierde detalle de lo que se sirve en la *party* y hace un cálculo mental: cuando le toque a ella, mandará servir lo mismo y en la misma cantidad para no salir perdiendo. Debido a esto, todas las *parties* resultan culinariamente idénticas. El programa también contempla bailes. Un vals bailado en el corazón de África entraña un encanto especial.

—¿No es extraordinario? —me preguntó en una ocasión una colona.

—Lo es, señora —le contesté cortésmente.

Los colonos, sometidos a las objetivas y universales leyes de la fisiología, a veces tienen hijos. Así nacen los colonuelos. Como es natural, los niños sufren resfriados, diarreas, hiperhidrosis... Se los protege del sol, por lo que todos están transparentemente pálidos. No hay niño sin niñera. El colonuelo sano, al aprender a andar, también se curte en el arte de pegar al negro. Empieza por la niñera. Las colonas están contentas porque de esta manera sus hijos adquieren desde pequeños repugnancia por las negras. Ya un poco crecidos, los colonitos son llevados al colegio en coche. Sentados en sus pupitres, escuchan el blablablá del cura de la escuela de la misión. Así transcurre clase tras clase. Luego los llevan en coche de vuelta a casa. Tienen prohibido jugar en el jardín por las serpientes que allí puedan acechar. En las vacaciones, el colonito viaja a ver a su abuela, que vive en Europa. De allí regresa orgulloso porque ha visto muchos blancos juntos. Estas visitas crean en él un apego a su raza.

Más tarde, el colonito aprende a conducir. Una vez adquirida la destreza, puede dedicarse a su juego favorito: apuntar con el guardabarros a las corvas de los negros,

cortarles el paso y echarlos de la carretera. Los colonitos suelen llevar a divertirse así a sus respectivas colonitas, que se muestran encantadas y muy orgullosas de sus *honeys* por lo valientes que son. Si un mancebo le da un beso a su colonita, ésta pondrá ojos de cordero degollado y susurrará un *Oh, darling* como si exhalara el último suspiro. Entre los colonos, este fenómeno se llama amor.

Una ocupación prácticamente cotidiana consiste en ir a la compra. Es el momento en que se ponen al volante las colonas. Puesto que salen a comprar por la tarde, en esas horas se produce el mayor número de accidentes de tráfico. La colona compra siempre en una misma tienda, invariablemente de aspecto muy pintoresco. En los estantes hay miles de latas de lo más diverso, todas envueltas en etiquetas multicolores. El papel de esas etiquetas siempre es brillante. El pan, la mantequilla, la sopa, la carne, la cebolla, el *pudding*, todo está enlatado. Las conservas se traen de Europa en barco o en avión. Está científicamente demostrado que las gallinas africanas ponen los huevos iguales que las europeas. Sin embargo, el colono jamás tocará un huevo procedente de África. Lo considera *lousy*, asqueroso. El colono no conoce el sabor de la mandioca ni del aceite de palma. Los plátanos los come sólo en Europa. ¿Por qué no en África? Por principios. Uno de ellos consiste en no llevarse a la boca nada de lo que come el negro. Si lo hiciera, el colono se desblanquearía, cosa que desea evitar. Vi en el Congo a colonos que pasaban hambre pese a que había comida de sobra, sólo que era comida africana. Ninguno quería tocarla. El colono es un hombre de principios.

El colono es un apasionado del ahorro. En una ocasión me adentré con uno en lo profundo de la selva. Se hizo de noche y tuvimos que pernoctar en una choza. Se me habían acabado los cigarrillos. El colono resultó generoso. Sacó dos pitillos y me dijo:

—Toma, te los dejo prestados. Me los devolverás mañana cuando te compres un paquete. Cuando volvamos, no digas a nadie que soy de los que presta. Podrían intentar aprovecharse de mí.

El colono respeta el dinero y los coches. Nada más. Un blanco que no tenga coche, como un reportero llegado desde Polonia, sin ir más lejos, es considerado un paria y un proscrito. Denigra a la raza. Por eso lo llevan en coche allí donde quiera ir, con tal de que los negros no vean que un blanco se desplaza a pie.

No hay nada acerca de lo cual el colono no se haya formado una opinión. El mejor acompañante para sondearlas es la cerveza, pues beber cerveza favorece la concentración.

—¿Qué dicen los negros? —pregunto.

—¿Qué van a decir? Son unos ladrones.

—¿Ah, sí? ¿Le han robado algo?

—No, nada. ¿Qué puede robar esa gente?

—Y, sin embargo, ¿son unos ladrones?

—Claro que lo son.

Me lo dice un colono que lleva veinte años viviendo en África y que nunca ha hablado con un negro. Sigo inquiriendo:

—¿Y cómo viven?

—¿Cómo iban a vivir? Siempre se están apareando.

—¿Qué quiere decir con «apareando»?

—Que si alguno se empeña, ¡no vea!

En ese momento hay que interrumpir la conversación para dar tiempo a que afloren nuevos pensamientos. Mis preguntas han agotado todas las capacidades de su cerebro. El colono se inclina sobre su jarra de cerveza. El esfuerzo interior lo inmoviliza. Le arden las sienes; se enjuga la frente. En su rostro se dibuja una gran tensión. Sorbe un trago y suspira: aaaahhhh. Saca un pañuelo para enjugarse durante largo rato, cosa que le alivia. De nuevo vuelve la tensión. Se le abultan las venas del cuello. De pronto, parece iluminarse. Se ve que en algún recóndito rincón ha encontrado una brizna de pensamiento. La saca a la luz con cuidado, la mira y remira. No, demasiado pequeña. No basta para formar una palabra siquiera. Se le nubla el semblante; renuncia, derrotado. Paga la cerveza y se va.

El Grand Blanc, el Señor del Mundo.



Ghana de cerca. Fotografías de Ryszard Kapuściński, diciembre de 1959-enero de 1960.

© Ryszard Kapuściński/Estate of Ryszard Kapuściński



«Llevo aquí una semana. Intento conocer Acra» (las citas están sacadas de *Ébano*).



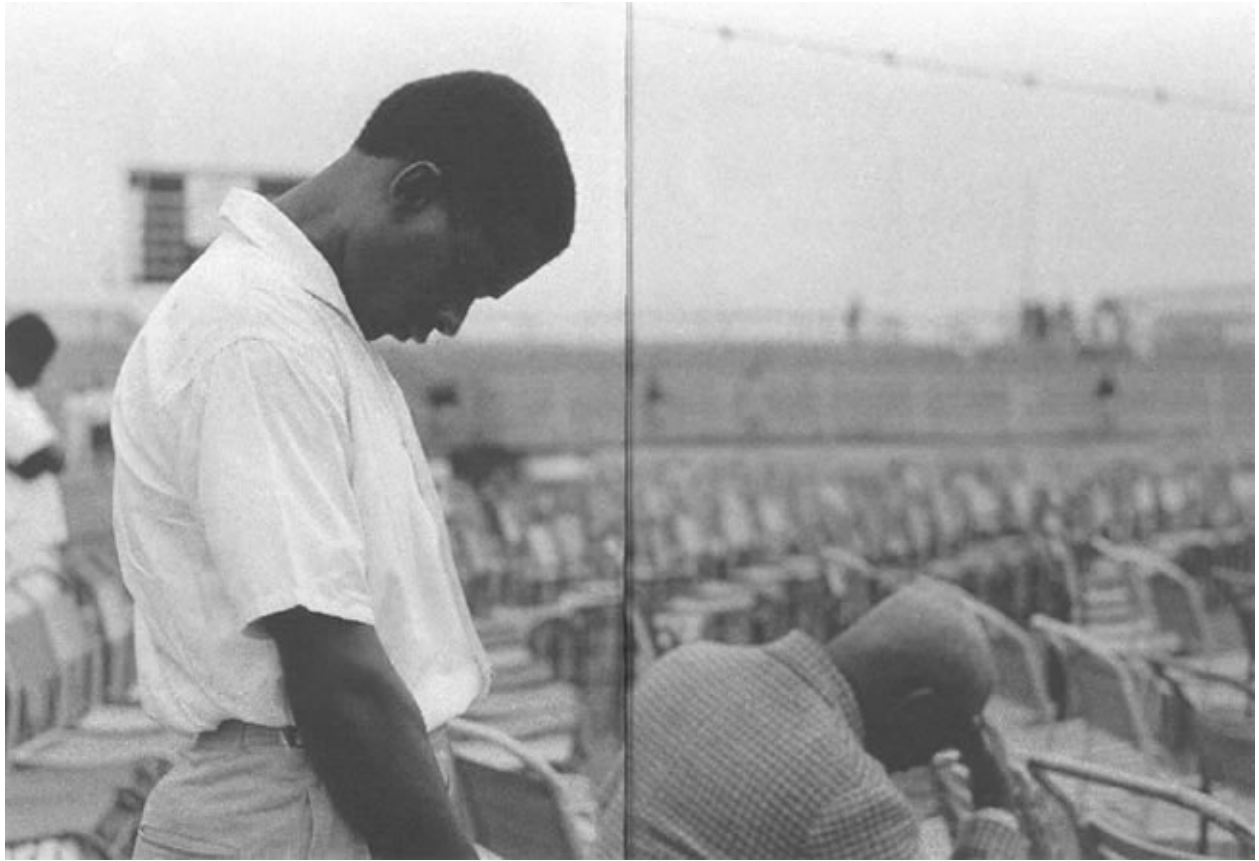
«Es una ciudad pequeña que parece haberse multiplicado y autocopiado, y que ha salido a rastras de la selva para detenerse a orillas del golfo de Guinea».



«Acra es plana, baja y mísera [...]. Tráfico, multitud de gente, bullicio; la vida se hace en la calle».



«La calle no es sino mera calzada, separada de los bordes por un arroyo-alcantarilla. No hay aceras. Los coches se entremezclan con la multitud pedestre».



Antes del mitin.



Muchacha en el estadio.



«En un mitin de estas características hay personas adultas, pero sobre todo un montón de niños».



Esperando la llegada de Kwame Nkrumah.



Habitantes de Acra escuchando el discurso de Nkrumah.

Kwame

BOICOT EN EL ALTAR

Una multitud llena la plaza del West End. Al sol, bajo el blanco cielo de África. Negra, paciente, bañada en sudor, la multitud aguarda a pie firme la llegada de Nkrumah. La plaza, esa sartén parda del centro de Acra, está abarrotada hasta los topes. Los últimos en llegar pugnan por hacerse un hueco; un poco más, y la valla que rodea la plaza empezará a ceder y los niños que se han subido a las estacas comenzarán a caer como plátanos. Hace un calor inhumano; en serio, el trópico es atroz. Todo el mundo aguanta al sol porque la plaza está al sol, en la plaza hay una tribuna y en la tribuna aparecerá Nkrumah.

Un mitin así estaría mejor más cerca del mar, donde sopla la brisa y las palmeras dan sombra. Pero ¿qué iban a importar la brisa y las palmeras si no concordaban con la historia? Y la historia nos enseña que en 1950 Kwame Nkrumah había convocado un mitin precisamente en el West End. En aquella ocasión, la gente había acudido en masa y también permaneció a pie firme bajo un sol calcinador que caía a plomo sobre la tierra; fue en enero, un mes tórrido, el mes de la sequía. Kwame Nkrumah habló entonces de la libertad. Ghana^[8] tenía que ser independiente y era por lo que había que luchar. El orador dijo que existían tres caminos. El de la revolución armada, que descartó. El de pactos de despacho, también descartado. Pero apuntó que existía un tercer camino, el de la lucha del pueblo por la libertad por medios pacíficos. Y fue precisamente en el West End donde aquel día lanzó la consigna de alzarse en este tipo de lucha.

Ahora es el aniversario de aquella fecha, casi una fiesta. El primer ministro va a pronunciar un discurso en el que dirá aquello que tanto gustan de decir los líderes de todos los países del mundo: «Hemos elegido el camino correcto».

En la plaza se han instalado altos mástiles. Son doce. De cada uno de ellos penden ocho retratos de Nkrumah. Suman un total de noventa y seis. Basta levantar la vista para contemplarlos en detalle. Entre los mástiles han tendido cuerdas de nailon en las que ondean banderines, también de nailon, con el emblema de la cerveza holandesa Heineken. Publicidad sin más. El conjunto ofrece el aspecto de un barco de grandes dimensiones. Pero este barco no surca ningún mar. Se halla encallado en los médanos de la ciudad, y la gente espera a lo que va a ocurrir a continuación.

A continuación suben a la tribuna ministros y dirigentes del partido gobernante. Aparecen vestidos para la ocasión con sus *mufti*,^[9] atuendos que recordarían a las casullas si fuesen más rígidos y luciesen bordados más ricos. La multitud se agita, animada; se oyen aplausos. Si alguno de los congregados es amigo o pariente de algún ministro, lo saluda de viva voz:

—¡Hola, Kofi! —al ministro de Educación, Kofi Baako.

—¡Hola, Tawiah! —al secretario general del partido, Tawiah Adamafio.

Los aludidos responden saludando con la mano y ocupan sus hondos sillones. Una vez aposentados todos, un pastor se acerca al megáfono colocado sobre la tribuna. Lo reconozco: es el reverendo Nimako, el jefe de la Iglesia Metodista de Acra. El pastor se dispone a rezar, pues ha juntado las manos y cerrado los ojos. Los viejos altavoces distribuidos por la plaza chirrían horrísonos pero el sentido de la oración, de gratitud y de súplica, está claro. El pastor da gracias a Dios porque ha bendecido al pueblo de Ghana. Porque ha velado por Kwame Nkrumah. Porque ha escuchado las plegarias elevadas al cielo desde este rincón de la tierra. Después, ruega a Dios que no deje de dispensarles bendiciones y que, por su suprema voluntad, el futuro del país sea luminoso e imperturbable.

—Amén —musita la multitud; en la calle, unos chavalillos lanzan dos petardos.

El pastor se retira, y K. A. Gbedemah, el ministro de Economía, se acerca al micrófono. Comunica que el líder no ha llegado todavía, por lo que debemos seguir esperándolo un rato más, y que, como tenemos tiempo, él nos recordará la historia de la lucha por la independencia de Ghana. A la mitad del discurso, se anuncia la inminente llegada de Nkrumah. La multitud ondea; la gente empieza a estirar las cabezas y los niños a trepar a los hombros de los mayores. Tawiah Adamafio se levanta de su sillón en la tribuna y exclama:

—¡Camaradas!, cuando aparezca nuestro bienamado líder, saludadlo todos agitando pañuelos por encima de vuestras cabezas. Mirad, ¡asíii! —Y hace una demostración del saludo, que la multitud ensaya dos veces.

En la tribuna aparece Kwame Nkrumah.

Viste un *mufti* gris, como el de su estatua frente a la sede del Parlamento. En la mano lleva una varita mágica, recubierta de piel de mono, de las que se cree que ahuyentan del hombre toda ignominia y las fuerzas del mal.

La plaza estalla. Los pañuelos crujen. La gente silabea:

—*Yaj-jia! Yaj-jia!* —Lo cual significa que están encantados. Los niños de pecho, dormidos tranquilamente hasta ahora sobre las espaldas de sus madres, se agitan inquietos, pero en medio del ruido imperante no se pueden oír sus llantos.

A continuación de Nkrumah suben a la tribuna, invadida ya por numerosos niños, seis policías tocados con cascos de motorista. Dos de ellos se sitúan en sendas esquinas de la tarima y los cuatro restantes se alinean detrás del sillón del primer ministro. Con las piernas separadas y las manos cruzadas a la espalda, permanecerán así, inmóviles, hasta el final del mitin.

Nkrumah toma asiento en el sillón colocado detrás de una mesa pequeña cubierta con la bandera nacional, y la plaza se sume en un súbito silencio. Sigue haciendo muchísimo calor; en semejante clima, hasta gritar cuatro consignas resulta agotador. Alguien entona uno de los himnos del partido, pero antes de que lo secunden los demás, dos brujos hacen acto de presencia en la tribuna. Uno de ellos es Nai Wolomo,

el brujo principal del término municipal de Ga, al que pertenece Acra. Al otro no lo conozco. Inician su actuación con una danza ritual. Mientras giran en mágicas piruetas se inclinan ante Nkrumah con profundas reverencias. Al doblarse ante el primer ministro, por fuerza enseñan el trasero a los congregados, los cuales, divertidos, baten palmas y vuelven a gritar:

—Yaj-jia! Yaj-jia!

Los brujos dejan de bailar, cansados, y sacan dos botellas de schnapps, una especie de vodka que Holanda exporta a Ghana y que sabe como un aguardiente casero aderezado con gotas de perfume. Pero éste, convertido en un elixir sagrado, es mágico. Los brujos se lo ofrecen a Nkrumah. El primer ministro se levanta y apura la copa servida por la mano del brujo, acto que arranca nuevos aplausos. Ahora, entre fórmulas mágicas y gestos misteriosos pensados para conjurar al maligno dios del mar, el resto del elixir es vertido sobre las cabezas de los más próximos en un rito parecido a nuestro lunes de agua.^[10]

Plantado ante el micrófono, antes de dar comienzo a su discurso (cuyo texto aparecerá al día siguiente en el *Evening News* bajo el título de «Una nueva biblia para África»), Nkrumah pasea la mirada por la plaza y dice:

—¡Felices Pascuas y próspero Año Nuevo!

Como es un 8 de enero, la gente estalla en carcajadas. Nkrumah muestra una cara seria, y la multitud calla al instante. Espera con la vista clavada en él. Ahora Nkrumah se echa a reír, y tras él ríen todos. Cuando vuelve a mostrarse serio, los rostros de los congregados destilan seriedad. Cuando esboza una sonrisa, la multitud lo acompaña con la suya. Empieza diciendo, en la lengua fante,^[11] que no se han visto desde hace tiempo pero que todos, según puede comprobar, tienen buen aspecto.

—¡Es gracias a ti, Kwame! —le responden algunas voces.

Tras esta introducción, Nkrumah vuelve la cabeza hacia atrás y Adamafio, respondiendo a la señal, se le acerca cargado con un alto atril. Sobre él aparecen las páginas del discurso. En inglés. El primer ministro se dirige a los oyentes, no sin hacer distinciones:

—¡Camaradas y señores!

Habla de manera contundente, clara y rítmica. Nkrumah es un gran orador, de gesticulación medida pero expresiva. Incluso los ingleses reconocen que disfrutan viéndolo pronunciar discursos. Es un hombre de mediana estatura, apuesto, bien plantado. Hoy tiene cincuenta y un años. Un rostro inteligente de frente alta y ojos sabios y tristes. Incluso cuando ríe su mirada permanece triste.

—¡Camaradas y señores!

Recuerda sus dos máximas: 1) Alcanza primero el reinado político y alcanzarás todo lo demás, y 2) La independencia de Ghana no pasará de ser una frase vacía si no aparece vinculada al objetivo común de liberar a todo el continente africano.

Kwame dice que se ha ganado la primera batalla por Ghana: el país es libre. Ahora, sin embargo, se está librando la segunda, «por construir una economía

nacional sana e independiente», mucho más difícil y complicada por cuanto exige un mayor esfuerzo, mayor sacrificio y más disciplina.

Llegado a este punto, lanza un fuerte ataque contra sus propias filas. Golpea al burocratismo del partido. A los arribistas y a los dignatarios.

—Con toda firmeza, lanzo mi advertencia a aquellos que, colocados por el partido en puestos de poder y responsabilidad, se olvidan de lo que son y se creen más importantes que el mismo partido. Mi advertencia a todos aquellos que ingresan en el partido pensando en la posibilidad de utilizarlo en provecho propio, en enaltecerse a costa del partido y del pueblo.

¡Hala!, eso sí que ha gustado. La plaza brinda al orador una gran ovación y estalla en un clamor:

—*Anko, Kwame! Anko, anko!* —¡Más, Kwame! ¡Repítelo! ¡Repítelo una vez más!

En medio de aplausos, gritos y cantos, salta hacia la tribuna un muchacho que lleva puesta una camisa con los colores del partido (que reproducen los de la bandera nacional: rojo, blanco y verde) y empieza a contorsionarse en vertiginosas volteretas. Tres saltos hacia un lado, media vuelta, y otros tres en sentido contrario. Nkrumah interrumpe el discurso para contemplar con interés las proezas del muchacho. Tres saltos mortales hacia atrás y otros tres hacia delante. Es un buen acróbata; podéis creerme. Finalmente se cansa y desaparece entre la multitud, que lo despide con aplausos.

Ahora Nkrumah aborda su tema favorito: África. Tras afirmar que la política exterior de Ghana se rige y seguirá rigiéndose por la idea del neutralismo positivo consistente en no alinearse con ninguno de los bloques, dice que Ghana aspira a crear una Unión de Estados Africanos.

—La poderosa ola de nacionalismo que hoy recorre África es un hecho que tiene que ser reconocido. Nadie es capaz de frenar esta fuerza. El nacionalismo africano no retrocederá ni una pulgada hasta que el continente entero se libere del dominio extranjero.

Durante todo el discurso, al lado de Nkrumah permanece Adamafio, secretario general del partido. Recoge las páginas ya leídas al tiempo que va echando vistazos a las que el primer ministro está leyendo. Cuando encuentra un fragmento digno de aplauso colectivo, se vuelve hacia la multitud y levanta la mano en un gesto que significa: ¡Atención, empezamos en unos instantes! Nkrumah llega al final de la frase, y la mano de Adamafio cae de golpe: la multitud prorrumpe en gritos. Cuando el entusiasmo resulta convincente, Adamafio se frota las manos y hace guiños de complicidad a los que se encuentran junto a él.

Nkrumah prosigue:

—Tenemos que estar alerta porque el imperialismo y el colonialismo pueden aparecer en África con nuevos disfraces. Los imperialistas están dispuestos a conceder una independencia política, pero al mismo tiempo quieren seguir

dominando en el terreno económico mediante la creación de mecanismos de control de la vida económica de los países recién independizados. No hay diferencia entre el imperialismo político y el imperialismo económico.

Ataca a los colonialistas:

—Llevan a cabo en África la política de crear estados inestables y débiles, aunque sean independientes. Los enemigos de la libertad africana creen que de este modo conseguirán utilizar nuestros países como marionetas necesarias para seguir manteniendo ellos, los imperialistas, el poder en África.

La multitud expresa su indignación. La gente clama:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Guíanos, Kwame!

El discurso durará tres cuartos de hora. La multitud lo escuchará a pie firme, reaccionando a cada palabra. Cuando Nkrumah termina con el grito de «Viva la unidad y la independencia de África», una orquesta de jazz apostada en una de las esquinas de la plaza ataca un sonoro boogiewoogie. Los que se encuentran en sus inmediaciones se ponen a bailar. El boogie-woogie flota sobre la plaza, impulsando las caderas a un involuntario balanceo. Pero mandan callar a la orquesta porque Joe-Fio Meyer, secretario general de los sindicatos, empieza a leer la declaración de lealtad y apoyo que el pueblo trabajador de Ghana deposita en manos de Kwame Nkrumah.

Cuesta trabajo alcanzar la salida. En la calle, lejos ya de la plaza, me topo con Kodzo. Kodzo es funcionario de Correos y aficionado al boxeo. Y un buen amigo.

—¿Por qué no has venido al mitin? —le pregunto—. Ha sido interesante.

—¿Ha hablado Kwame de los salarios?

—Pues no —admito.

—Ya lo ves. ¿Para qué iba a ir?

SIN TECHO EN HARLEM

La plaza del West End: un hervidero.

Han alzado una pira.

Pronto saltará la llama.

¿Qué será sacrificado?

Por la mañana, coches del partido con altavoces en el techo recorrían la ciudad:

Los que estáis en la calle, en el mercado, en casa o en la oficina, ACUDID TODOS PARA MOSTRAR VUESTRA IRA.

No hace falta repetirlo dos veces; manifestar los sentimientos es una obligación del pueblo. Y, allí, el pueblo conoce sus obligaciones. Por eso la plaza está llena. Apretada pero paciente, acalorada pero tenaz. La deslumbra el sol, pero el sol es su pan de cada día. La atormenta la sed, pero no hay agua. Quema desde abajo (la tierra), quema desde arriba (el cielo), y en medio de una tenaza tan penosa lo mejor es quedarse quieto: el movimiento extenúa. Con un fuego debajo y otro encima, la gente permanece quieta en espera de un tercero.

De la llama de la pira.

Pregunto aquí y allá: ¿Para qué estos preparativos? Nadie sabe responderme. Nos han mandado venir, pues aquí estamos. No habrían convocado a tanta gente sin motivo. Los interpelados me miran con asombro: ¿A qué viene tanta pregunta? Ya lo aclararán. Nos enteraremos cuando toque. Welbeck lo explicará todo enseguida.

Welbeck, ministro de Estado, un hombre de buen plante y actitud modesta, tocado con un gorro negro musulmán, coge el micrófono. El sonido es deficiente pero se puede captar el sentido de sus palabras:

—El imperialismo ataca... Nkrumah ha sido insultado..., esta infamia..., no podemos...

¡Uy!, el asunto parece serio. Todo dios aguza el oído, intenta abrirse paso para llegar lo más cerca posible de Welbeck. El mar de cabezas ondea, luego se queda quieto, el ministro continúa:

—... el imperialismo quisiera..., pero nosotros..., por lo que jamás...

—¡Acabemos con él! —conminan los más impacientes. Los vecinos mandan callar a los envalentonados. Se viven momentos de confusión, el bullicio cesa, vuelve la calma.

—El semanario americano *Time* ha calumniado a Nkrumah. Ha descrito como un trepadorcillo de poca monta a aquel que es el creador, el dirigente y el mago del nacionalismo moderno.

Todo está claro: existe un semanario que se llama *Time* y en el cual los

imperialistas difaman a Kwame.

He aquí la nota que publicó el *Time* el 21 de diciembre de 1959:

Al principio la gente próxima a él lo llamaba *showboy* (chico para exhibir). Luego fue nombrado primer ministro. Este año se ha convertido en Asesor Privado de la Reina. Hoy, sus forofos en Ghana lo llaman Primer Ciudadano de África. No parece que haya límite en el afán de buscar nuevos títulos para Kwame Nkrumah, de 50 años. La semana pasada, el diario de Acra *Evening News*, uno de los más fervientes admiradores del primer ministro (publica una o más fotografías de Kwame en cada número), informaba de que en marzo los habitantes de Ghana se pronunciarían sobre dos cuestiones: 1) si el país debía convertirse en una república soberana, dejando de reconocer a Isabel II como reina de Ghana, y 2) si aprobaba a Nkrumah como su primer presidente por un período de siete años. En opinión del *Evening News*, no hay más que una persona digna de desempeñar este cargo y no es otra que:

OSAGYEFO (El Gran Hombre)

KATAMANTO (El Hombre cuya Palabra es Irrevocable)

OYEADIEYIE (El Hombre de Acción)

KUKUDURUNI (La Personificación del Valor)

NUFENU (El Fuerte entre los Fuertes)

OSUODUMGIA (El que Apaga el Fuego)

KASAPREKO (El Hombre cuya Palabra es Definitiva), es decir, Kwame Nkrumah, el libertador y el creador de Ghana.

Lo escandaloso de la nota es obvio: «La lista de sus títulos es interminable». Y a ustedes, señores, ¿qué diablos les importa? Siento como se me contagia el estado de ánimo de la multitud. Intento abrimme paso para acercarme a la tribuna. Quiero oír mejor.

—Vano es el pérfido esfuerzo de esas malas lenguas. El que tengamos a Kwame es una bendición para Ghana, como lo fue Lincoln para América, Lenin para Rusia y Nelson para Inglaterra. Nkrumah es la joya más preciosa de la corona del nacionalismo universal. Es el mesías que vino para organizarnos. Amigo de los desheredados de la tierra, ha alcanzado el alto lugar que ocupa tras recorrer un camino de dolor, trabajo y sacrificio.

Bonitas palabras, las de Welbeck; la gente las aplaude con convicción. Los tipos del *Time* han recibido su merecido. No tienen nada que hacer allí. Mientras estoy tomando mis notas, plantado en medio de la multitud, noto de pronto que el aire se ha hecho menos sofocante. Que el espacio que me rodea se agranda por momentos. Que los que estaban a mi lado hace unos instantes han empezado a apartarse. Miro a mi alrededor: los ojos que me observan no son buenos, sus destellos son fríos, de repente tengo frío yo, ya comprendo. Soy allí el único blanco y tomo notas, señal de que soy periodista. Llevo una camisa estampada, así que no soy inglés; un inglés jamás se pondría semejante prenda. Y si no soy inglés, ¿qué otra cosa puedo ser? Sólo americano. ¡Un periodista americano! ¡Dios santo! ¡Tierra, trágame!

—¡A la hoguera! ¡A la hoguera! —exclaman los más activos mientras se abren paso hacia la pira. La plaza bulle entre gritos, amenazas, gruñidos y pataleos. No se oyen los llamamientos de Welbeck, que acaba de dar la señal:

—¡A la hoguera!

Cogen un montón de periódicos y les prenden fuego. El papel levanta tan sólo una débil humareda, pues no sopla ni una brizna de aire. Todos quieren verlo; se apretujan

junto a la pira. Welbeck grita:

—¡No os acerquéis tanto, es peligroso!

Nadie le hace caso. Quien tiene un papel en la mano, lo arroja al fuego.

La pira arde.

Truenan las fanfarrias.

En el aire flotan pavesas de las páginas quemadas. La gente sopla y se ríe cuando las cenizas se levantan y caen sobre sus cabezas. Calmada y de nuevo de buen humor, bromea. En torno al fuego bailan los niños. Un poco más y empezarán a freír plátanos.

Welbeck sube a una limusina negra, que se internará en los callejones de Acra para salir a la espaciosa avenida de la Independencia. El ministro se dirige a la Flagstaff House.

A ver a Nkrumah.

El primer ministro oirá atento el informe sobre el mitin. Acabará riéndose porque allí se reacciona con la risa ante todo lo que termina bien. Al organizar la concentración, el partido se ha puesto a prueba, y la ha superado con un buen resultado: el pueblo venera a su Kwame.

Kwame significa pariente, hermano. Y así es como se habla de él. Una mujer me enseña a su hijo recién nacido. ¿Cómo se llama?, pregunto. Kwame Nkrumah. Ella misma lleva un vestido estampado con la efigie del primer ministro. Kwame en el pecho, Kwame en la espalda, etcétera.

Nkrumah bromea: *Me gustaría mucho saber cuántos Kwame Nkrumah tenemos en el país. Me temo que se me recordará como a un hombre extraordinariamente fértil.*^[*]

Él mismo se ha casado hace muy poco.^[12] Le gusta subrayar que durante toda su vida ha evitado a las mujeres, el dinero y la religión obligatoria: *Opino que ninguno de estos tres factores debe desempeñar un papel importante en la vida del hombre, porque cuando uno de ellos se impone, el hombre se convierte en un esclavo y su personalidad se quiebra. Si permitiese que la mujer desempeñara un papel importante en mi vida, me temo que gradualmente iría perdiendo de vista el objetivo que persigo.*

Este objetivo se lo fija Kwame siendo un adolescente: la liberación de Ghana. Para alcanzarlo, hay que llegar a ser alguien. Ser alguien es el primer requisito. En esa época, Ghana es una colonia; un negro no tiene ninguna posibilidad de hacer carrera. Kwame decide marcharse a Estados Unidos, donde podrá cursar estudios universitarios. Su padre, orfebre en un pueblo, no tiene dinero para costear la formación del hijo. Pero Kwame, graduado en magisterio, lleva ya cinco años trabajando como maestro en la escuela de la misión católica de Elmina. Da clases, pasa hambre, vive en pésimas condiciones, pero ahorra cada céntimo para el pasaje.

En 1935, con veintiséis años, se marcha a Estados Unidos. Es admitido en la

Universidad Lincoln. ¿Cómo se siente en aquel país?

Iba yo de Filadelfia^[13] a Washington. El autobús se detuvo en Baltimore para que los pasajeros pudiesen refrescarse. Como tenía mucha sed, entré en el bar de la estación y pedí un vaso de agua a un camarero, americano y blanco. Éste frunció el ceño, me miró con malos ojos y espetó: «Puedes beber de ahí». Y me indicó la escupidera.

Estudia, trabaja, se entrega al activismo social, se gana el pan: A mi modo de ver, si no estaba ocupado las veinticuatro horas del día, desperdiciaba el tiempo.

Así que:

- *Trabaja de obrero en la empresa Sun (astilleros de Chester). Hiciera el tiempo que hiciera, trabajaba desde medianoche hasta las ocho de la mañana. Algunas veces el frío era tan intenso que las manos se me quedaban pegadas al acero. El día lo dedicaba a estudiar.*

Así que:

- *Trabaja en una fábrica de jabón. En el patio de la fábrica descargaban montañas de grasa y de despojos animales putrefactos. Armado con una horca, mi trabajo consistía en distribuir aquella masa apestosa en unas carretillas. Me resultaba cada vez más difícil reprimir las náuseas.*

Así que:

- *En las vacaciones, viaja a Nueva York. En Harlem, un compañero y yo comprábamos pescado a precio de mayorista y pasábamos el resto del día en la calle, apostados en una y otra esquina, intentando venderlo.*

Así que:

- *Trabaja de mozo a bordo del barco Shawnee (línea Nueva York-Veracruz). El jefe me comunicó que me ocuparía de fregar las ollas hasta el fin de la travesía. Más tarde ascendí a lavaplatos.*

No tiene donde vivir.

En Filadelfia, tras ser expulsado por la policía de la estación de ferrocarril, donde han buscado refugio él y un compañero, se dirige a un parque para pasar la noche. Por suerte, a diferencia de los parques londinenses, allí las puertas permanecían abiertas. Encontramos un par de bancos en los que nos acostamos pensando que en ellos pasaríamos lo que quedaba de la noche. Pero el destino nos jugó una mala pasada: en cuanto nos dormimos se puso a llover.

Estudia, participa en reuniones, despliega una gran actividad destinada a forjarse a sí mismo: Me hice masón de grado 32, y lo fui durante toda mi estancia en Estados Unidos.

Abunda en su faceta de activista: También me he puesto a organizar la Asociación de Estudiantes Africanos de Estados Unidos y Canadá. Estoy escribiendo un folleto: Hacia la libertad de las colonias.

Se interesa por el socialismo científico: Me han causado una gran impresión sobre todo los trabajos de Marx y de Lenin.

Estudia teología a la vez que: *Dediqué mucho de mi tiempo libre a predicar en las iglesias de los negros. Casi todos los domingos, era invitado, ya por una, ya por otra, a pronunciar un sermón.*

Cuando en 1945 abandona Estados Unidos, deja atrás sus clases como profesor de filosofía en la Universidad Lincoln (también de historia de Grecia y de la negritud). *Me nombraron el profesor más destacado del año.*

Se marcha a Londres: *Uno de mis placeres londinenses consistía en comprar un ejemplar del Daily Worker, el único diario que leía a gusto, desplegarlo de la manera más ostensible y observar cómo de pronto se concentraban en mí muchos pares de ojos.*

Para calentar el local de la Unión de Estudiantes de África Occidental, de la que es vicepresidente, recorre las calles en busca de pedazos de carbón.

Simultáneamente escribe su tesis doctoral en filosofía: sobre el positivismo lógico.

En la misma época acude a reuniones del Partido Comunista (durante la detención de Nkrumah en Ghana, hallarán entre sus pertenencias un carné del PC británico; sin rellenar).

Define su ideario: *Soy cristiano no practicante y socialista marxista, y estas dos cosas en mí no se excluyen.*

Formula su célebre doctrina del boicot pacífico. *Es la doctrina del socialismo africano, basado en la táctica de la acción constructiva, sin recurrir a la violencia.*

Kwame regresa a Ghana.

Corre el año 1947.

Allí lo conocen unas cinco personas. Tal vez una docena. No más. Pero este grupúsculo dirige el movimiento de liberación al encabezar la recién creada Convención Unida de Costa de Oro, algo sumamente indefinido, de muy amplio espectro y sin programa alguno. Los componentes del grupo consideran que su misión consiste en pensar. Pero necesitan a alguien para el trabajo puro y duro. Y para hacerlo, mandan llamar a Nkrumah, que es nombrado secretario general de la Convención Unida. Se lanza como el pez al agua, desplegando una actividad frenética:

- funda células territoriales,
- introduce carnés,
- elabora el programa.

Más tarde se lo echarán en cara: ¡Has sido tú quien ha creado el sistema partidista en África!

El trabajo es el único capital que posee: *En aquellos días, todas mis pertenencias cabían en una pequeña maleta.*

Al año siguiente, participa en una marcha al castillo Christiansborg, la residencia del gobernador general; es una manifestación pacífica. Entre sus filas marchan excombatientes de la Segunda Guerra Mundial, que reclaman la concesión de

autogobierno a Costa de Oro. La policía efectúa algunos disparos; dos personas caen abatidas por las balas. Hermosas flores cubren hoy el lugar. Me lo han enseñado cien veces: dos personas han muerto por la libertad de Ghana. Permanezco allí en silencio, inclino la cabeza. Kofi me pregunta: «¿Murió también alguien por la libertad de Polonia?».

Acra empieza a ser escenario de disturbios, asaltos, incendios provocados. Los dirigentes de la Convención Unida dan con sus huesos en la cárcel. Nkrumah es deportado al norte, a la sabana. *Allí, me metieron en una choza de barro donde permanecí noche y día bajo vigilancia policial.*

Lo ponen en libertad, y cuando reanuda el trabajo se da cuenta de que nada lo une a aquellos líderes.

Ellos quieren pactar con los ingleses en los despachos.

Él también quiere pactar con los ingleses. Pero en presencia —afirma— de una multitud airada al otro lado de la ventana.

Ellos, producto de Oxford, quieren alcanzar su objetivo por la vía de la legalidad vigente. Pero Kwame ha leído a Lenin. Y Lenin lo conduce a la calle.

—Mira —le dice—, allí está la fuerza.

—¿La fuerza? —se sorprende Kwame, incrédulo.

Callejones abarrotados, el griterío de las vendedoras, niños durmiendo a la sombra de los portales. Apostados en las esquinas, pandillas de mozalbetes esperando el momento de armar una trifulca. Musulmanes tendidos en el suelo, aturdidos por el sol. Nervudos porteadores gimiendo bajo el peso de la carga.

—¡Allí está la fuerza! —insiste, obstinado, el ruso. Si el que habla es un blanco no se le puede creer demasiado. Pero Kwame está solo. Los líderes le han dado la espalda. Quieren mandarlo de vuelta a Inglaterra. Únicamente lo acompaña ese ruso, un blanco.

Y Kwame apela a la calle. A las vendedoras, a los mozalbetes, a los porteadores. A campesinos y oficinistas. A la juventud, sobre todo a la juventud. Y éste será el paso decisivo.

En el marco de la Convención Unida, funciona el Comité para los Asuntos de la Organización de la Juventud. El Comité celebra un congreso en junio de 1949 en el que decide abandonar la Convención Unida y transformarse en partido.

Lo encabezará Nkrumah.

Se convoca un mitin. Kwame dice desde la tribuna:

En nombre del Comité para los Asuntos de la Organización de la Juventud, en nombre de los dirigentes, del pueblo, de los militantes de base de la Convención, de nuestros valerosos excombatientes, de los movimientos juveniles a lo largo y ancho del país, del sencillo hombre de la calle, de nuestros hijos y de los que nacerán en la Ghana libre, en nombre del sargento Adjetey y de sus dos compañeros, caídos en un cruce cerca de Christiansborg durante los disturbios de 1948, así como en nombre de Dios Todopoderoso y de la humanidad, declaro ante los presentes la creación del

Partido de la Convención del Pueblo.

Desde entonces Kwame pisa fuerte. Antes tanteaba posibilidades y trabajaba. Ahora trabaja y exige. Tiene dos adversarios y dos aliados.

Los adversarios:

- los colonialistas ingleses,
- los líderes (abogados britanizados, jefes de tribus reaccionarios).

Los aliados:

- los jóvenes, que lo idolatran,
- la calle (precisamente esa calle) y el campesinado.

Ha llegado la hora de la agitación, de la organización de masas, del trabajo para propagar el movimiento. *Epítetos tipo: bribones, granujas y comunistas no nos incomodaban en absoluto.*

El partido exige la inmediata concesión de la independencia a Ghana. Si no, dice Kwame, actuaremos como Gandhi: empleando la resistencia pasiva.

Los ingleses vacilan.

Kwame lanza la consigna del boicot total.

La vida económica se paralizó en todo el país.

Otra vez hay detenciones, represión, porrazos. Meten a Kwame entre rejas. *Ante la cárcel se congregaban multitudes ingentes entonando himnos y cantos del partido. Uno de ellos, titulado El cuerpo de Kwame Nkrumah se pudre en la cárcel, se me ha quedado grabado en la memoria.*

Los ingleses ceden: permiten la celebración de unas elecciones generales (el primer caso en África).

El pueblo de Ghana vota en febrero de 1951. La victoria del partido de Nkrumah es abrumadora: treinta y cuatro de los treinta y ocho escaños del Parlamento.

Menuda situación: el partido gana las elecciones, y el cuerpo de su dirigente se pudre en la cárcel. Los ingleses se ven obligados a liberarlo. Kwame pasa de la celda al sillón de primer ministro a hombros de una multitud. Por el camino, se detienen en el West End: *Allí cumplimos el tradicional rito de la purificación. Se sacrificó un cordero, y yo tuve que pisar siete veces su sangre con los pies desnudos, acto concebido para lavar el estigma que imprime la estancia en la cárcel.*

Las puertas de su casa no se cierran nunca. La gente acude allí en busca de consejo o de ayuda. O para saludarlo. Hay días en los que Kwame, recién metido en la ducha, conversa con el visitante a través de la puerta del cuarto de baño. *Solía dormir una media de cuatro horas al día. No lo dejan en paz, no permiten que se tome un descanso. Está claro que soy un autómatas al que se da cuerda por las mañanas y que no necesita ni sueño, ni alimento.*

Cuando el primer ministro recorre las aldeas, duerme en chozas de barro. Cuando la noche lo sorprende en la calle enzarzado en una conversación, no vuelve a casa sino que se queda a dormir en la vivienda que le ofrecen. Con esto se gana a todo el mundo. Así transcurre su tiempo.

Al cabo de seis años, el 6 de marzo de 1957, Ghana obtendrá la independencia. Será el primer país soberano del África Negra. Durante esos seis años, pese a tener gobierno propio (en parte) y Parlamento propio (también en parte), el país es regido por un gobernador general que cumple las directrices de Londres, y el ochenta por ciento del aparato de la administración es británico.

Se suceden pactos/retractos, negociaciones/maquinaciones. A diferencia de los franceses, los ingleses son colonialistas prácticos. Su colonialismo no está envuelto en nubes de frases altisonantes sobre la misión salvadora y el milagro de la civilización. Para ellos, el colonialismo es un negocio como otro cualquiera y así lo enfocan. Se percibe desde el principio que van a conceder la independencia a Ghana, pero que quieren venderla cara. Hay dos posturas enfrentadas:

- la apasionada y febril posición de Nkrumah (dadnos la independencia ya, a cualquier precio),
- la fría y astuta posición de Londres (obtendrás la independencia si nos garantizas una paz social duradera y la inviolabilidad de nuestros intereses).

Estos seis años constituyen un período de prueba para Nkrumah. Y Nkrumah supera el examen: Ghana es libre.

Una cosa más: a menudo me preguntan por qué Ghana ha logrado la independencia, y Kenia, por ejemplo, no lo consigue por más que se esfuerce. Al fin y al cabo el movimiento independentista keniano ¡ha sido mucho más poderoso! Hay varias causas:

Kenia tiene un clima maravilloso, allí se puede vivir como en Capri. El clima de Ghana, en cambio, es terrorífico. Por eso en Kenia se han asentado muchos colonos blancos, mientras que en Ghana no los hay. En Ghana los blancos no tienen tierras en propiedad, mientras que en Kenia sí las tienen, y en abundancia. El colono lleva viviendo en África desde generaciones. Allí murió su padre, allí nació él. Allí tiene tierras, privilegios y mano de obra barata. El colono discurre del siguiente modo: Si el país obtiene la independencia, los negros se harán con el poder. Van a tomar la revancha por los siglos de humillaciones, nos quitarán los privilegios y la mano de obra barata o nos conminarán a irnos. ¿Irme yo? Por esta tierra luchó mi abuelo, la regó con su sudor mi padre y en ella trabajo yo. Es mía. Me vio nacer. ¡No voy a abandonar la tierra de mis antepasados! Los colonos se dejarían cortar en pedazos antes que consentir la independencia. En un país de estas características, son minoría, pero numerosa. Londres los apoya porque son ingleses. Una situación sin salida. En África hay muchas Kenias.

Segunda cuestión: en Kenia, Rodesia o Sudáfrica, Londres tiene invertidos pingües capitales. Son países de grandes industrias e inmensas riquezas. Ghana, en cambio, como en general toda África occidental, es un territorio dedicado principalmente a la explotación de productos agroalimentarios: cacao, cacahuètes, aceite de palma... Los ingleses no tienen allí grandes inversiones, con lo que les resulta más fácil decir: Adiós, muy buenas (tanto más cuanto que, económicamente

hablando, no lo dicen en serio).^[14]

Por último, una cuestión importante desde el punto de vista político: en Ghana, Inglaterra se las veía con un partido monolítico y con un único hombre, que gozaba de la plena confianza de su pueblo. El interlocutor era una persona seria; había con quién pactar. Tal situación se da en África en contadas ocasiones. Lo habitual es que, cuando finalmente se llega a una mesa de negociaciones, se presente un tropel de hombres, cada uno de los cuales afirma ser el líder. Se producen tensiones, fricciones, antagonismos. Nkrumah subraya que esto constituye el punto más débil del movimiento emancipador africano.

En Ghana no existen estos problemas. Existe Kwame, cuyos retratos se venden en Acra en las tiendas de objetos de devoción. Kwame dice: yo, el partido, el gobierno; por este orden.

Él tiene una residencia; el gobierno, la suya, y el partido también tiene una. La sede del Comité Central ocupa el piso superior de un edificio de dos plantas. Los bajos albergan tiendas. En el patio, una mujer apacienta una cabra. Se sube al primer piso por una angosta escalera de madera. El Comité Central ocupa cuatro habitaciones minúsculas, abarrotadas de carteles y pancartas.

Adamafio a menudo repite: «Después del de los comunistas soviéticos, el nuestro es el partido más potente del mundo».

Pregunto al segundo de Adamafio, Maclean, con cuántos miembros cuenta el Partido de la Convención del Pueblo.

—Es difícil de decir —responde—, todos llevan nuestro partido en el alma. Para ser más exactos, tenemos alrededor de tres mil células y en ninguna puede haber menos de cincuenta miembros.

Hago un cálculo y me sale que en total no pueden ser más de doscientos mil.

Después le pido que defina la ideología del partido. Tras reflexionar un rato, responde:

—La ideología de nuestro partido no es otra que más o menos el socialismo. —Lo dijo tal cual: *more or less*.

Al rato se corrige:

—En realidad lo es el nkrumahismo. Pero es algo difícil de definir. Libertad política, lucha contra el colonialismo, fraternidad entre los pueblos, métodos de lucha pacíficos...

Entra una mujer. Un niño recién nacido mama perezosamente de su magnífico pecho.

—Venía a ver a Nkrumah.

—Espérate, mujer —le contesta Maclean.

—Me ha dejado mi marido —dice la mujer—. ¿No podría Kwame cambiar su voluntad?

UN DÍA DE LA VIDA DE UN MINISTRO

Paso libre: ni un policía, ni una secretaria, ni siquiera una puerta.

Descorro una cortina estampada y entro. El despacho del ministro está sumido en cálida penumbra. Él mismo está de pie junto a la mesa y pone en orden unos papeles. Éstos, convertirlos en una bola y a la papelera. Aquéllos, alisarlos y a la carpeta. Una silueta menuda y esbelta, una camiseta, un pantalón corto, unas sandalias, un *kente*^[15] multicolor echado por el hombro izquierdo, movimientos nerviosos.

Es Kofi Baako, ministro de Educación e Información.

Es el ministro más joven de Ghana y de toda la Commonwealth. Tiene treinta y dos años y lleva tres en el cargo. Su despacho se encuentra en la segunda planta del edificio. En Acra, el escalafón de rangos se corresponde con la jerarquía de los pisos. A mayor importancia del personaje, más alto el piso. Y es que arriba corre el aire, mientras que abajo el aire es pétreo, inmóvil. De modo que en la planta baja se asfixian los pequeños funcionarios; encima de ellos, los directores de departamento disfrutan de una levísima brisa, y, arriba del todo, a los ministros los alivia esa corriente de aire tan deseada.

Puede ir a ver al ministro el que quiera. Y cuando quiera. Si alguien tiene un asunto que solucionar, se presenta en Acra, averigua dónde trabaja el ministro, pongamos por caso, de Agricultura, va hasta allí, descorre la cortina, se sienta delante del alto cargo y le expone el motivo de su preocupación. Si no lo encuentra en el despacho, lo encontrará en casa. Aún mejor, pues allí lo invitarán a comer y le ofrecerán alguna bebida. Antes la gente se sentía distanciada de la administración blanca. Pero ahora mandan los de casa, así que no hace falta cortarse. Como es mi gobierno, tiene que ayudarme. Para que pueda ayudarme, tiene que saber en qué. Para que lo sepa, tengo que ir a explicárselo. Lo mejor es que vaya yo mismo, directamente, en persona. Los solicitantes no parecen tener fin.

—Buenos días —dice Kofi Baako—. ¿De dónde vienes?

—De Varsovia.

—¿Sabes?, me faltó poco para conocerla. Y es que yo he viajado por toda Europa: Francia, Bélgica, Inglaterra, Yugoslavia. En Checoslovaquia estuve esperando el momento de ir a Polonia, pero Kwame me mandó un telegrama reclamando mi presencia en el congreso de nuestro partido.

Estamos sentados ante la mesa de su despacho, ese mismo que no tiene puertas ni ventanas. En su lugar aparecen unas celosías de lamas por cuyas aperturas se desliza una suave corriente de aire. La estancia, más bien pequeña, está abarrotada de papeles: documentos, actas, folletos... En un rincón se ve una caja fuerte; en las paredes, varios retratos de Nkrumah y en un estante, un altavoz de los que nosotros

llamamos koljosianos. En él retumban los tamtanes; tanto que Baako acaba apagándolo.

Intento lograr que me hable de él, de su vida. Baako tiene gran predicamento entre los jóvenes. Lo quieren porque es un buen deportista. Juega al fútbol, al críquet y es campeón de Ghana de ping-pong. Acude a menudo al Community Center (algo así como nuestras Casas de Cultura Municipales, sólo que en Acra), donde se entrega al arte de golpear la pelotita blanca.

—Un momento —me interrumpe—, que voy a pedir que me pongan con Kumasi. Mañana voy a ver allí un partido.

Llama a Correos para que le pongan la conferencia. No se la ponen. Le dicen que espere.

—Ayer fui a ver dos películas —me dice, con el auricular pegado a la oreja—, quería saber qué dan en los cines. Y ponen unas películas que los escolares no deberían ver. Tengo que promulgar una disposición para que a la juventud se le prohíba ver semejantes cosas. Y hoy, desde por la mañana, he visitado algunos puestos de libros de la ciudad. El gobierno fija precios bajos para los libros de texto, pero se dice que los vendedores los suben. He querido comprobarlo. Y sí, los venden más caros de lo que deberían.

Vuelve a llamar a Correos.

—Oye, ¿a qué os dedicáis por ahí? ¿Cuánto tiempo tengo que esperar? ¿No sabéis quién llama?

En el auricular, una voz de mujer responde:

—No.

—¿Y quién eres tú? —le pregunta Baako.

—La telefonista de guardia.

—Pues yo soy el ministro de Educación e Información, Kofi Baako.

—¡Buenos días, Kofi! Ahora mismo te pongo la conferencia.

Y ya está hablando con Kumasi. Mientras, me dedico a echar un vistazo a sus libros, apilados sobre una cómoda: Hemingway, Lincoln, Koestler, Orwell. *Historia de la música* (edición popular), *Diccionario americano* (edición de bolsillo), novelas policíacas.

—Soy un apasionado de la lectura. En Inglaterra me compré la *Enciclopedia Británica* y ahora la leo a trocitos. Ni siquiera puedo comer si no leo, siempre tengo que tener delante un libro abierto.

Y al cabo de un rato:

—Otra de mis aficiones, aún más grande, es la fotografía. Fotografío siempre y en todas partes. Tengo más de diez cámaras. Cuando entro en una tienda y veo un nuevo modelo, no puedo evitar comprarlo. He regalado un proyector a los niños y por las noches les paso películas.

Tiene cuatro hijos, de edades comprendidas entre los tres y los nueve años. Todos van a la escuela, incluido el más pequeño. No es nada extraño que un crío de tres

años vaya a clase. Sobre todo si se dedica a hacer travesuras. Entonces, la madre, para estar tranquila, lo manda al colegio.

El propio Kofi Baako fue a la escuela a la edad de tres años. Su padre, que era maestro en la misma, quería tenerlo bajo vigilancia. Cuando termina el colegio, lo envían a un instituto de Cape Coast. Luego trabaja como maestro, y después como oficinista. A finales de 1947, Nkrumah, tras cursar estudios universitarios en Estados Unidos y en Inglaterra, regresa a Ghana. Y Baako escucha atentamente lo que dice aquel hombre. Éste habla de independencia. Entonces Baako escribe «Mi odio al imperialismo». El artículo se publica en el *Accra Evening News*, y a su autor lo echan del trabajo. Está en la lista negra: nadie quiere darle un empleo; deambula por la ciudad. Se produce el encuentro con Nkrumah, quien le confía el cargo de redactor jefe del *Cape Coast Daily Mail*.

Kofi tiene veinte años.

Escribe el artículo «Clamamos por la libertad» y va a parar a la cárcel. También son detenidos Nkrumah y varios activistas más. Pasan trece meses entre rejas, hasta que los sueltan. Hoy, este grupo constituye el gobierno de Ghana.

Baako ascenderá rápidamente. En 1952 será miembro del consejo municipal de Cape Coast; luego, secretario del partido, y después, aún más alto: secretario político de Nkrumah. A la edad de veintiséis años será nombrado portavoz del grupo parlamentario formado por el que hoy es el partido gobernante. En 1957 (edad: veintinueve años) se hace cargo de una cartera ministerial en un país ya libre. Hoy es, además, miembro de la dirección del Comité Central del partido, miembro del Parlamento y director de la Oficina para Asuntos Africanos, algo así como un segundo Ministerio de Asuntos Exteriores ghanés.

Ahora me habla de cuestiones generales:

—Sólo un poco más del treinta por ciento de la gente de Ghana sabe leer y escribir. Queremos acabar con el analfabetismo en quince años. Tenemos dificultades: faltan profesores, libros y escuelas. Las escuelas son de dos clases: las de las misiones y las del Estado. Pero todas dependen del gobierno y hay una sola política educativa. Además, en el extranjero se forman más de cinco mil estudiantes. Pero con ellos a menudo hay un problema: que una vez de vuelta ya no hablan el mismo idioma que el pueblo. Fíjate en la oposición. Sus líderes han salido de Oxford y de Cambridge.

—¿Qué quiere la oposición?

—¿Y qué sé yo? Creemos que la oposición es necesaria. Su portavoz parlamentario recibe un sueldo del gobierno. Hemos permitido que todos los partidillos, grupos y grupúsculos de la oposición se unificasen y fundiesen en un solo partido; para fortalecerla. Nuestra postura es que en Ghana todo el mundo, el que quiera, está en su derecho de fundar un partido político, siempre y cuando éste no base su programa en criterios de raza, religión o tribu. En nuestro país, cualquier partido puede hacer uso de todos los medios constitucionales para conseguir el poder

político. Pero con todo eso, te haces cargo, ¿eh?; finalmente no se sabe qué quiere la oposición. Convocan un mitin y gritan: Nosotros tenemos diplomas de Oxford y el tal Kofi Baako ni siquiera ha terminado el bachillerato porque lo echaron por huelguista. Él es hoy ministro y yo no soy nadie. Pero cuando yo sea ministro, el tal Baako será demasiado tonto para que le confíe el puesto de chico de los recados. La gente presta oídos sordos a esta verborrea porque aquí los Kofi Baako son mucho más numerosos que toda la oposición junta.

Le digo que me marchó, que ya es hora de comer. Me pregunta qué hago por la noche. Yo tenía planeado ir a Togo.

—Déjalo correr —y hace un gesto de displicencia—, ve de fiesta. Hoy la Radio organiza una.

Como no tengo invitación, busca un trozo de papel y escribe: «Dejad entrar en vuestra fiesta al periodista polaco Ryszard Kapuściński. Kofi Baako, ministro de Educación e Información».

—Toma, yo también iré; haremos unas cuantas fotos.

Por la noche, la guardia apostada a la entrada del edificio de la Radio me recibe con honores militares y me señala una mesa reservada, a la que nos sentamos un compañero y yo. La fiesta está en pleno apogeo cuando al borde de la pista de baile (se celebra en un jardín) se detiene un Peugeot de color gris, del cual baja Kofi Baako. Viste la misma ropa que en el ministerio, con la diferencia de que bajo el brazo lleva un chándal rojo: esta noche saldrá para Kumasi y podría pasar frío. Todo el mundo lo conoce. Baako es ministro de escuelas, universidades, prensa, radio, editoriales, museos; de todo lo relacionado con la ciencia, la cultura, el arte y la propaganda del país.

Enseguida nos vemos envueltos por una multitud. Se ha sentado para tomarse una Coca-Cola, pero no tarda en levantarse.

—Ven, te enseñaré mis cámaras fotográficas.

Abre el portaequipajes del coche y saca una maleta. La deposita en el suelo, se arrodilla y la abre. Nos ponemos a sacar las cámaras y a colocarlas sobre la hierba. Son quince.

En este momento se nos acercan dos muchachos un tanto bebidos.

—Kofi —se le dirige uno de ellos con voz de reproche—, hemos comprado la entrada, pero no nos dejan pasar porque no llevamos chaquetas. Entonces, ¿por qué nos han vendido las entradas?

Baako se levanta para contestarles.

—Escuchadme, yo soy un hombre demasiado grande como para ocuparme de esta clase de cosas. Esto está lleno de tipos pequeños; que se encarguen ellos de las cosas pequeñas. Yo llevo sobre los hombros asuntos de Estado.

Los dos jóvenes se alejan un tanto tambaleantes y nosotros nos disponemos a hacer fotos. En cuanto Baako aparece cargado de cámaras, desde las mesas se oyen voces como:

—Kofi, sácanos una foto.

—¡A nosotros!

—¡Y también a nosotros!

Él empieza a circular entre las mesas, eligiendo aquellas donde se sientan las muchachas más guapas, las coloca en varias poses, exige una sonrisa y dispara el flash. Conoce sus nombres: Abena, Ekwa, Esi. Ellas lo saludan sin levantarse, dándole la mano y encogiéndose de hombros, lo que allí es muestra de frívola coquetería. Baako no parará hasta que haya recorrido el lugar entero; en esta ocasión, hemos sacado muchas fotos. Consulta el reloj.

—Tengo que irme.

No quiere llegar tarde al partido.

—Ven mañana, revelaremos las fotos.

Brillan los faros y el Peugeot desaparece en la oscuridad. Mientras tanto, el torbellino que es esta fiesta, o, mejor dicho, balanceo, tumulto y humareda, se prolongará hasta la madrugada.

LA GUARDIA TAL COMO ES

—Ah, ¿de Polonia? Pasa, bienvenido. Budapest es una bella ciudad.

Le contesto que me alegro mucho de nuestro encuentro, que Budapest está en Hungría y que la capital de mi país se llama Varsovia.

—Eso, Varsovia. Encantado de saludar a un amigo de Polonia. Nosotros y vosotros, todos somos socialistas y marxistas, como nuestro gran dirigente, el magnífico Kwame Nkrumah.

Se llama Z. B. Shardow. Uniforme tropical caqui, charreteras rojas, dos estrellas en cada una. Movimientos elásticos, golpeteo de los talones, la barriga metida, el pecho sacado. Claro que no resulta cómodo, pero son gajes del oficio. Sólo sentado tras la mesa se relaja, eso sí, sin perder el porte. No hay duda: tiene muy buen porte.

—Lo que ves por la ventana es nuestro campamento. —Por la ventana veo unos barracones—. Lo construimos en el otoño de 1958, después de crear las brigadas. Las brigadas eran un sueño de Nkrumah. Y el sueño se hizo realidad.

Shardow estalla en carcajadas. También yo me echo a reír, pues cuando alguien ríe, quiere decir que está contento, y es evidente que los dos lo estamos. Le digo, todo orgulloso, que he visto a Nkrumah.

—Debes de sentirte muy afortunado. Es una cabeza privilegiada. —Se da golpecitos en la suya—. No tengo palabras para expresar mi admiración. Lo amo. No te imaginas cuánto.

Un hombre de Nkrumah. En 1947 fue expulsado del ejército por pronunciarse a su favor. Y deportado por los ingleses a la selva por subversivo.

Uno de los agentes de Kwame en las elecciones de 1951. Después, secretario del ministro de Educación y en los años siguientes, presidente de la organización juvenil creada por Nkrumah. Shardow pertenece al círculo de sus más estrechos colaboradores. Mañana puede convertirse en ministro o en secretario del partido, aunque el cargo que desempeña hoy entraña el mismo grado de responsabilidad. Después de conseguir la independencia, el gobierno creó una organización llamada Builders Brigade. (Me pregunto si no cabría compararla con nuestro Servicio a Polonia). Los dirigentes de estas brigadas de constructores dicen que su modelo es la juventud israelí. Cuando Shardow se levanta de la silla, veo en su cinturón una hebilla brillante con una inscripción en hebreo. El uniforme de Shardow es de Tel Aviv, igual que su gorra y sus zapatos.

—¡La organización de la juventud en Israel es magnífica! —dice extasiado—. Lo vi con mis propios ojos.

Viajó allí, en efecto, enviado por el primer ministro. Ahora, en Acra, es el jefe de las brigadas.

—Tenemos veinticuatro campamentos —dice— y doce mil miembros. Dentro de un año seremos veinticinco mil. ¿Que quién puede ingresar en una brigada? Cualquier ciudadano de Ghana. Muchachos de entre dieciséis y veinticuatro años y muchachas de entre dieciséis y veinte. Las brigadas solucionan en parte el problema del paro entre los jóvenes. Aquí obtienen un empleo y un uniforme, y aprenden un oficio. También las llamamos Ejército Agrícola de Ghana. Nos hemos fijado el objetivo de arrancarle terreno al bosque para poder cultivar más tierras. Israel lucha contra el desierto; nosotros, contra la selva.

Shardow enumera las cosas importantes:

—Son importantes: la disciplina, el espíritu de nacionalismo y el amor al dirigente. Aprendemos lo que es la vida estudiando la biografía del gran Nkrumah. Yo la conozco de memoria.

Y subraya:

—¡De memoria!

»Dos veces al día prestamos juramento de fidelidad a Ghana y a Nkrumah. Después de la diana, la primera; después de pasar revista, la segunda. Continuamente damos cursos. Sus temas: “Historia de Ghana”, “El papel de Ghana en África”, “La actividad de Ghana en la ONU”, “Kwame Nkrumah, el primer ciudadano de África”, etcétera.

Le pregunto si los jóvenes cumplen las expectativas del primer ministro.

—Por supuesto —asegura—, trabajan con entusiasmo. Son nuestro orgullo. No tienen nada que ver con la juventud envilecida de Occidente, con todos esos beatniks, esnobs de café y fans de Presley.

»Aquí tenemos la emulación del trabajo. Cada año, el ganador es distinguido con el máximo honor: ser presentado a nuestro dirigente.

Más risas. Nos reímos los dos, estamos a gusto. Es una conversación entre amigos; Shardow no para de subrayarlo:

—Tanto nosotros como vosotros queremos crear una sociedad sin clases. Aspiramos a ello, sabemos que sólo con el trabajo se puede conseguir algo. Además, el marxismo es la ideología que compartimos. Yo tengo el materialismo dialéctico en la sangre. Aquí, aquí.

Extiende el brazo y cierra el puño. En su negro antebrazo aparecen las venas, gruesas, nudosas. Presiona una con el dedo.

—¡Aquí, aquí! Ésta es mi guía de acción.

Por la ventana se ve cómo entran en la explanada del campamento los camiones que traen a comer a los brigadistas desde el trabajo. Los muchachos bajan de un salto, cansados, cubiertos de polvo. Hacen cola ante la bomba hidráulica. Los primeros ya resoplan bajo el chorro de agua; sus cuerpos mojados brillan maravillosamente al sol.

—¡Qué juventud! —exclama Shardow con admiración—. Sepas que la reacción movió cielo y tierra para atraer a esta generación a las filas de la contrarrevolución. Los culíes urdieron mil intrigas. Pero Nkrumah resistió. Al igual que en Rusia,

nuestra juventud también se puso del lado de la revolución. ¿Tú te crees que la reacción se dio entonces por vencida? ¡Qué va! Lanzó la acusación de que las Brigadas de Constructores era una organización de juventudes nazis.

En este momento Shardow se ríe a mandíbula batiente, a todas luces seducido por la perspectiva de una Ghana poderosa, ese coloso que emergerá de la maraña de una selva tenazmente quemada, talada y arrasada por sus brigadistas día tras día. Con esta visión se alimentan Shardow y sus camaradas, que constituyen los cuadros duros y ambiciosos de los jóvenes nacionalistas, entregados, fieles y ciegamente obedientes a Nkrumah.

—¡Él es magnífico! —vuelve a exclamar Shardow—. Le tenemos un amor muy especial —me repite por décima vez.

Ejemplifica:

—Él nos convoca. Acudimos, esperamos a lo que nos va a decir. Él dice: Tú harás esto, tú aquello y tú lo demás allá. Somos todo oídos para no perdernos una sola palabra. Y luego nos lanzamos a la carrera a cumplir la orden.

La mano de Shardow que ilustra lo raudo de esa carrera pasa volando ante mis narices. La velocidad del gesto ha sido tan vertiginosa que expreso mi más sincera admiración.

Se alegra y, risueño, empieza a encender un puro. Como es sabido, los puros no se encienden a la primera, así que tarda un poco en conseguirlo. Se me ocurre preguntarle por la oposición. Se oye decir por ahí que el gobierno tiene una oposición, y a uno le dan ganas de saber cómo es.

—¡La oposición! —gruñe Shardow, visiblemente molesto—. ¿Quién se creen que son? Su líder no vale ni un cordón de zapato de Nkrumah.

El pie de Shardow aterriza de repente sobre la mesa, apuntándome a la cara con la punta del zapato. Su dueño me enseña el cordón: marrón y atado en un lazo. Un cordón así, si estuviera atado al zapato de Kwame, valdría más que el líder de la oposición ghanesa, en este momento el doctor Busia, catedrático de sociología en la Universidad de la Haya.

—La oposición es un engendro penoso porque carece del sentido de misión. El que no tiene sentido de misión, en realidad no tiene nada. Nosotros conocemos nuestra misión y por eso somos fuertes; nadie puede cruzarse en nuestro camino, y si lo hace, lo barreremos en un santiamén.

Una última vez nos dejamos llevar por la risa. Le saco una foto: Shardow posa sobre el fondo de un barracón, con la mirada tensa, clavada en el objetivo. Preferiría que se mostrase más alegre, pero allí se fotografían en plan grave; cuesta hacerse con una foto con una sonrisa.

SUSURROS AL MEDIODÍA

Nada más entrar, cierra las ventanas. ¡Con este calor! Protesto a voz en cuello que nos va a asfixiar.

—¡Chitón! —me silba al oído—. Hay espías acechando. Están por todas partes.

Nos sentamos a la mesa. Él toma una hoja de papel y se pone a escribir. Lo que escribe lo tapa con la otra mano. Luego me pasa la hoja por delante de los ojos a la velocidad del rayo e inmediatamente la rompe en pedazos.

—¿Lo has retenido?

—Nada de nada.

—Eeeh —dice, decepcionado—, tienes que grabarlo en la memoria en un segundo. Es mi apellido. Lo volveré a escribir, y tú concéntrate.

Él venga a escribir, y yo venga a concentrarme. A lo mejor esta vez lo consigo. Se repite el vuelo supersónico de la hoja.

—¿Lo has retenido?

Mecachis, esta vez tampoco.

Me da por imposible, frunce el gesto y me espeta a la cara:

—Detesto a los comunistas.

¡Jo, macho!

(Para él, Polonia es uno de los Estados Unidos de América).

Pertenece a la oposición. Hace una hora estaba en la plaza Bukom de Acra, gris de rabia, observando una ceremonia fúnebre. Activistas del partido gobernante (sombreros rojos, camisas blancas y pantalones verdes) han colocado ante los presentes un ataúd cubierto con un crespón rojo.

Adamafio, que dirige la ceremonia, dice: «En el interior están todos los líderes del Partido Unido opositor».

Me parece que tendrá en mente más bien sus espíritus, ya que también esos líderes se encuentran entre la multitud. Los activistas prenden fuego al ataúd, que, una vez reducido a cenizas, es enterrado en la plaza.

El secretario del Partido Unido de Acra, Crabbe, lee en una hoja que abandona las filas de la oposición y expresa su lealtad a Kwame. La declaración es celebrada con un caótico tiroteo de mosquetones. Cuarenta y seis hombres siguen los pasos de Crabbe. Adamafio pronuncia un discurso: «Puede haber oposición pero no como ésta. Ésta es estúpida y destructora. La lideran hombres primitivos y dañinos para los cuales no hay lugar en Ghana. Que los miembros del Partido Unido abandonen sus filas y estrechen la mano de sus hermanos y hermanas de la guardia de Nkrumah».

Con acompañamiento de una algarabía de trompetas y trombones, arrancan del mástil la bandera de los opositores e izan la del Partido de la Convención del Pueblo.

Adamafio dice: «Asunto resuelto, hemos acabado con la oposición». Suspira aliviado y se enjuga el sudor de la frente. Los activistas se marchan en camiones, los curiosos empiezan a dispersarse lentamente. Macho también se ha movido de sitio. Con cara desenchajada, de pocos amigos. Me gusta abordar a personas en este estado: suelen hablar por los codos porque necesitan dar salida a su bilis. Camino del hotel, no cesa de mirar en todas direcciones y una vez en la habitación, cierra las ventanas. Es mediodía. La ciudad agoniza bajo un sol de justicia.

—Nkrumah quiere mantener relaciones de amistad con todos los países del mundo —se duele—, en cambio nosotros opinamos que Ghana debe vincularse a Occidente. Tenemos que entrar en los bloques militares occidentales. Si no, no habrá afluencia de capitales extranjeros. Y sin ellos, esto será un desastre. Nuestra salvación está en la Commonwealth, no fuera de ella.

Respeto a Inglaterra, la tiene en alta estima.

—La oposición pertenece a la escuela inglesa —explica—. Nuestros líderes se han formado en las universidades británicas. Son unos sabios. Juristas, doctores, catedráticos. Auténticos cerebros, y ¡qué cerebros! —Muestra con las manos cómo el tamaño de esos cerebros casi les hace estallar el cráneo—. ¡Ellos deberían estar en el poder, a ellos hay que hacerlos ministros! Aquí deberían gobernar los intelectuales, los filósofos.

—Como en Platón —digo.

—No conozco ese país —reconoce al instante, y retoma el hilo—: Estamos en contra de todo lo que huele a socialismo. Nada de nacionalizaciones; el capital tiene que ser libre. El pueblo, también. Pero el pueblo sólo será libre cuando nosotros nos hagamos con el poder. El pueblo es ignorante y por eso apoya a Nkrumah. Dice que nuestros líderes van mano a mano con los ingleses. ¿Acaso es malo que lo hagan? Ahí radica nuestra fuerza. A Nkrumah lo siguen las masas porque las ha tratado de tú a tú. Hace un tiempo, cuando los ingleses construyeron bungalows para su gobierno, prohibió a sus ministros instalarse en ellos y les ordenó entregar el sueldo al partido. Y ahora, mira cuántos bungalows tienen, cuántos coches y qué cuentas en los bancos.

Se queda callado al oír que alguien recorre el pasillo. En el taburete que ocupa veo a un hombre encogido, menudo, de brazos demasiado largos. Tras los gruesos cristales de sus gafas bailan, febriles, sus planos ojos. Cuando ya no se oyen los pasos, lanza miradas a izquierda y derecha, y vuelve a susurrar:

—Tenemos auténticos sabios entre las filas de la oposición; sólo necesitan que les deis el poder; ayudadles. Enseguida Occidente se sentirá más seguro. Si no, Nkrumah acabará con nosotros. ¿Sabes qué dijo Krobo Edusei en Nyakrom?

Krobo es el ministro de Transporte y Comunicaciones, conocido por el sobrenombre de machete del partido. No sé lo que dijo.

—Que si alguna región no apoya al partido de Kwame, nunca recibirá una ayuda del gobierno.

Le pregunto si antes de las elecciones había dicho lo mismo. Resulta que sí. En

aquella ocasión se celebraban elecciones municipales. Durante la campaña, los ministros recorren la selva pronunciando discursos. En las ciudades la propaganda está motorizada. Gobierno y oposición tienen sus respectivos vehículos con altavoces que, en las pausas entre consignas y llamamientos, emiten buen jazz. Si los coches de dos adversarios se encaran en un cruce ante un semáforo, se lanzan improperios, situación que motiva mucha algarabía. A la gente le gustan esos coches porque emiten buena música. En una ocasión, en Kumasi, vi que circulaban más coches de la oposición que del gobierno. Alarmado, se lo comenté a Kofi. «No te preocupes», me dijo, «¡nosotros tenemos mejores discos!».

Se lo cuento a Macho, que se indigna:

—¡Qué van a tenerlos mejores! Ellos no tienen nada bueno. Lo único que saben es hablar mucho. Pero nosotros hablamos mejor, sólo que no nos dejan: disuelven nuestros mítines. Quieren implantar una dictadura de partido único. El que está en la oposición no puede acceder a empleos de categoría. Nos deportan o nos meten en colonias penitenciarias.

Y me recuerda la ley de arresto preventivo. Votada por el Parlamento en enero de 1958, dicha ley faculta a la policía a encerrar por un período de cinco años, sin juicio ni sentencia de un tribunal, a todo sospechoso de falta de lealtad hacia las autoridades.

—¿Qué hacéis en esos casos?

Escriben peticiones a la Reina: «Tenemos el honor de ser los más humildes y leales súbditos de Su Majestad en Ghana, etcétera». Pero la Reina guarda silencio. Ellos siguen esperando, aunque cada vez más desesperanzados. La oposición mengua: la van abandonando señores feudales depuestos, abogados oxfordizados y fanatizados separatistas. Kwame es fuerte, y, además, todo el mundo quiere vivir. Los antagonistas de ayer se estrechan hoy la mano en la tienda que vende neveras. Macho abomina de este conformismo; él no se da por vencido.

—Tenemos que luchar. Vamos a liberar Ghana, que va de mal en peor. La corrupción aumenta de día en día. ¿Has podido arreglar algo sin pagar un soborno? Todo el mundo los acepta porque los sueldos son bajos. Si quieres que te instalen teléfono, te dicen que dentro de cinco años. Cinco años quiere decir cinco libras. Entregas las cinco libras y al día siguiente tienes el teléfono instalado. El sistema funciona así; hasta lo más alto.

Cita escándalos, repasa abusos, enumera los métodos de cohecho. La oposición desenmascara todo esto. ¿Y no quiere hacer una revolución? No, la oposición está en contra de toda revolución. La sola palabra «revolución» le resulta repugnante.

—En este caso, ¿cómo os vais a hacer con el poder?

Macho no lo sabe. Deja esta cuestión a un lado para retomar el flujo de sus pensamientos:

—Detesto a los comunistas.

—¿Es Nkrumah uno de ellos?

—No, él no lo es.

—¿Hay comunistas en Ghana?

Tampoco, pero está el espíritu del comunismo y Kwame se ha aliado con él. Se ha conchabado con ese espíritu y esto es peligroso. Hace tiempo, al abuelo de Macho le arrancaron el hígado en vivo, porque en ese hígado moraba un espíritu, y cuando el abuelo hablaba todas sus palabras eran amarillas. Es posible que Kwame tenga el suyo en los pulmones, pero nadie se los podrá arrancar porque lo vigila la policía.

—¿Y si ese espíritu está en todas partes?

—Claro que lo está. ¡Qué horror!

—Oye, ¿y si está en esta habitación?

Macho se ríe, ji, ji, ji, bajito y tímido porque teme reírse más alto, no vaya a ser que lo oigan los delatores. Me mira, ji, ji, ji, yo lo miro a él y también hago ji, ji, ji, los dos bajito y tímido, ji, ji, ji y ji, ji, ji, uno al oído del otro, señalando con el dedo que chitón, que nos espían.

En mis notas he encontrado esta frase:

«Se escabulló todo lo rápido que pudo, no sin lanzar miradas temerosas hacia atrás».

PERDIDO PARA LA FORD

—Esto quedará entre nosotros.

—Claro, Ded.

—Si te vas de la lengua, lo pasaré mal.

—Lo sé, Ded.

—Presta atención, pues.

Ded se dirige al lugar donde hemos dejado nuestra ropa, de donde trae un paquete. Lo desenvuelve y me enseña un libro. El libro, encuadernado en tela marrón, luce grabada la inscripción: *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética (bolchevique). Breve curso*. Moscú, 1951. *English edition*.

—¿Lo conoces?

—Sí, Ded —contesto, y sigo construyendo mi castillo.

Nada me sale bien. A la agujereada sombra de las palmeras, la arena se seca y pierde adhesividad. Ded, mucho más ingenioso, fortalece las paredes con barro. Pero yo tengo miedo, porque en él hay garrapatas. El castillo de Ded se levanta espléndido, en cambio el mío no vale nada: una birria de feudalismo. Al cuerno, paso. Me tumbo en la arena, que es como un banco de oro arrojado a la orilla. El mar lanza olas cortas y destellos verdes. Se está divinamente en esta playa, luminosa, desierta, inmensa.

Ded interrumpe su labor de esculpir el foso.

—Me han concedido una beca Ford —dice—, un año en Estados Unidos. Pero no voy a ir. Si comiera su pan empezaría a pensar como ellos, a la americana. Y no lo quiero. Llévame a Polonia. Tengo que estudiar la revolución. Después haremos una en Ghana.

—¿Quieres derribar al gobierno?

—No, eso no. Nosotros apoyamos a Nkrumah. Pero Kwame se ha detenido a medio camino. Ya no se habla de nacionalización, y los capitales extranjeros inundan el país. Debemos avanzar más, más firmes y más a la izquierda. Mi generación vendrá como recambio de Nkrumah, dará impulso al país y entregará el poder al pueblo.

Con su bañador y ocupado en su castillo, Ded parece un muchacho. También en su oficina se muestra igual. Tiene una manera de ser, ¿cómo llamarla?, de chico del Komsomol tal vez. Muy activo, trabaja en los sindicatos, que como son pro gubernamentales han recibido una hermosa sede de cristal. Ded menciona que antes los sindicatos no querían mezclarse con la política. Pero Kwame metió en la dirección a varios de sus hombres, los cuales provocaron una escisión y fundaron un movimiento sindical propio. El gobierno ha reconocido a los dirigentes de ese movimiento como los únicos representantes de la clase trabajadora. Desde entonces

se llama a los sindicatos «el ala industrial del partido». Al de los agricultores, «el ala agrícola del partido»; al Parlamento, «el corazón legislativo del partido», y al gobierno, «el cuerpo ejecutivo del partido». Ded se ocupa de la propaganda.

—No lo tengo fácil —dice—. Kwame nos tiene dicho que velemos por la paz en la producción. Empresarios y obreros deben convivir en armonía porque si no, no vamos a cumplir el plan. Pero intenta lograrla. Toma, por ejemplo, a los obreros de la construcción. El sueldo mínimo fijado por el gobierno es de cinco chelines al día. Sin embargo, hay empresarios que les pagan tres, el precio de una botella de cerveza.

—Pueden declararse en huelga.

—No pueden. Ha salido una ley que lo prohíbe. Por incitar a la huelga te puede caer un año de cárcel o una multa de veinticinco libras —tres meses de sueldo de un obrero—. Los desacuerdos deben tratarse de otra manera. Atiende: primero te diriges al inspector de trabajo. Éste lleva la queja al ministro. El ministro nombra un mediador, el cual negocia con la empresa, etcétera. Un procedimiento largo.

Ded meneaba la cabeza y dibujaba en la arena una escalera de mano por la que sube la queja obrera para bajar luego y más tarde volver a subir. Los travesaños de la escalera de Ded distan mucho el uno del otro; la queja, pues, hace mucha gimnasia.

—Un asunto difícil —prosigue Ded—, porque no hay núcleos de población obrera. En el país sólo hay tres fábricas: de cigarrillos, de cerillas y de bizcochos. Ninguna gran industria. Los sindicatos, en su mayoría no industriales, a veces son tan pequeños que no sobrepasan la cincuentena de miembros. Los introdujeron los ingleses; no querían que fueran fuertes. Sólo los ferroviarios, los obreros del puerto y los mineros cuentan algo más. Aunque también ellos tienen problemas. Es que aquí constituyen mayoría los obreros itinerantes, esos que trabajan uno o dos meses y vuelven a la selva. No saben leer, no tienen oficio, y cuando se sienten engañados no acuden a nosotros, sino que van a sus aldeas y se quejan ante el *nana*. Pocos viven del trabajo en la industria, la cual constituye para los demás un medio ocasional de conseguir el dinero suficiente ya para comprarse una esposa, ya para construirse una choza de adobe, ya para pagar una deuda. Cobran, y si te he visto no me acuerdo. A los capitalistas les van como anillo al dedo porque los pueden timar.

Ded detesta a los capitalistas. Pregunta por qué en Europa los dibujan con grandes barrigones. En Ghana todos son delgados, y sus mujeres, huesudas. El capitalista camina plas, plas, y su señora tic, tic, tic. La capitalista nunca logra seguir el paso de su señor esposo. Ded representa semejante paseo y, sin darse cuenta, pisa mi castillo. Se ha acabado el recreo: volvemos al trabajo. Empiezo por las murallas de defensa, pero Ded mientras tanto ya ha alisado una gran plaza ante la puerta: el mercado de esclavos. Los castillos viejos en África tienen esas plazas.

—¿De dónde has sacado este libro?

Ded endereza la espalda y se sienta sobre los talones.

—No es mío, es nuestro. Formamos todo un grupo, pensamos igual. Ya lo verás, fundaremos un partido. Un auténtico partido socialista. Pasará algún tiempo, todavía

nos falta experiencia. Este libro constituye todo nuestro capital. La prensa no escribe sobre vuestros países. Está en manos de los ingleses. Resulta difícil enterarse de algo relacionado con el Este. Pero yo ya conozco el socialismo. Me sé todas sus características.

Ded hace un repaso pero, como no le salen las cuentas, abandona y se deja llevar por el entusiasmo de antes:

—Seremos cada vez más numerosos. Sólo con que lográramos romper el dique: convencer a la gente de que el marxismo no se ha concebido exclusivamente para los blancos, sino para todo el mundo. Aquí sigue primando el enfoque racial y por eso cuando algo viene de Europa los no concienciados se ponen en guardia.

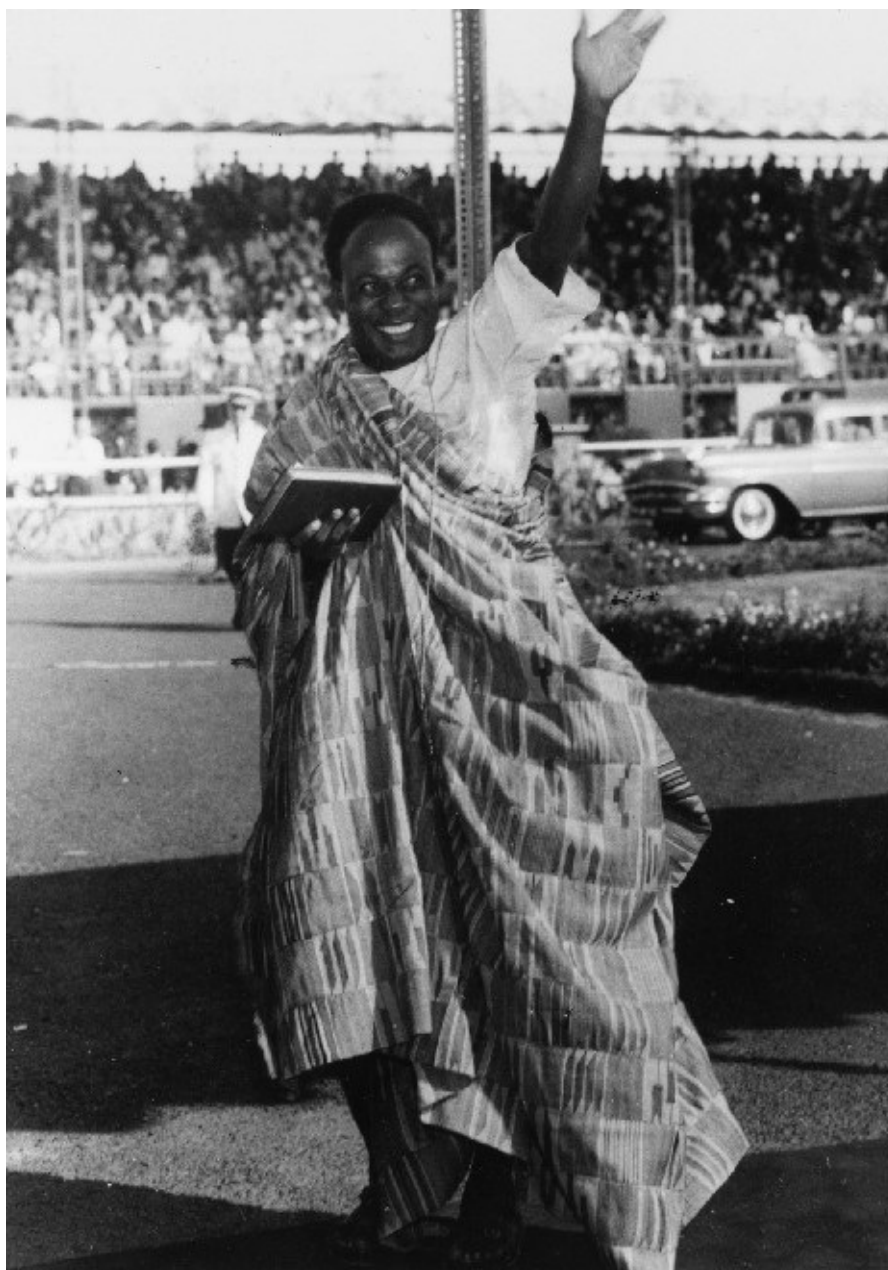
Esa actitud le da asco. Febril y apasionado, va de un lado para otro buscando a personas con las que discutir. No espera a que le digan algo; enseguida las apabulla con argumentos. Todavía sabe poco y sin embargo ya es mucho. No sabe lo que es divertirse; no hay tiempo para diversiones. Recorre el país, arregla mil asuntos, organiza, no cesa en su activismo. Le gustaría convencer a cien personas. Incluso a cinco. Cinco también son muchas. Le desagradan las películas del Oeste y las policíacas; evita a las mujeres.

—Tengo una novia. Estudia en Inglaterra. Es muy de izquierdas. Cuando acabe la carrera se vendrá aquí, conmigo. Juntos vamos a servir a la revolución.

Entre Acra y Londres circulan sus cartas. «Ded, ¡quiero estar contigo ya! Ghana está lejos pero tú estás cerca. Espérame. Seremos felices. Ahora mismo me siento feliz porque puedo pensar en ti». Él la corrige: «La felicidad se halla en la lucha», le escribe. Sus palabras suenan duras, pero Ded no va a ceder ni un ápice. En lugar de escuchar al corazón de la muchacha, examina la corrección de sus expresiones. ¿A qué daría prioridad: al sentido común o a los sentimientos? A la idea, contesta.

Ded se sacude la arena de las manos: su castillo está listo. No, no va a cambiar nada, el castillo está muy bien tal como está. Una construcción fuerte y compacta, sin retoques ni remodelaciones, obra de una mano que no vacila. Altas murallas, edificaciones angulosas, una sombra en el patio de armas. En cambio el mío, ya por segunda vez, da pena. La arena se me escurre de entre las manos, una arena sublime, de oro, que sin embargo no se pega. ¡Ay, si hubiera usado barro, si no tuviese miedo a las garrapatas! Ded se ha tumbado bajo una palmera; joven, negro, silueta deportiva. Cuando miro en su dirección, fugazmente pienso:

Me recuerda a alguien. Tiene algo que le envidia.



Acra, 7 de marzo de 1957. Kwame Nkrumah (1909-1972), primer ministro de Ghana, llega a la ceremonia de declaración de independencia.

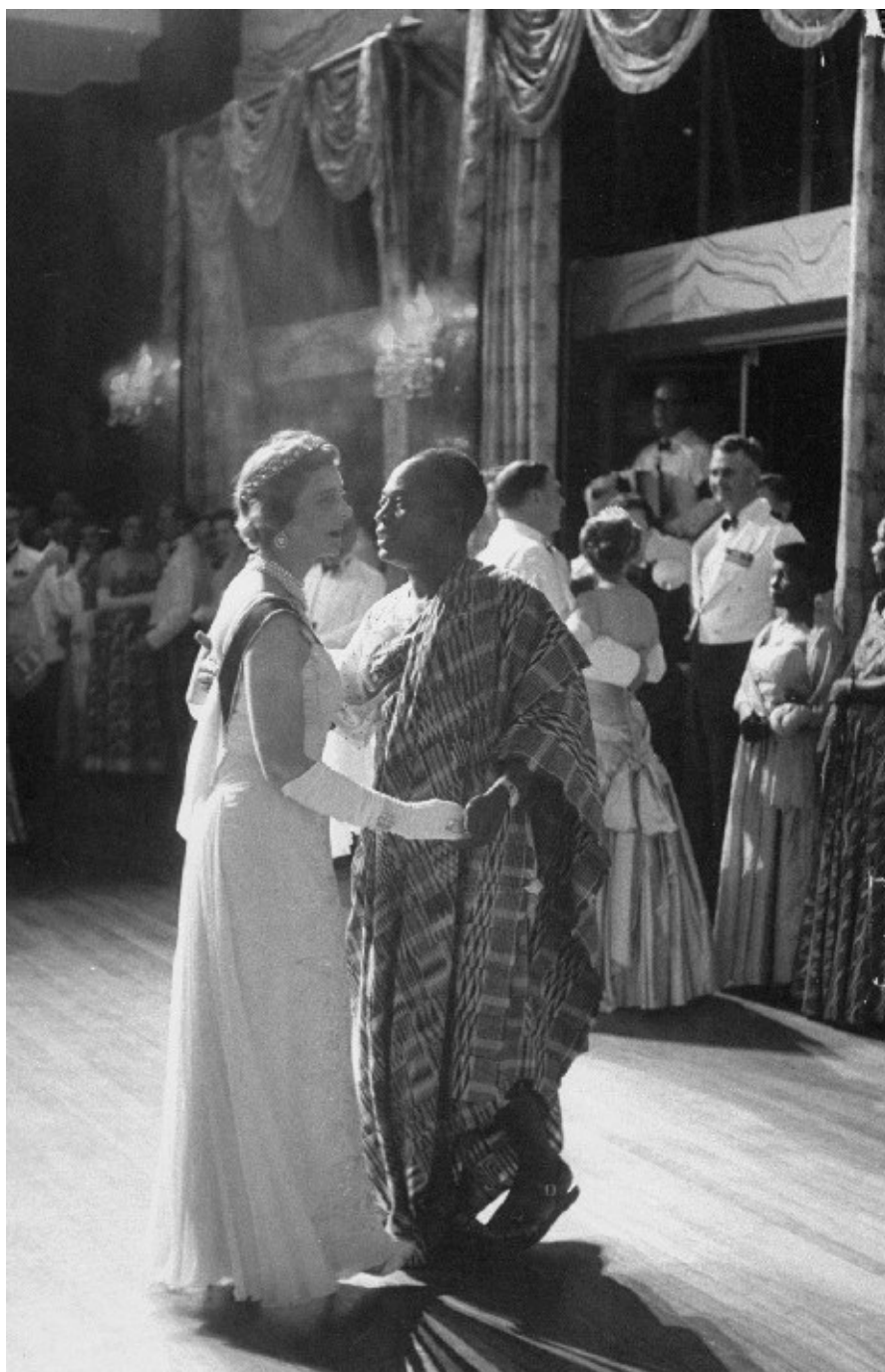
© Central Press/Getty Images/FPM



Costa de Oro, 21 de julio de 1956. Kwame Nkrumah, antes de depositar su voto en las elecciones parlamentarias, humedece el pulgar en la tinta, método para impedir la duplicación de voto.
© Central Press/Getty Images/FPM



14 de abril de 1957. Los miembros del gobierno llevan a Nkrumah a hombros.
© Bettmann/Corbis/Fotochannels



La princesa Marina, duquesa de Kent (1906-1968), baila con el primer ministro Nkrumah durante una de las ceremonias de celebración de la independencia, Acra, marzo de 1957.

© Mark Kauffman/Time Life Pictures/Getty Images/FPM



18 de junio de 1957. Bienvenida a Kwame Nkrumah (en el centro, a la izquierda del policía), que llega a Londres para participar en la conferencia de jefes de gobierno de los países de la Commonwealth.

© Edward Miller/Keystone/Getty Images/FPM



«Nkrumah es un gran orador, de gesticulación mesurada pero expresiva» (cita de «Boicot en el altar»).

© Mark Kauffman/Time Life Pictures/Getty Images/FPM



«En medio de aplausos, gritos y cantos, salta hacia la tribuna un muchacho [...] y empieza a contorsionarse en vertiginosas volteretas. Tres saltos hacia un lado, media vuelta, y otros tres en sentido contrario. Nkrumah interrumpe el discurso para contemplar con interés las proezas del muchacho» (cita de «Boicot en el altar»).

© Mark Kauffman/Time Life Pictures/Getty Images/FPM



«Osagyefo [Libertador], el primer ministro, el líder de Ghana [sentado en el centro], el líder de África, de todos los pueblos oprimidos» (cita de *Ébano*).

© Mark Kauffman/Time Life Pictures/Getty Images/FPM



Diciembre de 1959. El primer ministro Nkrumah escuchando en su despacho quejas de los ciudadanos.
© Mark Kauffman/Time Life Pictures/Getty Images/FPM



Nueva York, 1 de septiembre de 1960. Delegación de Ghana en la ONU. El presidente Nkrumah, primero por la izquierda.

© Ralph Crane/Time Life Pictures/Getty Images/FPM



Noviembre de 1961. La reina Isabel II de visita en Ghana; a su derecha, el presidente Nkrumah.
© Paul Schutzer/Time Life Pictures/Getty Images/FPM



Acra, enero de 1963. Kwame Nkrumah y su esposa Fathia en un convite.
© Bettmann/Corbis/Fotochannels



Opositores a Kwame Nkrumah salen en libertad tras el golpe de Estado del 24 de febrero de 1966.
 © Harry Dempster/Express/Getty Images/FPM



Acra, 28 de febrero de 1966. Niños jugando junto al monumento del presidente depuesto.

© Bettmann/Corbis/Fotochannels

Patrice

LA FRONTERA

Nos hemos escabullido de Juba de madrugada.^[16] Nuestro jeep pega saltos, los cristales tintinean, todo tiembla. El camino es como una era, de barro, de un color de moda: el rojizo. Hemos dejado atrás un cementerio de coches belgas. Había unos cien, buenas marcas, como para subirse y en marcha. Los belgas huyeron con ellos del Congo, dejándolos allí, porque de Juba a Jartum no hay manera de viajar en un turismo. Se podría afanar alguno, pero hay que ser legal.

Por eso hemos alquilado el jeep.

Y allá vamos.

Debo deciros que esto es precioso. La sabana puede estar quemada pero los árboles aparecen verdes como en mayo. Montañas en el horizonte, el cielo como un diamante. Cada pocos minutos, una aldea. Redondas chozas de barro y, en medio, una plaza. En algunas se ve una tumbona con un cuerpo calentándose al sol. Me imagino que quien posee una tumbona tiene que ser un rey.

Todos pensamos en el Congo.

Si conseguimos llegar hasta allí será la bomba. Antes que nosotros, nadie ha pasado por este camino.^[17] Nos embarga la sensación que debe de experimentar todo viajero en una ruta nueva. Claro que exagero, pero me justifican las circunstancias. Me pregunto si vamos a toparnos con Alfred Krupp,^[18] que está de caza por la zona. Tiene previsto matar un elefante, varios antílopes y algo más. Krupp ahora se ve obligado a viajar muy lejos para seguir matando. ¿Para qué querrá un elefante? Ah, sí, ¡los colmillos!

El vehículo frena. Un puesto del ejército sudanés. Jarda^[19] va a negociar con el jefe mientras nosotros vamos en busca de cerveza. El pueblo se llama Yei: un mercado, varias casuchas, una pequeña iglesia y una oficina de Correos. Como en todo el mundo. Llega Jarda y dice que querían hacernos dar media vuelta. Tienen orden de dejar salir del Congo pero ninguna de dejar entrar. Ni siquiera preguntamos por la continuación, porque si Jarda arregla un asunto, seguro que estará arreglado.

Buen Dios, ¿dónde está ese Congo? El jeep corre a toda pastilla, una curva, una bajada, una subida, otra curva, ah, hay un indicador: COFFEE PLANTATION FIVE KILOMETRES. No, esto es aún Sudán. Una voz dice: «Si cada uno les aporta dos mil dólares mejoraremos su situación financiera». Otra le contesta: «Ten cuidado, no vaya a ser que mejores su situación de abastecimiento».

Un mono corre que se las pela, seguramente un babuino. Los babuinos son malos bichos porque se comen las cosechas de los campos, según se lee en un libro. Y arrojan piedras a las personas pero temen a las serpientes. Un babuino, visible,

huyendo de una serpiente, invisible, es un espectáculo divertido, sostiene el autor, que, insiste, se había tronchado de risa. Al recordarlo, también yo me echo a reír. Al acto me llaman al orden. En efecto, son momentos llenos de tensión. ¿Qué nos aguardará dentro de una hora? ¿Nos recibirán abriendo fuego? Nos dará tiempo de gritar: ¡Amigos, queremos vivir!, pero ¿quién nos va a entender?

STOP.

En el camino desierto aparece un muchacho apoyado contra una barrera. En la mano lleva una hoz enorme en forma de alfanje. Junto a él, un poste con el rótulo medio borrado:

CONGO-SUDÁN.

En este sitio la carretera baja por una hondonada; la temperatura ha subido, garren los loros, empezamos a sudar. Estamos en enero, en Polonia también es enero, pero se nota la diferencia. El muchacho ha desaparecido en una de las chozas que flanquean el camino. Ahora asoma de ella el cañón de un fusil, luego un casco y finalmente sale un hombre con uniforme gris, es decir, un policía. Tras él emerge un segundo, un tercero y un cuarto, también armados, aunque vestidos más bien de playa: un simple pantalón corto.

Enseñamos nuestros visados. El que sabe leer los lee, los demás se centran en el coche. Uno de ellos da lecciones a nuestro chófer, sudanés: «Allí, en Sudán, se circula por la izquierda; aquí, en el Congo, por la derecha. No lo olvides porque si no...».

La culata viaja a la altura de los dientes del chófer. El sudanés se vuelve gris de miedo pero aguanta valientemente. Nuestros datos personales están comprobados, nuestros equipajes revisados; podemos continuar. Como este primer encuentro ha resultado agradable, dejamos de recuerdo un paquete de cigarrillos, y a la encantadora muchacha que ha aparecido mientras tanto, un collar checo. A cambio nos llevamos su cautivadora sonrisa y a un policía, que nos acompañará como escolta.

La carretera es recta como una flecha.

El chófer, instruido, no se desvía de la derecha.

El viaje se hace un poco aburrido: la seca sabana, ningún lago ni río. Si hubiera río tal vez habría cocodrilos. El cocodrilo, una vez harto de comer, abre las fauces. En ese momento se posa en ellas un pequeño pájaro que picotea los restos de comida pegados a los dientes. El cocodrilo no le hará daño. No tengo ni idea de cómo se llama este pájaro. A lo mejor en la lengua bangba^[20] lo llaman *anikoo*, que significa cepillo de dientes.

Desde lejos vemos muchos árboles; cuando nos aproximamos un poco vemos que bajo esos árboles hay casas; y ya desde cerca, que delante de esas casas hay una nueva barrera que cierra el paso, de modo que nos detenemos. El paisaje se vuelve verde de uniformes, esférico de cascos y puntiagudo de cañones de fusil. La gendarmería. Sus cascos lucen una tira pintada de rojo en cuyo centro hay un

emblema blanco que recuerda al de nuestros bomberos. Van armados con metralletas belgas, porras y bayonetas.

Estamos en Aba, la primera ciudad en territorio congoleño.

Debemos esperar al comandante.

Es su hora de comer.

Viene el comandante, parlamenta, la barrera se levanta, nosotros nos dirigimos a un hotel. En el comedor, para sellar el carácter amistoso de nuestra visita, invitamos a la mesa al sudanés y al policía. Por primera vez veo en África cómo el camarero ostentosamente sirve primero a los comensales negros y después a nosotros.

Damos una vuelta por la ciudad. Se nos une un congoleño, Bernard. Es obrero, dice con orgullo. Señala con la mano una urbanización de bonitos chalés.

—Antes vivían aquí los belgas —explica.

—¿Y ahora? —le pregunta Dušan.^[21]

—Ahora, gentes como yo.

Aba tiene una calle y varias tiendas. Griegas. Sus dueños, sentados en unas sillas, están tomando cerveza. Nos invitan a acompañarles. No nos moveremos de aquí, asegura uno. ¿Adónde puede ir éste? Lo único que tiene es una tienducha en Aba. Y nada más, en ninguna otra parte del mundo. Nos lo tenemos que imaginar: el enorme globo terráqueo, continentes y océanos, ciudades, aviones y barcos, Roma y sus beldades, nada de esto pertenece al griego, que sólo posee esa tienda en la que vende bolígrafos y sal, camisas y jabón; nada más. Por eso el griego no se puede marchar, por eso ahí está tomando cervezas.

Continuar viaje es una locura, intentan disuadirnos los comerciantes. Si llevamos dólares, ellos nos los cambiarían por francos congoleños, pero, por favor, vuelvan a Sudán, no vayan al Congo. ¿Por qué no?, preguntamos. Porque apalean. El ejército está apostado en las carreteras y pega palizas. Si ven una cara blanca, se acabó. Antes, en el Congo, la mano blanca pegaba la cara negra por ser negra. Ahora, la mano negra pega la cara blanca por ser blanca. ¡Señor, este mundo se ha vuelto loco!

Somos amigos, aclara uno de nosotros. A los comerciantes les da risa: Intenten explicarlo con el cogote encañonado. Cuando la persona siente el cañón en la nuca sufre una especie de parálisis: el cerebro, como sacado del congelador; nervios agarrotados; percepción de sensaciones, nula; impresión de vacío. Una parálisis con todas las de la ley, señores.

Por la mañana nos levantamos de un salto aunque el corneta no se infla para tocarnos diana a nosotros. Lo hace para llamar a una leva general en la plaza. Muchachos imberbes marchan en filas de a cuatro por delante del hotel, al frente la bandera del Congo libre (seis estrellas amarillas pequeñas y una grande sobre fondo azul), redobles de tamtanes, el destacamento cantando una canción sobre Lumumba. Los chicos de la cola pierden el paso, el instructor reprende a los rezagados. ¡El ejército es el ejército!, grita la divisa de todos los cabos del mundo. Ni un solo fusil.

Un Ford enorme de color oscuro, alquilado por una fortuna, espera delante del

hotel. Junto a él, un nuevo compañero de viaje, esta vez un gendarme. Nuestro escolta. El gendarme está pertrechado impecablemente: una metralleta, municiones de recarga y, en el bolsillo, la orden escrita: «Acompañar a los cuatro europeos^[22] hasta Stanleyville». ^[23] Se llama Serafin. Rostro oscuro, aún más a la sombra del casco, expresión constantemente preocupada.

La carretera vuelve a ser arcillosa, parda (como en todo el país) y sombreada, con sendas paredes de la selva a ambos lados y un techo verde encima de nuestras cabezas.

Hermanos, empieza la lotería.

¿Qué hará Serafin con nosotros? ¿Entregarnos a la primera guarnición que encontremos? ¿Defendernos? ¿Y si también él recibe palos? Lo miro, y él me devuelve la mirada. No conocemos nuestras respectivas lenguas. Le sonrío: a lo mejor funciona. Lo primero que hace Serafin es mirarme durante un buen rato, luego frunce el ceño, a todas luces sus pensamientos trabajan febrilmente, se mueve inseguro y finalmente ese rostro suyo tan grave y a la vez bonachón se ilumina con una ancha sonrisa.

Bien, vamos en el mismo carro.

Serafin está de nuestro lado, sin lugar a dudas.

Stop: otra barrera.

De la selva emergen unos soldados. Van vestidos igual que Serafin, sólo que sin la tira roja en el casco. Guerreras abiertas (el trópico), fusiles en mano. Serafin baja del coche. Miramos, tensos, cómo lo van a recibir. ¿Le arrearán en plena cara o se pondrán firmes?

Se ponen firmes.

¡Uf!, estamos salvados.

Nos estrechamos las manos (ellos con menos entusiasmo que nosotros), dejamos cigarrillos de recuerdo, y en marcha. Cada pueblo por el camino tiene dos barreras: a la entrada y a la salida. Con sus respectivas patrullas. Y cada vez hay que negociar de nuevo. No hay otra.

En Dungu, el destacamento de control junto a la barrera no ha puesto grandes pegas, así que entramos tan campantes. El Ford aparca delante de un hotel. El hotel se llama Relais y pertenece a un griego. El griego me pregunta:

—¿Quién es usted?

—Un polaco.

—¿Y éstos?

—Checos.

—¡Dios santo!, ¿cómo saldrán ustedes de aquí? —se duele el hombre.

Sea porque había sido partisano con Markos o sea porque después de comer le hemos dejado una propina que ni siquiera se ve en el Ritz de París, lo cierto es que el griego quiere salvarnos. Va a buscar al comandante. Éste muestra cara de dolor y pregunta si alguno de nosotros entiende de curas, porque le duele la barriga. Ninguno,

le contesta Jarda (y a nosotros: Si le digo que sí nos obligará a quedarnos aquí hasta que se ponga bueno. Y si no lo curamos nos pegará un tiro. *Au grand jamais!*). El comandante tuerce el gesto, pero como el griego presiona, va a buscar su casco y junto con el hotelero se mete en un coche aparcado en la puerta. Sígannos, ordena el griego. Los seguimos a todo meter.

Atravesamos un hermoso puente sobre el río Uele y, tras él, una encrucijada con un árbol enorme, quizá un baobab (aunque no puedo jurarlo).

Bajo el árbol hay tumbonas, y sobre ellas, soldados. En cuanto nos ven, ¡zas!, la mano al fusil y venga a avanzar hacia nosotros. Han cogido las armas de tal manera que nos dan escalofríos. Porque cuando un soldado congoleño te coloca el fusil contra la barriga no hay nada que temer: no disparará. Pero cuando lo coge como nuestros campesinos agarran el telero, ponte a rezar. Tu cabeza ya se puede preparar para un masaje. Caminan graves, las caras amenazadoras hasta lo indecible y los ojos fúlgidos de ira.

Se acabó lo que se daba, digo para mis adentros.

Mientras, el comandante y el griego han bajado del coche y van al encuentro de los soldados. Les hablan sin parar, señalan al cielo con el dedo, que si un avión, que si un spútnik, lo cierto es que el destacamento está ocupado en otra cosa. El griego nos guiña un ojo, y el Ford echa a correr como un poseso. Un derrape en la curva y si te he visto no me acuerdo.

A este griego, cuando yo sea presidente, lo voy a condecorar.

Seguimos atravesando la selva, a cien por hora. El camino es tan fabuloso que hasta hoy sueño con él por las noches. La calma reina por doquier, los campesinos trabajan en los campos, la gente de los pueblos acude a sus bulliciosos mercados... Unos cazadores emergen de la frondosidad y, tras dejar sus arcos y sus lanzas, nos saludan agitando la mano. Un viento tórrido se retuerce en el coche. Serafin da cabezadas mientras intenta leer un libro, algo ha cruzado la carretera a toda velocidad, tal vez un antílope.

MAYO

Este hombre estuvo aquí ayer. Llegaron cuatro en un coche cubierto de barro. El coche se detuvo delante del bar. El hombre entró para tomarse una cerveza. Los otros tres se fueron a dar una vuelta por el pueblo. En el bar, vacío, el hombre estaba solo tomando su cerveza. El barman puso un disco. Bill Haley cantaba «See you later, alligator».

—No hace falta —dijo el hombre de la mesa.

El barman quitó el disco. Llegaron los otros tres.

—¿Listo? —preguntó el de la cerveza.

—Listo —contestaron, y salieron los cuatro.

La gente de la plaza se detuvo para verlos caminar: al frente, uno alto y delgado y tras él, tres hombres macizos y de largos brazos.

Las muchachas empezaron a darse toquecitos porque les gustaba el delgado. Éste les dirigió una sonrisa, luego a los demás, y se puso a hablar. No lo conocíamos. Normalmente, conocíamos a todos los que venían a hablar, pero a éste lo veíamos por primera vez. Antes solía venir un blanco. Se enjugaba la frente con un pañuelo y murmuraba cosas. Los que se encontraban más próximos a él tenían que aguzar el oído para después poder repetir el mensaje a los más alejados. En el murmullo siempre aparecían los impuestos y la obligatoriedad del trabajo comunitario. Como era el administrador, tampoco iba a hablar de otras cosas. A veces venía Mami, nuestro rey, el rey de los bangba. Mami llevaba muchos collares y pulseras cuyas cuentas sonaban a hueco. Mami no tenía poder pero decía que éste volvería a los bangba. Entonces los bangba tomarían su revancha de los angra, que los habían expulsado de las orillas del río Aruwimi, rico en pesca. Mami sacudía la mano; se oía un tintineo hueco.

Pero este hombre hablaba diferente. Decía que la nuestra no era la única tribu. Que había toda una familia de tribus y que esa familia se llamaba *nation congolaise*. Todos teníamos que ser hermanos porque en ello radicaba nuestra fuerza. Como estuvo hablando largo rato, llegó la noche y se hizo oscuro. La oscuridad se llevó todas las caras. Sólo se veían las palabras de aquel hombre. Las palabras sí estaban claras. Las veíamos con toda nitidez.

—¿Alguna pregunta? —dijo.

Nadie abrió la boca. Desde siempre, el que preguntaba acababa apaleado. Así que todos guardaron silencio. Finalmente, alguien gritó:

—¡Oye, tú! ¿Cómo te llamas?

—¿Yo? —Y el hombre rió—. Yo me llamo Lumumba, Patrice Lumumba.

Según las fuentes, nació el 2 de julio de 1925. Pero no hay que hacer demasiado

caso a esta fecha. El Congo de 1925 no era un país en que se apuntase dónde y cuándo había nacido un niño negro.

Omonombe, el jefe de seguridad de Stanleyville y primo de Lumumba, nos pregunta cuántos años tenía Patrice cuando lo mataron. Respondemos que treinta y cinco. «¡Qué va!». Y corrige: «Tenía veintiocho. A Patrice le gustaba echarse años para aparentar más seriedad».

Lumumba y Omonombe han salido de la misma tribu. Se llama batetela^[24] y habita la franja oriental de la provincia de Kasai. La inmensa selva allí da paso a los abiertos espacios de la sabana. Un paisaje parecido a la zona fronteriza entre Mazuria y Podlasie. Sólo que, por supuesto, más africano. Los batetela son un pueblo valiente, audaz e indómito. El rey Leopoldo engañó a muchas tribus con abalorios, pero con los batetela tuvo que lidiar durante diez años en una guerra encarnizada. Cuando los soldados belgas atrapaban a un batetela, ya podían cortarlo en pedazos: el prisionero jamás delataba a nadie. Lumumba será un digno hijo de su tribu.

Nació en Katako-Kombe. Ahora es una pequeña ciudad situada en un importante cruce de caminos, pero en aquel entonces era un pueblo de mala muerte. Redondas chozas de adobe —como en toda esta región—, agujeros en lugar de puertas, también agujeros en lugar de ventanas. Se duerme en el suelo de barro con un haz de heno bajo la cabeza. Tres veces al día, un plato de mandioca; si el padre caza con su arco un antílope, un plato de mandioca con carne. Los Lumumba padres tienen unos hijos todos por igual de fetén. He conocido a un hermano de Patrice, Louis: alto, de complexión de verdadero atleta. Los batetela debieron de recibir en tiempos una inyección de sangre de los watutsi, esos gigantes de Ruanda, porque toda la tribu es alta, esbelta y hermosa.

Patrice va a la escuela. En aquella época sólo hay escuelas misionales. Situadas por lo general a orillas de un río o sobre una verde colina, irradian a las inmediaciones la palabra de Dios, la enseñanza de la humildad. Antes de aprender a leer y escribir, los alumnos deben saberse las oraciones y los diez mandamientos. El padre misionero, vestido con hábito blanco, recorre el aula castigando a los díscolos. El reglamento recomienda pegar en la oreja con una caña de bambú. Con esto, las orejas se hinchan como globos. Patrice acaba la escuela e ingresa en el seminario. En el Congo de entonces no existe otra manera de acceder a estudios superiores. Algo, no obstante, habrá debido de torcerse en el curso su vida —tal vez una discusión con el director, pues es un rebelde por naturaleza—, porque finalmente no acaba el seminario.

Empieza a trabajar. Un joven de piel negra no puede contar con demasiadas ofertas. Patrice trabaja en Correos, un modesto edificio de ladrillo situado en la avenida del Rey Alberto, junto al río Congo. Hoy alberga el departamento de agricultura de la Provincia Oriental, donde los campesinos arreglan sus asuntos del campo. Enfrente de Correos se levanta el Hotel Chutes, que tiene una agradable terraza con vistas al puerto y al río. Acuden allí los jóvenes para tomar cervezas y

escuchar jazz; las parejas flirtean. Como en cualquier otro país del mundo. Patrice, cuya jornada laboral acaba a las dos, a menudo se deja caer por la terraza del Chutes.

Allí se reúnen los *évolués*.

Se trata de muchachos inteligentes, vestidos a la europea, que hablan un francés impecable, leen la prensa y más de uno incluso libros. Stanleyville es una ciudad tranquila, perdida en la selva, con dos cines y un local nocturno; las diversiones no abundan, la gente se aburre.

Los *évolués* no se aburren en absoluto. Son unos apasionados, debaten, ansían cambiar el mundo.^[25] En la sede de la policía, los comisarios fruncen el ceño cada vez más a menudo: los *évolués* se ocupan de política. La cosa empieza como en toda revolución: partiendo de Voltaire. Patrice también lo lee y más adelante lo citará profusamente en sus discursos.

Los *évolués* son en cierto modo como niños perdidos en la niebla del absurdo mundo del África colonial. Se han criado en la cultura bantú, a la que en realidad ya no pertenecen. Los ha moldeado la civilización occidental, que sin embargo no quiere aceptarlos. Por la educación recibida, son gente de Europa, sin que por ello hayan dejado de pertenecer a África. No pueden retroceder. Y al mismo tiempo, tampoco dar un paso hacia delante. He aquí el dilema en que viven. Algunos se avergüenzan de su pasado, todos miran con envidia a los blancos. Puros complejos: de inferioridad, de ambiciones frustradas, de ansias por subir en el escalafón. No se puede entender el curso de los acontecimientos que más adelante se producirán en el Congo sin comprender la compleja y enrevesada situación de los *évolués*.

Sus círculos existen en todo el país. Tienen sus equipos de dirección, sus reuniones e incluso editoriales ilegales. Patrice destaca enseguida y es elegido presidente del círculo de Stanleyville. El primer peldaño del escalafón está superado. Escribe algunos tratados que luego publica con su propio dinero.

En 1956 va a parar a la cárcel.^[26] Un juicio y una sentencia de dos años. La cárcel de Stanleyville no se diferencia demasiado del aspecto del edificio de Correos sito en la avenida del Rey Alberto. Sólo por el alto muro y por estar en pleno centro. Hoy acoge a ocho prisioneros belgas y a varios opositores, y en el pequeño prado que hay junto al muro, soldados de la ONU toman el sol.

Patrice sale en libertad en el tormentoso año de 1958. Al cabo de dos pronunciará desde la tribuna del Parlamento un encendido discurso, ya como primer ministro del Congo. Pero de momento, como modesto oficinista con un salario bajo, sube a un barco que lo llevará a Léopoldville. Allí ocupará un puesto en el departamento comercial de una fábrica de cerveza.^[27]

La capital debe de gustarle. Se dice que Léopoldville es la más europea de las ciudades al sur del Sáhara: modernidad, lujo, anchas avenidas, escaparates fastuosos... Pero también existe otra Léopoldville, autóctona, hecha de adobe, sin luz y sin agua. Esa segunda ciudad está situada al otro lado de la vía férrea. Así que cuando alguien dice: detrás de la vía, tiene en mente los barrios nativos, el resto del

Congo y África toda, pues lo que hay delante de la vía es Europa. Dos mundos viviendo uno al lado del otro, separados por un muro invisible, mundos que no se conocen, que viven a ritmos diferentes y con gastos dispares. La señora Francqui se queja de falta de dinero porque su marido gana sólo veinte mil francos. Detrás de la vía, la señora Umongo se queja de falta de dinero porque su marido gana ochocientos. Las dos se quejan, pero la diferencia salta a la vista. ¿Qué puede unir a estas dos mujeres? Las separa todo, absolutamente todo, no sólo la vía.

En los días en que Patrice llega a Léopoldville, la ciudad vive momentos de gran conmoción: una primera familia africana se instala en el barrio europeo. La indignación de la señora Francqui es enorme. ¡Esto es la revolución! Dentro de poco ¡esta gente querrá mandar! La señora Francqui es un ama de casa pequeñoburguesa, pero también a los pequeñoburgueses los visita a veces el genio de la clarividencia. En efecto, esta gente quiere mandar. Ese congoleño esbelto que ha desembarcado hace poco no tardará en decírselo a la señora.

El Congo es un país de escasas tradiciones revolucionarias. Puestos a hacer un repaso, no hallaremos en su pasado más que unas pocas huelgas y otras tantas revueltas locales. Sabemos por qué fue así, pero esto no cambia el hecho. Cada vez que se levantaba una cabeza, recibía un culatazo en la sien. Antes incluso de levantarse del todo.

En un callejón de Stanleyville, cerca de nuestro hotel, hay un barraconcito que recuerda a nuestros cuarteles rurales de bomberos voluntarios. Cada domingo se celebra allí una misa kimbanguista. Al penetrar en su penumbroso interior tenemos la impresión de hallarnos en el Monasterio de las Cuevas de Kiev. Porque en los viejos iconos de las iglesias ortodoxas antiguas, los rostros divinos son oscuros, incluso se llega a calificarlos de negros. En el pequeño templo kimbanguista las imágenes divinas muestran precisamente rostros oscuros, negros. Porque los kimbanguistas creen que Jesús vino al mundo como un negro. Así se lo enseñó su mesías, Simon Kimbangu. Kimbangu nació a finales del siglo XIX en el seno de la tribu bakongo. El 18 de marzo de 1918 tuvo una aparición, y empezó a recorrer el Congo para difundir sus enseñanzas. Decía que Dios lo había enviado para resucitar a los muertos, multiplicar los alimentos y salvar al mundo. Ese mundo de la selva y de la sabana. Y que Dios no era blanco sino negro. Que los blancos se lo habían apropiado, por lo que serían castigados a la condenación eterna y a infinitos tormentos. Estas enseñanzas eran revolucionarias. Kimbangu decía: «No escuchéis a las autoridades, escuchad a Dios». También decía: «El país en que moráis e ingerís los dones divinos es vuestro; los belgas, en su maldad, lo han robado dejándose tentar por Satanás». Kimbangu hablaba en lenguaje bíblico, pues era el único que conocía, y la política estaba servida con el aderezo de la altisonante fraseología de los profetas. Y, sin embargo, era política. Esta forma de agitación recuerda los acontecimientos de la Guerra de los Campesinos europea. Con la salvedad de que en Europa sucedió en el siglo XV y en el Congo quinientos años después.

A finales de 1921, los belgas detuvieron al mesías, lo condenaron a muerte, pena que luego conmutaron por cadena perpetua. Kimbangu estuvo en Jadotville, Katanga, [28] la cárcel más dura del Congo. En ella, en enero de 1960, meterán a Patrice Lumumba.

Los kimbanguistas fueron sentenciados a largas condenas. Pero cuanto más aumentaba la represión, más se fortalecía el movimiento. El filo de su espada no sólo estaba dirigido a la administración colonial, sino también a las misiones católicas. Todavía hoy los belgas exclaman a la primera ocasión que se les presenta: «¡Hay que matarlos a tiros! ¡Son unos comunistas! ¡Son kimbanguistas!». Simon el mesías tenía su pequeña iglesia en la selva. Para inaugurarla, llevó una palangana de pintura. De color negro. En esa iglesia había imágenes divinas. Y Simon fue de imagen en imagen repintando los inmóviles rostros de los santos. Cambiaba el color de las altas frentes y de los mofletudos carrillos, abultaba los labios y encrespaba las cabelleras. Hasta que los santos se convirtieron en negros, a semejanza de Simon y sus fieles. Éste fue el primer gesto revolucionario en el Congo: un brochazo sobre un cuadro.

LOS ABANDERADOS

Es él: alto, ágil, frotándose la frente con una mano de largos e inquietos dedos. Posee un rostro que allí gusta porque, siendo oscuro, sus rasgos son europeos. Patrice pasea por las calles de Léopoldville. Se detiene, vuelve atrás, avanza de nuevo. Está solo; prepara en sus adentros su gran monólogo. Todavía no lo vemos en la escena.

La escena está ocupada por otros. Nos encontramos en Léo, como llaman abreviadamente a la capital del Congo, escuchando el bullicio de los barrios de detrás de la vía férrea. Allí circulan dos nombres: Jean Bolikango y Joseph Kasavubu.

Bolikango lidera a los bangala y Kasavubu a los bakongo. La provincia del Ecuador, la parte del Congo más pobre y subdesarrollada, es tierra de los bangala. Allí crece una selva enorme, ciénagas tropicales se extienden en miles de kilómetros, los mosquitos no dejan vivir y a cada momento estallan epidemias de malaria. No hay industria, no hay riquezas, Katanga queda muy lejos. Entre esta provincia y la frontera de la de Léopoldville se extiende un territorio que iguala a la superficie de Polonia y en el que no hay una sola carretera. Los bangala emigran a Léopoldville, donde nadie los recibe con los brazos abiertos, pues Léo es tierra de los bakongo desde hace siglos. Esto era nuestro maravilloso reino, recuerdan los patriotas del clan. Pero ahora no sólo se trata de la tradición. Los recién llegados son una competencia. Hay poco trabajo, pocas escuelas y todavía menos empleos dignos de este nombre. Y en eso irrumpen los bangala, que luchan por la supervivencia. De ahí que el día a día se llene de envidias, rencillas y rencores. De vez en cuando, algún bangala suelta una serpiente en la choza de un bakongo. La calle estalla enseguida, se suceden cuchilladas, la policía reparte porrazos a diestro y siniestro.

Pero Bolikango y Kasavubu no son enemigos. Los dos se han formado en una misma escuela de jesuitas, los dos más tarde serán maestros e incluso se diría que intelectuales. Porque Kasavubu será un tomista reconocido y Bolikango, convertido en escritor, publicará una novela. El primero en mostrar su faceta de activista será Bolikango. En 1946 lo encontraremos entre los fundadores de UNISCO, la Unión de los Intereses Sociales del Congo, organización que intentará presentar un programa opositor: el de la lucha contra la discriminación racial. El ataque es débil, las consignas nebulosas y el grupo de participantes estrecho. Bolikango hace lo que puede por ganarse más adeptos. Se acuerda de un compañero de pupitre, el pequeño y mofletudo Joseph.

Kasavubu nació en 1910 en Tshela, donde el Congo bebe del Atlántico con su estrecho hocico. A principios de siglo, obreros chinos construían allí la línea férrea entre Matadi y Léo. Para no buscar lejos, tomaban por parejas a mujeres bakongo. Kasavubu es fruto de una de esas uniones. Después de la escuela misional, durante

tres años estudia teología en Luluabourg.^[29] Sin embargo, pasará catorce años posteriores a la guerra trabajando en el departamento de finanzas de la administración belga. No deja de ser curioso que la mayoría de los hombres hoy célebres en el Congo hayan tenido algo que ver con la contabilidad.

Kasavubu empieza a acudir a las reuniones de la UNISCO. Por entonces todavía no estaba tan obeso y perezoso como lo está hoy. Pronuncia muchos discursos. No por eso es un Demóstenes. Habla despacio, baja la voz, como si se olvidara de que ya no está en una iglesia. Pero lo que dice gusta. Kasavubu tiene una obsesión: la independencia de los bakongo, que, en tiempos, habían formado un poderoso país feudal. Recogían tributos, conquistaban tribus más débiles, nadie les chistaba. Más tarde su Estado cayó, pero la tribu ha permanecido. Cuando dividieron África, los bakongo se vieron repartidos entre tres colonias: el Congo francés, el Congo belga y la Angola portuguesa. Desde entonces lucharán por recuperar su antiguo esplendor y por unirse en un solo organismo. Y éste es el programa de Kasavubu: reunir a los bakongo en un gran Estado soberano. Kasavubu sabe que semejante programa no es sino ficción mientras en el Congo estén los belgas, que no consentirán la secesión de los bakongo por ocupar éstos esa pequeña franja que constituye la salida al mar de la colonia. Sin mar, el Congo no tiene grandes perspectivas. Por eso —discurre Kasavubu— la primera condición para la secesión reside en expulsar a los belgas. El país tiene que independizarse, entonces nos vamos a separar y los bakongo vivirán para y por sí mismos.

Kasavubu es el primer político en lanzar la consigna de la independencia del Congo. Durante años, repetirá la misma idea: Los belgas tienen que marcharse. Y, más tarde, será el primero en invitarlos a volver. La UNISCO, que por lo demás pertenece a los bangala, se le queda estrecha. En 1950 funda una nueva organización, ABAKO, que es una alianza de los bakongo. De momento, es una asociación de carácter exclusivamente cultural: clubs, charlas, reuniones. Patrocinan sus eventos los belgas; si un policía se viste de paisano puede pasar por conferenciante. Por lo demás, en el Congo no ocurre nada: el país está en calma, en Stanleyville construyen un nuevo edificio de Correos, la Union Minière saca del país cobre y cobalto y todo el mundo bebe mucha cerveza.

En febrero de 1956, A. A. J. van Bilsen, catedrático en el Instituto de Territorios de Ultramar belga, católico cumplidor y liberal convencido, publica *Un plan de trente ans pour l'émancipation politique de l'Afrique Belge*. Bruselas lanza rayos y truenos sobre la canosa cabeza del profesor.^[30] ¿El Congo independiente en treinta años? Pero si no lo vamos a entregar ni en cien. ¡Jamás! Y eso que Van Bilsen no es ningún sedicioso, sino un colonialista ilustrado. En Bélgica lo señalan con el dedo: un bicho raro peligroso. Se acabará marchando al Congo, donde asesorará a Kasavubu.

Entretanto, Kasavubu se da a conocer como polemista al criticar a Joseph Iléo, quien, en 1956, es redactor de *Conscience Africaine*, la revista mensual de los *évolués* de Léopoldville. Nacido en 1922, tiene entonces treinta y cuatro años. También es un

bakongo. Frágil, menudo y silencioso, se lo considera un pensador, es decir, aquella persona que piensa y luego la gente se apunta lo que ha dicho. De todas las sentencias de Iléo, ésta me ha parecido la más profunda: «Sí, la situación está cambiando. En África, la situación siempre cambia de una hora para otra». Más tarde, el rey Balduino estará encantado con él: qué buenos modales. Desde 1951 Iléo trabaja como oficinista: es un *évolué*. En enero de 1956 publicará un manifiesto en las páginas de su revista. Con palabras tersas y escogidas, expone su plan: independencia dentro de treinta años. El objetivo final: crear un único pueblo de congoleños y europeos. Y todo lleno de reverencias y garantías dirigidas a Bruselas: «Nuestro deseo de emancipación se expresa sin odio y sin rencor a los belgas».

Dos meses más tarde ABAKO se reunirá en un congreso. El discurso de Kasavubu, contrario al programa de *Conscience Africaine*, se resume en cuatro tesis: primera: queremos derechos políticos; segunda: libertad de expresión; tercera: libertad de asociación y religión, y cuarta: exigimos independencia lo antes posible. En enero de 1957, los sindicatos congoleños conquistan el derecho de huelga. En abril, el XII Congreso del Partido Comunista belga declara: «Los acontecimientos del Congo se suceden deprisa. La reacción se creía capaz de aislar al Congo de ese movimiento que impulsa a África hacia delante. Se ha equivocado».

No se puede seguir como antes. Algo tendrá que cambiar. Bruselas quiere que cambie lo menos posible. El gobierno belga cede un palmo: consiente en que se celebren elecciones municipales en tres ciudades: Léopoldville, Élisabethville y Jadotville. Allí es donde hay más belgas y más policía; allí se puede arriesgar. En diciembre, los barrios de adobe eligen a sus autoridades. Es mucho decir, pues esas autoridades no tienen grandes competencias. ABAKO arrasa en Léo: de los ciento treinta y cinco escaños en el Ayuntamiento, gana ciento treinta.^[31] Y Kasavubu es elegido alcalde de su barrio, Dendale.

Empieza el año 1958.

A decir verdad, la cuenta comienza a partir de esta fecha:

- aparecen manifiestos, programas, tratados y octavillas exigiendo libertad y democracia;
- se fundan partidos, organizaciones, sindicatos y asociaciones de todos los colores y matices imaginables;
- en verano parte para Europa el primer grupo de congoleños concienzudamente escogidos por los misioneros. Van a la Exposición Universal de Bruselas.^[32] ¿Sabéis?, dirá después uno de ellos, estamos en un restaurante y se nos acerca un camarero. Pregunta qué vamos a comer. Nos quedamos de una pieza. El hombre que nos va a atender ¡es blanco! Un blanco quiere servir un plato de sopa a un negro. Ha sido una conmoción que no puedo olvidar;
- Bruselas se apresura a cambiar el rótulo: el Ministerio de Colonias se llamará Ministerio del Congo Belga y de Ruanda-Urundi;
- el 26 de agosto, el gobernador general belga, Petillon, recibe en Léo un

memorándum. En el Congo reina «un régimen político anacrónico», lee. Bajo el texto hay firmas. Petillon deletrea: Lumumba, Diomi, Ngalula, Iléo, Nguvulu...;

- en diciembre, tres hombres de Léo bajan de un avión en Acra. Les da la bienvenida el hombre que conocen por fotografías. Al día siguiente los periódicos de Ghana publicarán una instantánea de esa bienvenida. Pie de foto: «Nuestro gran Kwame Nkrumah saluda a tres luchadores por la independencia del Congo que han llegado a la capital ghanesa para participar en la conferencia panafricana: Patrice Lumumba, representante del MNC, Joseph Ngalula, representante del MNC-Kalonji, y Gaston Diomi, delegado de ABAKO».

UNO DE LOS CUATRO

Nos encontramos por la tarde en la habitación^[33] cuando entra Kambi. Tiene una expresión que preferiría no volver a ver. Dice sordamente:

—Patrice Lumumba está muerto.

Siento que el suelo se abrirá y nos precipitaremos dos pisos más abajo. Miro a Kambi. No llora, no amenaza con el puño, no maldice. Ausente y desamparado. Es una imagen frecuente en el país: un hombre sumido en su desamparo. Uno porque lo han nombrado ministro y no sabe qué hacer. Otro porque se ha resquebrajado su partido y no sabe cómo aglutinarlo. El de más allá porque espera ayuda y ésta no llega.

Kambi se sienta y empieza a repetir monótona y maquinalmente, como si rezara el rosario:

—Han sido los belgas, han sido los belgas, los belgas...

Aguzo el oído para escuchar los ecos de la ciudad. Si no se oyen disparos. Si no da comienzo la revancha. Pero Stan permanece oscura, inerte, muda. Nadie lleva a la hoguera a nadie. Nadie blande la navaja.

—Kambi, ¿has visto alguna vez a Lumumba?

No, no lo ha visto. Pero puede oírlo. Él y su amigo Ngoy traen un magnetófono. Lo enchufan y la cinta empieza a girar.

Un discurso de Lumumba en el Parlamento.

Kambi gira un mando. Ahora Patrice habla a plena voz. Las ventanas están abiertas y la voz sale a la calle. Pero la calle está desierta y los portales cerrados. Patrice habla a una calle vacía; no lo ve, no lo sabe, sólo existe su voz.

Kambi no se cansa de escucharlo. Como si fuera música. Como nosotros escuchamos a Chopin. Apoya la frente en una mano y cierra los ojos. La cinta gira despacio, con tenue ruido. Patrice está tranquilo, empieza sin emoción alguna, incluso secamente. De momento informa, presenta la situación. Habla con claridad, pronunciando nítidamente y acentuando las sílabas como el actor que no puede olvidarse de las últimas filas. De pronto la voz levanta el vuelo, vibra, se vuelve penetrante, tensa, casi histérica. Patrice ataca a los intervencionistas. Se oye un ligero golpeteo: es la mano que al golpear la tribuna acentúa la fuerza de sus argumentos. El ataque es tan violento como breve. La cinta emite silencio entre el cadencioso ritmo de las bobinas. Kambi, que ha contenido la respiración, ahora aspira una bocanada de aire. Patrice de nuevo. La voz queda, ralentizada, las palabras han ganado espacio. El tono rezuma decepción y amargura; un discurso pronunciado con un nudo en la garganta. Patrice habla a un auditorio peleado entre sí, como en una asamblea de nuestros nobles de antaño. Un momento más y empezarán a gritar los levantiscos.

No gritan.

La sala permanece en silencio. Patrice vuelve a tenerla sometida a su autoridad. Explica, persuade. La voz baja hasta el susurro. Kambi se inclina sobre la cinta para escuchar las confesiones del dirigente. Susurros, susurros, el rumor de la cinta y más susurros. Una respiración. No se oye la sala. La sala guarda silencio, la calle está desierta, no se ve el Congo. Lumumba no está, la cinta gira. Kambi aguza el oído. La voz recupera el brío, la fuerza, la intensidad. El que está en la tribuna es un propagandista. Su última oportunidad: convencerlos, conquistarlos, arrastrarlos. Jugarse el todo por el todo. La cinta vira desenfundada, una invasión vertiginosa de palabras, *l'unité, l'unité*, un alud de argumentos, de frases arrebatadoras, nada de retrocesos, hay que avanzar, caminar hacia donde está nuestra *uhuru*, nuestras espaldas erguidas, la esperanza, la mandioca y el Congo, la victoria, *l'indépendance*.

La llama ha prendido.

La cinta se suelta de la bobina.

He oído pronunciar discursos a Nasser. Y a Nkrumah. Y a Sékou Touré. Ahora escucho a Lumumba. Hay que ver cómo los escucha África. Hay que ver a la multitud que acude a un mitin: endomingada, electrizada, con fiebre en los ojos. Y hay que tener unos nervios de acero para resistir el momento de clamor extático que saluda a cada uno de ellos. Conviene mezclarse entre esa multitud. Aplaudir con ella, reír e indignarse. Entonces se percibe su paciencia y su fuerza, su entrega y su poder. En África, un mitin siempre es una fiesta popular, llena de alborozo y de dignidad, como la fiesta de la cosecha. Los brujos hacen sus hechizos, los imanes leen el Corán, las orquestas tocan jazz. El viento agita los adornos de papel multicolor, las quincalleras venden sonajas y los grandes hombres hablan de política desde la tribuna. Nasser habla con firmeza y énfasis, siempre dinámico él, impulsivo y autoritario. Touré juega con la multitud, se la gana con su talante, su eterna sonrisa y su sutil desenfado. Nkrumah, grandioso y concentrado, muestra las maneras del predicador que conserva desde los tiempos en que pronunciaba sermones en las iglesias estadounidenses de los negros. Y luego, embriagada por las palabras del líder, esa multitud se arroja en éxtasis bajo las ruedas del coche de Gamal, levanta en volandas el de Sékou y se descoyunta para poder tocar el de Kwame.

Carreras fulgurantes, grandes nombres. El África despertada necesita de grandes nombres. Como símbolos, como aglutinante, como compensación. Durante cientos de años, la historia del continente ha sido anónima.^[34] A lo largo de tres siglos, los negreros se llevaron de allí a tres millones de esclavos. ¿Quién pondrá apellido a una víctima? La lucha contra la invasión blanca se ha prolongado durante siglos. ¿Quién pondrá apellido a un combatiente? ¿Qué nombres recuerdan el sufrimiento de generaciones de negros? ¿Qué nombres immortalizan el valor de las tribus aniquiladas? Asia tuvo a Confucio y a Buda; Europa, a Shakespeare y a Napoleón. Del pasado de África no emerge ningún nombre que el mundo conozca. Más aún: que conozca la propia África.

Hasta ahora. Casi cada año de su gran marcha, como si quisiera recuperar el secular retraso, África inscribe en la historia un nuevo nombre:

1956, Gamal Nasser;

1957, Kwame Nkrumah;

1958, Sékou Touré;

1960, Patrice Lumumba.

Ninguno de ellos sube trabajosamente los peldaños del escalafón gubernamental, ni atesora votos, ni se dobla en reverencias ante sus protectores. Los aúpa a la cúspide la ola de la lucha por la liberación, son hijos de una época de tormenta e ímpetu, han nacido de los anhelos y de las aspiraciones no sólo de sus países sino del continente entero. De ahí que todos ellos, en cierta medida, serán líderes de toda África. Cada uno aspirará a que su capital se convierta en La Meca del continente negro, cada uno organizará en su país conferencias panafricanas.

Estos cuatro hombres nunca se verán las caras porque a Lumumba no le dará tiempo. En la vida de Patrice, todo se encierra en esta fórmula: no le dará tiempo. Cuando Kasavubu y Bolikango trajinan para ganarse partidarios, a Lumumba todavía no se le ve porque o bien es demasiado joven o bien está en la cárcel. De todos modos, los dos primeros se limitan a pensar a escala local, de su terruño, en cambio Lumumba piensa en el Congo entero. En un país unido. Desde un punto de vista técnico, tal cosa es relativamente sencilla en el caso de Guinea o de Egipto, pero increíblemente difícil en el del Congo. Porque al pueblo egipcio lo aglutinan el islam y el Nilo. Porque, según su tradición, quien tiene El Cairo tiene todo el país. Porque cuenta con cuadros. Guinea, a su vez, en la dimensión africana, es un país minúsculo y, además, con menos de tres millones de habitantes. Es posible recorrerlo en un mes, convocando mítines a los que asistirá el ochenta por ciento de la población.

Nada que ver con el Congo, que es un océano, un enorme fresco abigarrado. La gente vive en pequeños núcleos de población diseminados por la selva y por la ancha sabana, sin conocerse y sin saber mucho unos de otros. Seis personas por kilómetro cuadrado. El Congo iguala en superficie a la India, sólo que ésta tiene cuatrocientos cuarenta millones de habitantes frente a los catorce del Congo. Para recorrer la India, Gandhi necesitó veinte años. Lumumba pretendía recorrer el Congo en seis meses. Absolutamente imposible.

Y, como lo fue en la India, en el Congo es la única manera: recorrer el país. Entrar en cada aldea, detenerse en cada pueblo, hablar, hablar y hablar. La gente quiere ver a su líder, oírlo hablar al menos una vez. Porque ¿y si éste la conduce a cosas malas o impías? Hay que verlo, que diga lo que pretende y luego se decidirá si es un líder o no lo es. En otros países, los líderes tienen a su disposición la radio, el cine o la televisión. Y cuadros.

Lumumba no ha tenido ninguna de estas cosas. Todo era belga y los cuadros no existían en absoluto. Aunque hubiera tenido un periódico, ¿cuántas personas lo habrían leído? Si hubiera tenido una emisora de radio, ¿en cuántas casas había un

receptor? No, era necesario recorrer el país. Como Mao, como Gandhi, como Nkrumah y como Castro. En las fotografías viejas los vemos a todos ataviados con sencillas ropas campesinas. Mao ciñe con un cinturón una chaqueta de tela basta, al Mahatma le asoman las flacas piernas de un *dhoti*, Kwame se echa por el hombro un *kente* multicolor y Fidel luce una gastada camisa de guerrillero.

Lumumba siempre va vestido con sofisticada exquisitez. La blancura impecable de la camisa de cuello rígido, gemelos en los puños, el nudo de la corbata hecho a la última moda, gafas de montura cara. No son las maneras del pueblo. Es el estilo de los *évolués* que se las dan de europeos. Cuando Nkrumah viaja a Europa, se pone ostensiblemente un traje africano; cuando Lumumba va a una aldea africana, se pone ostensiblemente un traje europeo. Puede que no se trate de ningún alarde, pero como tal se percibe.

De todos modos, no suele recorrer aldeas. Patrice no ha sido un líder campesino. Ni obrero. Ha sido hijo de la ciudad, y la ciudad africana por lo general no constituye un núcleo de población proletaria sino funcionarialpequeñoburguesa, por peyorativo que suene a nuestros oídos. Y Patrice ha empezado precisamente por la ciudad, no por el campo. No por los campesinos sino por los que lo han sido hasta el día anterior. Y no es lo mismo. El hombre que acaba de llegar de la selva al bulevar de Alberto de Léo tiene que sentirse como un borracho. Y no hay nada que hacer: el contraste es demasiado fuerte; el salto, demasiado brusco. Allí vivía tan tranquilo en su tribu y todo estaba claro. La organización tribal, guste o no, proporciona una cosa indiscutible: equilibrio en la vida. El hombre sabía que si se encontraba en la situación A debía salir de ella empleando la solución B. Así mandaba la costumbre. En la ciudad, en cambio, de pronto se ve solo. Ante el patrón, el propietario del piso, el tendero. Gentes extrañas. Unos le dan dinero, otros se lo exigen. Lo malo es que abundan más los últimos. Nadie importa a nadie. Se acaba la jornada laboral y hay que ir a algún sitio. La gente se va al bar.

De hecho, la carrera de Lumumba empezará precisamente en los bares. Se calcula que hay unos quinientos en los barrios de adobe de Léo. El bar africano no tiene nada que ver con uno como el varsoviano Łowicki,^[35] donde el cliente se pone en la cola, pide cien gramos de vodka, remata el trago con un pepinillo y desaparece. Si quiere repetir tendrá que volver a hacer cola. Agolpamiento y prisas, nada de vida social.

Mi bar favorito en África se llama Alex. Aunque hay muchos nombres más seductores: ¿Por Qué No?, Te Perderás, Sólo Tú. Últimamente han aparecido rótulos claramente comprometidos: Independencia, Libertad, Lucha y otros por el estilo. Alex ocupa una pequeña barraca de una sola planta, siempre adornada como nuestras posadas en los banquetes de bodas campesinas: con exageración y colores chillones. Situado a la sombra de las palmeras, luce un sinfín de anuncios de Coca-Cola, Martell y Shell. Por las mañanas aparece más bien vacío, pero al anochecer atrae a enjambres de personas. Los clientes se sientan en sillas de metal ante mesas de metal y beben cerveza.

EL BAR HA SIDO TOMADO

La cerveza no puede faltar. Muchas botellas y muchos vasos. Las chapas tintinean al rebotar en el suelo. Las bellezas locales las usan para confeccionarse unos cinturones que les ciñen las caderas. La beldad camina y las chapas tintinean. Ese sonido debe excitar. Tampoco puede faltar el jazz. Un rock ronco, un Armstrong ronco; los discos están tan gastados que ya no emiten melodía alguna sino sólo esa ronquera. Pero el bar baila. No importa que todos estén sentados. Fijaos en sus pies, en sus brazos, en sus manos. Charle, discuta o flirtee, haga negocios, lea la Biblia o dormite, el cuerpo siempre baila. Las barrigas suben y bajan, se mecen las cabezas; el bar entero se entregará a este suave balanceo hasta altas horas de la madrugada.

Es una segunda casa. En la propia no se puede estar por estrecha, gris y pobre. Las mujeres se pelean, los críos se mean por los rincones, no hay perifollos y no canta Armstrong. La casa es una obligación, en cambio el bar proporciona libertad. Un confidente blanco no traspasará sus puertas porque se le reconoce a distancia. Así que se puede hablar de todo. Es un lugar donde se agolpan muchísimas palabras. El bar arguye, discute y porfía. No se le resistirá ningún tema: no dejará nada sin enjuiciar, sin desmenuzar, sin indagar. Todo el mundo puede aportar su granito de arena. El tema de la discusión no tiene importancia. Lo que importa es tomar parte. Pronunciarse. El bar africano es como el foro de la Roma antigua, como el mercado de la ciudad medieval, como la taberna parisiense de Robespierre. En él nacen los estados de opinión: idolátricos o demolidores. En él te elevan a un pedestal o te arrojan estrepitosamente al vacío. Si el bar te admira, harás una gran carrera; si se burla, puedes volver a la selva. Entre los vapores de la espumosa cerveza, del excitante aroma de las muchachas, del incomprensible tableteo de los tamtanes, surgen nombres, fechas, opiniones y juicios. Se dilucida algún problema, se reflexiona, se ponderan los pros y los contras. Alguien agita los brazos, una mujer amamanta a un recién nacido, en otra mesa estalla una carcajada. Chismorreos, fiebre y hacinamiento. Aquí fijan el precio de una noche de amor, allá confeccionan el programa de la revolución, al lado alguien recomienda un buen brujo y acullá se comenta que ha habido huelga. En el bar lo tenéis todo: el club y la casa de empeños, la alameda y el pórtico, el teatro y la escuela, la taberna y el mitin, el burdel y el comité del partido.

Hay que tener muy en cuenta al bar, y Lumumba lo comprende perfectamente. Él también se deja caer por allí para tomarse una cerveza. A Patrice no le gusta callar. Sabe que tiene algo que decir y siente la necesidad de decirlo. Como en el caso de la inspiración. Llega una noche en la que la persona sabe que tiene que sentarse y escribir un poema. Si no, se volvería loca. Patrice es un orador inspirado, genial.

Empieza entablando una conversación en un bar cualquiera. No lo conoce nadie; es un rostro extraño. Ni es un bangala, ni es un bakongo. Más aún: no toma partido por ninguna de las tribus. Existe un solo Congo, dice este extraño. El Congo constituye un gran tema; se puede hablar de él durante horas sin repetirse lo más mínimo. Son cosas gratas al oído. Y el bar empieza a escuchar. Es la primera vez que calla, que se modera y atenúa. Aguza el oído, reflexiona, revisa sus ideas. Nuestro país es enorme, perora Patrice. Es rico y hermoso. Puede ser una potencia siempre y cuando se marchen los belgas. ¿Qué hay que contraponer a los belgas? Nuestra unidad. Que los bangala no suelten serpientes en las chozas de los bakongo. Esto conduce a pelearnos, no a la *fraternité*. Vosotros no tenéis libertad y vuestras mujeres no tienen ni para un racimo de plátanos. Esto no es vida.

Patrice emplea un lenguaje sencillo. Es así como hay que hablarle a esta gente. Él la conoce. También él procede del campo; comprende esas naturalezas descarriadas, faltas de referencias, tambaleantes y llenas de desorientación, que buscan en el incomprensible mundo de la ciudad un punto de apoyo, una tabla a la que agarrarse para tomar aliento antes de sumergirse de nuevo en el aluvión de caras, en la maraña del mercado, en el duro vivir de cada día. Cuando uno habla con esta gente se da cuenta de que todo se confunde en sus mentes del modo más fantástico. La nevera y las flechas envenenadas, De Gaulle y Ferhat Abbas, el miedo al brujo y la admiración por el spútnik. Los belgas, cuando enviaban las tropas de intervención al Congo, ordenaban a sus soldados que llevaran el uniforme de paracaidistas. Bruselas no dispone de la tropa más aguerrida del mundo; no me puedo imaginar a ningún belga tomando parte en una guerra de verdad. Se mostraron muy valientes los que nos capturaron en Usumbura^[36] porque ellos tenían metralletas y nosotros las manos vacías. Pero si se encontrasen en la situación inversa llorarían de miedo. Por paracaidistas que fueran. Me devané los sesos preguntándome por qué tanto paracaidista. Hasta que me lo explicaron: porque se les tenía miedo. Es que en África la gente teme a los hombres que caen del cielo. Si alguien cae del cielo, no es un simple ser humano. Ahí tiene que haber algo más, y más vale no profundizar en este tipo de cosas.

Patrice es un hijo de su pueblo. También a veces se mostrará ingenuo y místico, también tendrá ese temperamento propenso a súbitos saltos de un extremo a otro, de un estallido de felicidad a la más muda desesperación. Lumumba es una figura fascinante por lo enormemente compleja. Nada en este hombre es susceptible de definición. Todas las fórmulas resultan demasiado estrechas. Apasionado, inquieto, caótico, poeta sentimental, político ambicioso, alma impulsiva, increíblemente rebelde y dócil a la vez, confiado hasta el final en su verdad, sordo a las palabras de otros, seducido por su propia y magnífica voz.

Lumumba hechizará a los bares. Desde la primera vez que entre en uno. Los conquistará total y absolutamente. Habla siempre con convicción, y esta gente quiere que se la convenza. Quiere ganar una nueva fe, pues la tribal se tambalea. En Polonia

se solía decir: «Camarada, no nos adoctrines; límitate a señalarnos el camino». Y es lo que hace Lumumba: señalar al bar el camino. Enseña, aclara, demuestra. La gente asiente y aplaude. *Il a raison!*, exclama, ¡tiene razón! Cuando hoy se pronuncia su nombre en el Congo, repite lo mismo, medita: *Oui, il avait raison*. Sí, tenía razón.

Ya tiene adeptos y aliados. Sólo que esta masa no es sólida; la forman espectadores bienintencionados, no activistas. Escuchan y aplauden, pero no basta, es necesario actuar.

Patrice también se reúne en Léo con los *évolués* Ngalula, Nguvulu, Diomi, Iléo, Kalonji y una docena de otros. Corre el tormentoso año de 1958. Al cabo de dos, los ahora nombrados de un tirón se hallarán en barricadas opuestas. Pero de momento todos hablan de independencia. Kasavubu, Lumumba y Ngalula. Incluso es posible que lo hiciera Mobutu, aunque nadie estaba dispuesto a prestar oídos a lo que ese tipo tenía que decir. Me pregunto si el malhechor de Kalonji quería realmente la libertad del Congo. En aquel año, supongo que sí. Y es que la palabra «libertad» no es muy precisa; todos peroran sobre ella, pero cada uno la entiende a su manera. El proceso de emancipación de África ha dado pie a que surjan dos fenómenos colaterales de nefastas consecuencias: la posibilidad de hacer una carrera meteórica a bajo coste y, para aquellos que han alcanzado la cima de la pirámide, la de enriquecerse de la noche a la mañana.

De modo que los auténticos luchadores por la libertad del país coexisten con una caterva de facinerosos que la quieren para forrarse. Estos medianillos saben que el orador que en la primera frase no use la palabra «independencia» será arrojado de la tribuna. Así que también ellos se las dan de grandes patriotas. Tshombe, Kalonji, Bomboko, muy patrióticos todos, a cuál más.

Si hubiera tiempo... La vida crea situaciones que ponen a prueba a las personas. El viento se lleva la mala hierba y brota la espiga. En el Congo ha faltado tiempo. La espiga y la mala hierba aún no se han separado. Nos movemos en un círculo de personas de las que unas son el orgullo de África y otras su vergüenza. Pero el círculo sigue siendo el mismo. Será Lumumba quien ascienda a Mobutu, y éste, más tarde, pondrá bajo la nariz del Patrice torturado una bola de algodón empapada en sus orines: para refrescarlo. Será Bomboko quien acompañe a Gizenga y, más tarde, soñará con su cabeza. El tiempo acabará haciendo su trabajo. Sólo que demasiado tarde.

Pero de momento se viven tiempos de esperanza. La fiebre de la lucha, los anhelos despertados. Hay que organizarse, lanzar consignas, estrechar filas. El 10 de octubre de 1958, Lumumba, Iléo y Ngalula fundan un partido, el MNC, Movimiento Nacional Congoleño. Su primer programa contempla la lucha por las libertades fundamentales: democratización de las instituciones, conservación de la unidad territorial, independencia del país en una fecha razonable y sin violencia. La noticia de la fundación del partido no se puede difundir en el Congo entero. Los belgas aún

siguen fuertes. Además, en el momento de ver la luz, el MNC es el partido de una élite. Al cabo de dos meses, tras su regreso de Acra y en un mitin celebrado en el barrio de Kalamo, Lumumba presentará un programa nuevo. El mitin congregará a varios miles de personas. Se revela una comparación importante: cuando Nkrumah presenta su programa en 1950, Acra cuenta con cincuenta mil habitantes, la mitad de los cuales acudirá al mitin. Léó cuenta con trescientos mil, y el mitin más multitudinario no es capaz de reunir a más de diez mil asistentes.

Es el 28 de diciembre. Al cabo de una semana,^[37] la Léó de lujo vivirá una noche de pánico y pavor, y el barrio de adobe de detrás de la vía, una noche de rebelión y lucha, su primera toma de la Bastilla.

LOS PRESIDENTES

Eran tres. Paseaban siempre juntos y juntos iban en un enorme y polvoriento Chevrolet. El vehículo se detenía delante del hotel, se oía cerrar la portezuela y la escalera retumbaba con el taconeo de tres pares de zapatos. Llamaban a nuestra habitación, entraban y se sentaban en los sillones. En Polonia, tres hombres paseando juntos no entrañan significado alguno. Pero tres hombres juntos en el Congo pueden significar un partido.

Nuestra primera conversación. Se presentaron:

—Socialistas de Kasai.

Nos mostramos encantados de conocerlos.

Tras unas frases de rigor, uno de ellos dijo sin rodeos:

—Necesitamos dinero.

—¿Para qué? —preguntó Jarda.

—Queremos que en Kasai triunfe el socialismo. Para lograr este objetivo, tenemos que sobornar a los líderes de nuestra provincia.

Todos eran jóvenes, y a la juventud hay que perdonarla. Creo que fue Jarda quien dijo que no era un sistema que triunfase con ayuda del dinero. Y añadió algo sobre las masas. Sobre todo, el movimiento de masas, ésta fue la idea de Jarda. Los socialistas se mostraron perplejos. Para ellos, las masas no eran tan importantes. ¿Acaso habíamos visto que en su país se movilizaran millones de personas? Las masas eran pasivas, iletradas y dispersas. Todo el juego se desarrollaba dentro del círculo de los jefes. Un máximo de quinientos nombres. Y éstos eran los que había que comprar. Si se compraban unos cuantos, ya se podía formar un gobierno y proclamar la república. Fijaba el rumbo el que pagaba. Así surgieron los gobiernos de Tshombe, de Kalonji y de Bolikango. Pero todavía quedaban grandes posibilidades. Todavía existían reservas sin explotar. No tardé en calcular que me quedaban mil dólares. Me pregunté si con ellos podría comprarme una república. Una que tuviera un ejército de verdad, un gobierno y un himno. Sería muy pequeña. Mil dólares no daba para mucho. No podía competir con Washington, Londres o Bruselas. Tuve que renunciar. Mis amigos hicieron otro tanto. Sin embargo, para mantener la conversación, Jarda empezó a preguntarles por su partido. Pertenecían al Partido Socialista de Kasai. Tenían un programa: expulsar a Kalonji, poner fin a las luchas tribales y mantener al Congo unido. Un buen programa, sin duda.

—¿Es un partido grande? —preguntó Jarda.

Nos entregaron la lista de los miembros, una hoja de papel encabezada por un membrete: *Parti Socialiste du Kasai*. Debajo leímos tres nombres con sus correspondientes cargos: presidente, secretario general y, quizá, tesorero. ¿Y no hay

más?, preguntó alguien mostrando poco tacto. Pues no, no había más, si exceptuábamos el polvoriento Chevrolet, a la mujer del presidente y sus dos retoños. Pierre Artique, una autoridad en estos asuntos, nombra unos noventa partidos congoleños. Concurrieron ciento doce a las elecciones de 1960, pero si alguien afirma que hay doscientos, sería imprudente contradecirlo. En nuestro país, la gente meneaba la cabeza al contemplar estas cifras: son muchos. Pero, en realidad, tampoco son tantos.

En Polonia también hubo doscientos partidos, o quizá más aún. Sólo que fueron fundándose a lo largo de un período muy dilatado. Año tras año surgía alguno que luego, al no conseguir mantenerse, desaparecía. La vida, el tiempo y las circunstancias se encargaban de hacer una selección natural. Han existido grandes partidos dominantes y partidillos sin importancia. Unos emergían a la superficie, otros se hundían sin dejar rastro. La desgracia del Congo consiste en que no ha tenido tiempo para nada. Puestos a echar cuentas, la historia de este país arranca hace apenas tres años. Y en estos tres años ha acontecido tanto como en otros países a lo largo de tres siglos.

A partir de 1958 empiezan a fundarse partidos en masa. A menudo, varios en una semana. Hay quien pregunta por qué tantos y a la vez. ¿No habría sido suficiente con tres o cinco? Pues claro que sí, pero no en el Congo, donde los belgas habían mantenido a la gente no sólo aislada del mundo, sino también en la ignorancia de lo que pasaba en el propio país. El habitante medio de una Cracovia congoleña no podía saber qué había ocurrido en el congoleño Poznań. Aunque quisiera personarse allí no tendría con qué pagarse el viaje. Además, la distancia entre la Cracovia y el Poznań congoleños es como la que separa Varsovia de Madrid.

Como uno de tantos, pues, en marzo de 1959 se formó en Léo el Partido del Pueblo Congoleño. En el mismo mes, idénticos partidos se fundaron en Kindu, en Boende y en Kenge, sin que ninguno de ellos supiese nada de los otros. De acuerdo, pero, una vez independiente, ¿no era el momento de unificarse? Pues no, resultó imposible. Se celebró, eso sí, un encuentro de los presidentes de los partidos del pueblo de Léo, de Kindu, de Boende y de Kenge. Incluso se dijeron: Nos uniremos en un solo partido.

Pero un partido significa un presidente. ¿Quién será el presidente número uno? ¡Todos quieren serlo! Ninguno cederá, pues ¿por qué habría de hacerlo? Yo soy tan bueno como tú, luego ¿a santo de qué vas a darme órdenes? Nosotros les aconsejaríamos que se hicieran eco de la opinión de las masas. Pero ¿cómo? Las masas de Kindu no conocen al presidente de Boende, y el presidente de Boende no tiene nada que decir a las masas de Kenge, porque nunca ha puesto los pies allí. Así que las masas no cuentan. Lo único que cuenta es el juego entre bastidores. Y los jugadores se revelan enemistados, intransigentes y ambiciosos. Porque ha llegado el momento de hacer carrera, de destacar, de subir como la espuma. Y todos sienten que tienen las mismas posibilidades. Todavía no han aparecido activistas de mérito, ni

científicos preclaros, ni administradores experimentados, ni generales luciendo condecoraciones. Todos hemos salido de la misma escuela misional; hoy, no somos más que pequeños oficinistas. Pero mañana, ¡mañana cualquiera de nosotros puede llegar a ser presidente!

De manera que había cien o más partidos coexistiendo, ochenta de los cuales querían exactamente lo mismo, pero sus presidentes no se ponían de acuerdo. También había otras causas de tamaña dispersión. Los belgas sobornaban a los jefes de unos para que no se unieran con otros. O ganaban la mano aprovechándose de las diferencias entre tribus, pues muchos partidos congoleños se formaron mediante la transformación de la estructura tribal en una organización política. Así, un partido de la tribu baluba no aceptaba a ningún lulua, considerado una fuerza hostil. Había partidos formados exclusivamente por antiguos alumnos de una misma escuela misional. Así, los discípulos de los padres jesuitas creaban uno que no se avenía con el de los discípulos de una escuela protestante.

En el Congo todo es igual de complicado.

LA OFENSIVA

El ejército se marchó al anochecer. Oímos el ruido ensordecedor de los motores y momentos más tarde cruzaban la plaza ocho camiones enormes. Los soldados, con los cascos puestos y los fusiles al hombro, iban apoyados sobre los laterales. En este ejército no existe la costumbre de cantar. Atravesaron en silencio la ciudad vacía, las calles desiertas por el rigor del toque de queda. Serían unos trescientos. Los vehículos torcieron en dirección a la carretera dejando tras de sí el eco de los motores. Luego todo se desvaneció en el silencio, en la selva y en la oscuridad de la noche, cada vez más impenetrable.

Deseaba con todas mis fuerzas ir con ellos. Quería ver la guerra; para eso había hecho lo imposible por llegar al Congo. Pero en el Congo no encontramos una guerra sino una algarada, unas riñas absurdas y una burda intriga imperialista. No teníamos nada que hacer allí. Había días en los que ni siquiera salíamos del hotel porque no había adónde ir. Ni tampoco para qué. Todo parecía demasiado incomprendible o demasiado obvio. Ni siquiera entablar una conversación tenía sentido. Un lumumbista siempre consideraba un canalla a un mobutista, y un mobutista a un lumumbista, un bellaco. ¿Cuántas veces puede uno oír lo mismo? Fediashin^[38] era el más paciente. No paraba de charlar con la gente y luego nos traía las novedades: «¿Sabéis?, ese joven me ha dicho que en Kindu tienen muchos partidarios». No sé qué me ocurría en aquellos momentos, pero el hecho de que en Kindu alguien tuviera muchos partidarios me tenía sin cuidado.

Por eso quería marcharme con el ejército. Por ser éste una realidad concreta, a diferencia de unas disquisiciones vagas frente a un vaso de cerveza caliente. Ahora el ejército empezaba su ofensiva. Trescientos soldados salían a la guerra en el corazón del continente. Y yo sin poder estar entre ellos porque llevaba el estigma de elemento indeseable. Es algo que le marca a uno a partir del momento en que traspasa un determinado paralelo. Cuando llega al lugar en el que descubre que tiene la piel blanca. Es una revelación, una sacudida, una conmoción. Había vivido veinticinco años sin tener conciencia de mi piel. En el patio del edificio varsoviano donde vivo juegan cientos de niños que nunca se han preguntado por su piel. Saben tan sólo que es malo que esté sucia. ¿Y si está limpia, toda blanca? ¡Eso está bien! Pues no, está mal. Muy mal. Porque precisamente la piel blanca es ese estigma de indeseable.

Antes, los libros sobre África me irritaban; por tanta mención de lo blanco y de lo negro; por la omnipresencia del color con todos sus matices. Hasta que fui a África. Y comprendí. Allí, a uno lo encasillan y encarrilan al instante. Enseguida esa piel escuece. O enfada o impone. Uno no puede salirse de ella aunque le impide vivir con naturalidad. No puede existir como un ser normal. Siempre estará por encima o por

debajo o a un lado. Pero nunca en su lugar. En una ocasión, iba yo caminando por el barrio negro de Acra en compañía de una estudiante de color. Conforme avanzábamos, la calle nos llenaba de improperios. Tuvimos que encajar los peores insultos. La maldición y la furia persiguieron a la muchacha. Fue algo insoportable. «Disponía de cinco hombres y veinte negros», me dijo un inglés. Son precisamente personas como él las que han construido este mito. El mito del color de la piel, total y absoluto, y que ha pervivido intacto y poderoso hasta nuestros días.

Hay quien pregunta por qué en el Congo pegan a los blancos. ¿Cómo que por qué? Porque los blancos han pegado a los negros. He aquí el círculo cerrado del desquite. No hay más que explicar. La gente se somete a esta psicosis, que la deforma y la aniquila. En la jungla de la Provincia Oriental conocí a un emigrante polaco. Era el único blanco que quedaba en un radio de cien kilómetros. Gravemente enfermo, permanecía sentado con la espalda encorvada repitiendo como un autómatas: «No puedo más, no lo resistiré». Se había formado en un mundo colonial: los señores volvían de una recepción, se topaban con un negro caminando, el negro no se apartaba, el coche se detenía y el señor descargaba un puñetazo en la mandíbula del negro; el negro se movía demasiado despacio, un puñetazo en la mandíbula; el negro se sentaba, otro puñetazo; murmuraba, ¡zas!; había bebido, ¡zas!, ¡zas!, ¡zas! Los negros tienen buenas dentaduras: de los diez mil ruandeses examinados por una comisión de la ONU, ninguno tenía la boca cariada. Pero ese continuo recibir puñetazos puede acabar hartando por más resistente que se tenga la mandíbula. Y como el mundo ha cambiado, el emigrante tiembla porque sus empastes no son tan fuertes.

Ahora marchaban a la ofensiva las dentaduras fuertes mientras las cariadas se ocultaban por los rincones. Yo también habría ido al frente, pero no aceptaban a estigmatizados. Pensé en decirles: Vengo de Polonia. Cuando tenía dieciséis años ingresé en una organización juvenil. Los estandartes de esa organización portaban consignas de fraternidad entre las razas y de lucha contra el colonialismo. Fui activista. Organicé concentraciones de solidaridad con los pueblos de Corea, Vietnam y Argelia, con todos los pueblos del mundo aplastados por la bota del imperialismo. Sacrifiqué más de una noche para pintar pancartas. Vosotros no habéis visto nuestras pancartas: eran magníficas, enormes, enseguida llamaban la atención. Siempre he estado de vuestro lado, con todo mi corazón y en todos los momentos de mi vida. Siempre he considerado a los colonialistas gentuza de la peor calaña, y si me decís que además son unos asesinos, también estoy dispuesto a asumirlo. Estoy con vosotros, y os lo quiero demostrar con hechos.

Salimos para arreglarlo. Lo de poder ir con la ofensiva. Abandonamos con alivio la sofocante habitación del hotel y empezamos a atravesar la ciudad. Hacía calor, un calor atroz, pero nada habría sido capaz de detenernos. Dejamos atrás el centro y penetramos en un barrio autóctono. Más allá se desplegaba un campamento militar donde tenía su sede el Estado Mayor. Éste era nuestro objetivo. No habíamos

recorrido más que unos pasos cuando un oficial nos dio el alto. Nos lanzó una mirada temible y nos hizo una pregunta. No entendíamos su lengua. Era un hombre menudo; habríamos podido con él fácilmente, pero enseguida nos vimos rodeados por una muchedumbre de curiosos que nos asediaban en un círculo asfixiante. Las cosas se ponían feas. El oficial soltaba tacos y nos señalaba con el dedo mientras nosotros permanecíamos allí impotentes y mudos porque nuestra lengua resultaba ininteligible para sus oídos. Volvió a hacernos preguntas. Y nosotros, nada. Se puso hecho una furia. Ahora nos propinarán una paliza, pensé. Pero ¿qué podíamos hacer sino esperar impávidos? De un callejón lateral salió un muchacho montando una bicicleta. Se detuvo y se abrió paso entre la muchedumbre. Sabía francés y nos hizo de intérprete. Le dijimos que veníamos de Polonia y de Checoslovaquia. El chico lo tradujo. Las personas que se apiñaban a nuestro alrededor empezaron a mirarse las unas a las otras en un intento de encontrar al sabio que supiera qué significaban esos nombres. El oficial tampoco los conocía, cosa que lo enfureció aún más. Siguió gritando, ante nuestra absoluta mansedumbre. Cada uno de nosotros habría querido decirle que estábamos llenos de sentimientos de amistad, que nos solidarizábamos con la lucha de su pueblo, y que prueba de ello era nuestro deseo de participar en la ofensiva, pero el oficial había armado tal escándalo que no pudimos decir palabra. Se le habría metido en la cabeza que éramos belgas; no se me ocurre otra explicación. Finalmente, Jarda encontró la solución. Como residente en El Cairo, tenía un carné de conducir escrito en árabe. Lo sacó del bolsillo y se lo enseñó al oficial. La muchedumbre lo contemplaba con atención, cuando Jarda dijo:

—Nasser. Esto viene de Nasser.

La magia de este nombre funciona en toda África.

—¡Ajá! —exclamó el oficial al comprenderlo todo—, así que venís de Nasser. ¿Por qué demonios tanta gente en el mundo se parece a los belgas?

—Nosotros no tenemos la culpa —dije en polaco—, ni un ápice de culpa.

El oficial nos estrechó la mano, dio media vuelta y se marchó. Los curiosos también se alejaron; nos quedamos solos. Podíamos seguir nuestro camino, pero de pronto todo había perdido su brillo. Aunque, a decir verdad, tampoco teníamos motivo para descorazonarnos. En nuestras latitudes también hay mucha gente que no conoce la existencia de países como Gabón o Bechuanalandia. Y, sin embargo, ahí están. Un día hojeé un libro de historia de Bélgica destinado a las escuelas congoleñas. Estaba escrito de tal modo que hacía creer que en la tierra no existía sino Bélgica. Ningún otro país. Además, tampoco en Europa sabe todo el mundo que existe Polonia. Un amigo me ha contado que hace un año fue a Italia para ver el lugar de la batalla de Montecassino. No se encontraba lejos cuando se le estropeó el coche. Por la carretera pasaban unos campesinos. Se detuvieron y le preguntaron: «¿De dónde sois?». «De Polonia. Somos polacos». Los campesinos empezaron a rascarse la cabeza. «Polacos, polacos...». «Sí», dijo el amigo, «los mismos que lucharon por Montecassino». «Ah», comprendieron, «ya caemos, esos negros».

De nuevo estábamos metidos en el hotel. Jarda escuchaba la radio, Dušan leía un libro, Mirko^[39] dormitaba y yo me entrenaba en la lucha contra mi propia sombra. Cuatro hombres sanos desperdiciaban el tiempo y las fuerzas cuando el país necesitaba soldados.

Porque la ofensiva avanzaba. Ocho camiones pesados habían salido al anochecer de Stanleyville y se dirigían a Luluabourg. Unos dos mil kilómetros. Luluabourg, la capital de la provincia de Kasai, está a medio camino entre Katanga y Léopoldville. Ocupar la ciudad equivalía a interrumpir la conexión terrestre entre dos provincias secesionistas.

Un punto neurálgico.

En la ciudad hay un gran cuartel; en el cuartel, muchos soldados; los soldados tienen que estar ocupados en algo.

Así solía hablar mi comandante de batería: «Si se os dejase un día sin nada que hacer, la ciudad de Toruń saltaría por los aires». Por eso los ejércitos han elaborado ingeniosos sistemas para tener a la tropa ocupada. Para evitar el régimen cuartelero, hay que caminar a paso rápido, que crea la apariencia de que el soldado se dirige hacia un objetivo. Significa que tiene prisa por llegar a un determinado lugar. Y es sabido que si el soldado se da prisa, no es sino para cumplir una orden. Así, nadie lo para. Con ayuda de este ardid es posible holgazanear, si a alguien le gusta hacerlo.

Pero en el Congo el paso rápido es imposible por el calor, tórrido, inclemente. De modo que nada disimula la inactividad de la tropa cuando ésta se produce. Los soldados pasan horas en el bar tomando cervezas o deambulan por las calles. Antes, los belgas los trataban como a viles palurdos. Pero Lumumba ordenó desarmar a los belgas. Desde entonces, la cotización de los soldados ha subido: a menudo se ve a un soldado sentado en un bar con su novia y a señores blancos invitándolos a cerveza. Para comprar su favor, para tener un alma agradecida en el ejército en caso de necesidad.

Invitar a cerveza en Luluabourg era complicado por cuanto la guarnición no constituía una fuerza unitaria. Parte de los soldados era mobutista; parte, lumumbista, y también los había de Kalonji. Hay quien dice: Esto es muy raro. Te acercas a los barracones en que acantona la tropa. Preguntas a uno: ¿De quién eres? Te contesta: De Lumumba. Otro dice: De Mobutu. Y el de más allá, de otro líder. Y duermen en la misma estancia y comen en la misma mesa. Sus fusiles se apoyan en la misma pared. Por las mañanas salen juntos a la explanada y se montan en sus respectivos vehículos. Repostan en la misma gasolinera. Luego conducen a la ciudad y, allí, luchan. Por la tarde regresan al mismo cuartel, comen y, al anochecer, buscan mujeres.

Semejante crónica produce hilaridad en algunas personas. Error. Para que el soldado ponga toda la carne en el asador, tiene que saber por qué causa lucha. Y al congoleño no se lo han dicho. Un tiempo atrás, unos habían oído lo que decía Lumumba, y les gustó. Otros habían recibido dinero de Mobutu. Tampoco les pareció mal. Y, más tarde, se encontraron en Luluabourg, aislados del mundo, obligados a

apañárselas por su cuenta. ¿Para qué iban a esforzarse? El principio de coexistencia pacífica se abrió camino por sí solo. Mediante riñas, escaramuzas y pactos, se repartieron la ciudad. Unos ocuparon Correos; otros, el aeropuerto. Parecía que así iba a seguir. Pero la muerte de Lumumba revolucionó la situación. Los lumumbistas pasaron al ataque. Numéricamente, eran minoría, pero la componían individuos idealistas, entregados a la causa de la independencia. Los mobutistas se encontraron en la defensiva. Iban cediendo posiciones. El cuartel seguía compartido, pero los lumumbistas ocupaban ya la mayor parte de la ciudad. Gradualmente, los destacamentos minoritarios se pasaban a las filas del ejército popular. Uno tras otro, los oficiales de Mobutu buscaban refugio en la sede de la ONU.

Entonces Gizenga decidió mandar esos ocho camiones para decantar definitivamente de un lado la balanza. Los vehículos, en el verde túnel de la selva, avanzaban por los arcillosos caminos del Congo día y noche. Trescientos soldados, en ese país, constituyen una fuerza considerable: toca a un soldado por cada ciento veinte kilómetros cuadrados. Tal vez semejantes proporciones se den aún en Suiza. Hay pequeñas guarniciones diseminadas por el territorio, junto a las carreteras, los pueblos, los aeropuertos. Si están lejos de una gran ciudad, pueden incluso no pertenecer a nadie, pues no hay orden ni poder capaz de llegar hasta allí. Existen por y para sí mismas; son los propios soldados los que eligen a su comandante y fijan su reglamento. Visten uniformes iguales y portan iguales armas. Es difícil adivinar a quién pertenecen. Como lo es preguntarles de quién son partidarios. Sobre todo cuando no se conoce su lengua.

Las tropas luchan con desgana entre sí. Pegar una tunda a la población civil, cómo no. De buena gana darán una paliza a un blanco. Gustosos desnudarán a un enviado de la ONU. Pero disparar a otro soldado, eso ya no. A decir verdad, hay más disparos al aire que al vientre, cosa que, lejos de burla, merece reconocimiento. En Polonia, la gente escucha con escepticismo relatos de guerras que para otros países resultan durísimas puestas a prueba. Porque lo que vivimos nosotros es incomparable, dicen. Porque estuvimos en el fondo del infierno. Y desde hace dieciséis años nadie más ha tocado ese fondo. Cuando hablo del Congo en los encuentros con los lectores, percibo en la atmósfera de la sala, en las reacciones e intervenciones de los asistentes, una trágica aspiración de nuestra gente: no de ser los primeros en industrialización o en el número de coches per cápita, sino de serlo en la capacidad de aguante y supervivencia. En eso sí somos los primeros.

Los ocho camiones tardaron varios días en llegar a Luluabourg. Esa inyección de fuerza resultó decisiva. La ciudad se hizo lumumbista en un día. Sin un solo disparo. Sin un disparo fue ocupada la capital de Kasai, provincia cuyo territorio es más grande que el de Polonia. Y está muy bien que se haya hecho sin pegar tiros. ¿Para qué iba a morir gente con semejante motivo? Los de la ONU se quedaron pasmados. Al no saber cómo reaccionar, por si las moscas se refugiaron en su acuartelamiento. En Stan se preparó un equipo que iba a tomar el poder en Luluabourg. Los

despedimos cuando abandonaban la ciudad de noche, a bordo de varias limusinas escoltadas por soldados.

No sé si llegaron a destino. Lo cierto es que al cabo de una semana nos topamos en Usumbura con un periodista nigeriano que acababa de aterrizar procedente de Luluabourg. A bordo del mismo avión, nos dijo, volaba el equipo de Kasavubu, de Léo. ¿Sabéis qué ha ocurrido? Durante tres días Luluabourg ha sido lumumbista. Pero en la ciudad se agotó la comida. Se empezaba a pasar hambre. Entonces Mobutu prometió garantizar el abastecimiento. Pero con una condición: la guarnición cambiaría de bando. La tropa había aceptado, pues metieron entre rejas a los comandantes lumumbistas y se pasaron a las filas de Mobutu.

No es probable que aquellos camiones regresaran a Stan.

GIZENGA

De mi bloc de notas:

Vamos a ver a Gizenga. El coche deja atrás el centro de Stanleyville. Y se interna en un barrio de chalés. Las palmeras proyectan sombra sobre la ancha avenida Major Mansart. A la derecha, un cuartel; un poco más allá, a la izquierda, dos chalés. En el primero, pequeño, trabaja Valentin Lubuma, secretario de Gizenga, un joven que se toma muy en serio su cargo. Nos invita a ocupar unas sillas y hace una declaración:

—Somos el único gobierno legítimo del Congo. Sólo nosotros representamos los intereses del país. El pueblo nos ha elegido a nosotros, los lumumbistas.

Se interrumpe, descuelga el auricular y marca un número.

—Excelencia —dice—, le esperan unos representantes de la prensa mundial.

Cuelga, salimos. Lubuma nos conduce al segundo chalé, enorme, rosa, en medio de un mar de flores rojas. Subimos por una escalera a la terraza. Al sol, en unas tumbonas, descansan cuatro gendarmes. Pasan calor; con las camisas desabrochadas, toman cerveza a pequeños sorbos. Uno de ellos se levanta y, botella en la mano izquierda y metralleta en la derecha, nos intercepta el paso. Lubuma le explica algo. El soldado reflexiona. Estamos a la espera de lo que va a hacer: ¿dejarnos pasar o no? En ese momento se abre una puerta lateral por la que aparece un hombre de mediana estatura, con gafas y traje oscuro.

Es Antoine Gizenga, viceprimer ministro del gobierno central.

Entramos en su despacho. Una habitación pequeña, fresca, climatizada. Un escritorio de metal, una silla, un teléfono.

Nada más. Literalmente: nada. Paredes desnudas, escritorio vacío, suelo de cemento. En este interior espartano —ganas dan de calificarlo de celda—, presencia nuestra conversación, apoyada contra una pared, una muchacha bellísima, sonriente y callada. Juega con una flor.

Gizenga nos pregunta por el viaje. Contestamos que ha ido bien, que la provincia está en calma.

—Sí —dice—, la provincia está en calma. Somos el único gobierno legítimo. El de Léopoldville es un gobierno fantoche. Exigimos la puesta en libertad de Lumumba y la convocatoria del Parlamento. Sólo el Parlamento puede decidir el futuro del país.

Lo dice con voz queda, opaca, sin emoción. Tiene un rostro inmóvil, de grandes labios, como abultados. La mirada distante, como perdida, triste.

Al cabo de un rato:

—Si tuvieseis algún problema, dirigíos a mi secretario. Os encomendaré a su cuidado.

—¿Podemos contar con ulteriores encuentros?

—Por supuesto. Si tenéis algún asunto, acudid a mí.

Nos acompaña hasta la puerta. La conversación ha durado quince minutos.

Lo apunté bajo la fecha del 1 de febrero de 1961.^[40] Cuando ahora, pasado un año, leo en el periódico que Gizenga se ha convertido en prisionero del gobierno de la república, veo aquel chalé rosa con su enorme terraza y aquella pequeña habitación ascéticamente modesta. Y veo a esos mismos cuatro gendarmes entumecidos por el sol y la cerveza, tendidos en sus tumbonas y con los cascos tapándoles los ojos. Sólo la disposición de las tumbonas está invertida. Se puede deducir de ella la situación política en el país. Las tumbonas de cara al exterior: el político gobierna, los gendarmes lo protegen. Las tumbonas de cara al interior: el político, encerrado; los gendarmes lo vigilan. Pero el primero y los segundos siguen siendo los mismos.

Hace medio año, tras recibir en esa habitación una visita del primer ministro Adoula, Gizenga dijo: «Ayer nos perseguíamos pero hoy nos estrechamos la mano, comemos juntos y nos olvidamos de lo sucedido en el pasado». Los dos sabían de qué se trataba: Adoula era ministro del Interior cuando asesinaron a Lumumba. Ahora Gizenga es prisionero de Adoula, y volverán a verse las caras en Léo. No sé qué se dirán.

Gizenga también había dicho: «Que la gente de fuera no intente comprendernos». En efecto, a veces tal cosa resulta, sencillamente, imposible. Como, por ejemplo, este episodio de la vida de Kasavubu, realmente inaudito: en enero de 1960, se celebra en Bruselas una conferencia entre los líderes congoleños y el gobierno de Bélgica en la que se decide el destino del Congo. Durante las negociaciones, Kasavubu se escabulle y, sin decir nada a nadie, vuela a París. Allí convoca una rueda de prensa. Comparecen cien periodistas. Al día siguiente, toda la prensa publica su correspondiente crónica. Kasavubu vuelve a Bruselas, donde ya lo esperan, indignados, sus compañeros, pues han leído los periódicos. Y Kasavubu lo niega todo. ¿En París, él? ¡Él nunca ha estado en París! ¡Jamás ha dado una rueda de prensa! Y, encima, se enfada por verse acusado de semejantes cosas. Al cabo de seis meses, ese hombre se convertirá en el presidente del país más grande de África y uno de los más ricos del mundo, y al cabo de nueve, la ONU lo reconocerá como la única persona legitimada para representar los intereses del Congo.

La opinión pública fácilmente acepta símbolos, ya que simplifican cosas intrínsecamente complicadas. Y la opinión pública ha asumido a Lumumba como símbolo del Congo. Pero la realidad es distinta. Lumumba ha sido un fenómeno aparte, un meteoro que corta las tinieblas de la noche. Superaba en mucho a su entorno; le daba cien vueltas. De ahí su soledad, ese vacío en que este hombre extraordinario luchó, se debatió y, finalmente, pereció. Ninguna intervención belga habría podido machacar el país si en él se hubiesen encontrado fuerzas sociales capaces de pelear en defensa de la república. Como en Europa ha cuajado la manera de contemplar el Congo a través de la figura de Lumumba, muchas cosas obvias para quien está in situ parecen inconcebibles a distancia.

Siempre febril, a Lumumba le consumía el fuego de la pasión; alguien dijo de él que era la flecha de un arco tensado. Gizenga es todo lo contrario: tiene la manera de ser del hombre de despacho, quedo, en sordina. A Lumumba, cuando subía a una tribuna, le crecían alas; no podía vivir sin un escenario. La multitud lo liberaba. Gizenga evita los mítines, le cuesta hablar en público; en más de un año de permanencia en Stanleyville, ha hecho tres o cuatro apariciones. No sale casi nunca de aquel cuartucho del chalé rosa. El estilo de trabajo de Lumumba radicaba en concentraciones multitudinarias; el de Gizenga, en despachar asuntos de oficina. O sea, un estilo de político europeo, totalmente ajeno a África. Allí, el líder tiene que comparecer ante la gente a cada momento, hablar incesantemente con la multitud, una multitud que a fin de cuentas no lee los periódicos y ni tan siquiera escucha la radio, así que ¿cómo va a saber lo que pretende hacer un primer ministro y qué piensa?

Mataron a Lumumba. Un duro golpe para el Congo. Ante un acontecimiento de tamaño calado, Patrice habría reaccionado con una larga conversación con las masas, habría convocado a multitudes. Gizenga hizo todo lo contrario: prohibió salir a la calle durante una semana en Stanleyville; todo el mundo tenía que quedarse encerrado en casa. Lumumba no paraba de convocar ruedas de prensa. Cada palabra suya está apuntada en cientos de periódicos del mundo. Gizenga nunca dio ruedas de prensa y por norma se negaba a conceder entrevistas. Recuerdo el día en que aterrizó en Stanleyville un corresponsal del *Manchester Guardian*, y que suplicó a todo dios: «Señores, ofrezco cinco mil dólares por cinco minutos de conversación con Gizenga». Fue corriendo de un lado para otro, asediando, triplicándose. Al cabo de dos días se marchó con sus dólares. Sin entrevista.

A la prensa le ha dado tiempo a dar un montón de detalles sobre Adoula, Mobutu, Tshombe y Kalonji. De Gizenga sabe poco. Este hombre evitaba entablar contactos, obsesivamente rehuía toda publicidad. Iléo repite tras los norteamericanos que Gizenga es comunista. No lo es, pero en el Congo no hace falta mucho para que los mobutistas tilden a alguien de comunista; basta con que colecciona sellos soviéticos.

Dada la configuración de fuerzas políticas existente en el Congo, Gizenga ocupa el ala más a la izquierda. Es un neutralista positivo, sólo que sin dar esos bandazos que los caracteriza. Entre los neutralistas positivos, Gizenga pertenece al grupo de los firmes. Una vez elegida su línea, no se ha apartado de ella ni un ápice. Sé cuántos esfuerzos hizo la ONU por captarlo. En vano, ni siquiera recibió a sus comisionados.

Gizenga es un hombre de mediana edad; nació en 1925. Proviene de la tribu mutende, que habita el área de Kikwit, una ciudad grande situada en la parte oriental de la provincia de Léopoldville. Estudió no lejos de allí, en Kinzambi, en la escuela misional de los padres jesuitas; un *évolué*, como la inmensa mayoría de los políticos congoleños. Trabajó de maestro en una escuela rural y, más tarde, de oficinista. A los treinta y cuatro años, en junio de 1959, fundó el Partido de la Solidaridad Africana, el PSA, que mantenía contactos con Acra.

El PSA de Gizenga, el MNC de Lumumba y el ABAKO de Kasavubu formaban, en tiempos, un frente común, lo que en el Congo se llama un cártel. Gizenga participa activamente en la conferencia de enero. Viaja desde allí por un par de días a Praga, motivo suficiente para que los belgas no lo pierdan de vista. Su partido, empero, no es fuerte: las elecciones de mayo lo sitúan en tercer lugar. Puesto que sus consignas coinciden con el programa del MNC, Gizenga entra en el gobierno de Lumumba como viceprimer ministro. Este gobierno, por ser un conglomerado de hombres enemistados entre sí, no tarda en caer. Gizenga, siempre fiel a Lumumba, el 15 de agosto del tormentoso verano de 1960, pronuncia en una recepción un discurso oficial en el que critica duramente la política de la ONU y de los países occidentales respecto al Congo. «Nosotros, que hemos sido víctimas de una agresión y que acudimos a la ONU, estamos siendo sistemáticamente desarmados mientras nuestros agresores belgas conservan sus armas». En la crítica a la ONU y a Occidente, Gizenga siempre ha ido más lejos que cualquier otro político del país. Viaja dos veces a Nueva York como presidente de la delegación del gobierno congoleño ante el Consejo de Seguridad. Después tendrá que esconderse, aunque seguirá editando el órgano de su partido, el semanario *Solidarité Africaine*. El 23 de septiembre lo arrestan los mobutistas, pero será liberado por un destacamento de soldados fieles a Lumumba.

En octubre Gizenga consigue escabullirse de Léo, donde los mobutistas lo siguen buscando. Va a la Provincia Oriental con la misión de preparar el terreno para la llegada de Lumumba. A principios de diciembre, envía un telegrama a Hammarskjöld comunicándole que ha trasladado la capital del Congo a Stanleyville y que, tras la detención de Lumumba, él asume la función de jefe de Estado. Al cabo de poco tiempo, Gizenga ocupa la bellísima provincia de Kiwu. La cosa sucede en Nochebuena. Sesenta soldados de Gizenga entran a bordo de sus jeeps en la capital de Kiwu, Bukavu. En la otrora residencia del gobernador, están reunidos el primer ministro de la provincia, Miruho, tres ministros y el comandante, mobutistas todos ellos. Los soldados los suben a los jeeps y los llevan a Stanleyville. Algunos se quedan para esperar al nuevo jefe de la provincia, Anicet Kashamura, ministro de Información en el gobierno de Lumumba. En enero, Gizenga también se hace con el control de la parte norte de Katanga, hasta Manono. Así, controla un territorio tres veces más grande que la superficie de Polonia. Con una población de cinco millones de habitantes. Es decir, ¡cinco personas por kilómetro cuadrado de selva! ¿Cómo gobernar un país así?

El primer punto del programa de Gizenga durante la época de la gran crisis es convocar el Parlamento. Quien conoce el Congo de 1961 sabe hasta qué punto resulta quimérico semejante propósito. Un país diezmado, roto, casi incomunicado; unos encarcelando a otros; desorientación, hostilidad y muerte.

Y, sin embargo, en julio, tras nueve meses sin dar señales de vida, ese Parlamento sí se reúne, si bien en circunstancias extraordinarias: la bonita arquitectura de los

edificios de la Universidad Lovanium, junto a Léopoldville, está rodeada por alambradas de espinos electrificadas —¡Peligro! ¡Alta tensión!—, custodiadas por numerosas patrullas de cascos azules; los soldados de la ONU, inactivos, de buena gana posan ante el objetivo. Quien entre allí, quedará aislado del mundo: se han cortado los teléfonos. Quien entre allí, no será, sin embargo, envenenado: dos cocineros, un francés y un italiano, velan por que nadie envenene la comida. Quien entre allí deberá comportarse un poco como un camaldulense descalzo: reflexionar mientras pasea entre otros que también reflexionan en ese lugar de aislamiento, concentración y decisión. Las personas detrás de la alambrada de espinos no son sino miembros del Parlamento congoleño reunidos en sesión. La ONU quiere que ésta se desarrolle sin presión alguna. De ahí las alambradas, los teléfonos cortados y las patrullas de cascos azules. No sé si en la sede de la ONU alguien pensó en lo sarcástico y humillante que iba a resultar ese espectáculo. Tal vez sí. Tal vez por eso lo ha organizado de esta manera. O tal vez no había otra.

A pesar del aislamiento, se soborna a los diputados. Muchos saldrán de esta sesión convertidos en millonarios. El Parlamento elige como primer ministro a Cyrille Adoula. También ha elegido a tres viceprimeros ministros: Gizenga, Bolikango, el mismo del programa nebuloso y cara de filósofo, y Sendwe, un político veleidoso, aunque antitshombista.

Gizenga, que se había empleado a fondo para reunir al Parlamento, no se ha presentado a esta sesión. Ha sido elegido en ausencia. Más aún: ni siquiera quería ir a Léopoldville, aunque sí ha reconocido al nuevo gobierno. Adoula ha viajado personalmente a Stanleyville para convencerlo. Gizenga se ha avenido con una condición: Adoula llevará a cabo la política de Lumumba y, sobre todo, acabará con la secesión de Katanga. Adoula le dice que por supuesto, y Gizenga se persona en Léopoldville.

En noviembre, el ejército de Adoula empieza la ofensiva en Katanga. La tropa avanza a buen ritmo; tiene en su haber varias victorias. Katanga se ha tambaleado. Pero Katanga no puede caer porque la apoya Occidente, que empieza a presionar a Adoula, diciéndole que la deje en paz. Que se detenga. Seguramente ha vuelto a correr dinero. Adoula se reúne con Tshombe y ambos declaran el alto el fuego. Tshombe salta de alegría como un niño. Cuando Adoula vuelve de esa cita conciliadora a Léopoldville, ya no encuentra allí a Gizenga, que se ha marchado, pues se niega a formar parte de un gobierno que pacta con Tshombe. «En Léopoldville», deja dicho al abandonar la ciudad, «reina la podredumbre. Los líderes quieren salvar el pellejo después de mancharse las manos de sangre».

Ahora comete un acto heroico, valiente, sorprendente: por su cuenta y riesgo llega a la provincia de Kiwu y, desde allí, hasta el norte de Katanga. Desde un lugar perdido de la sabana, desde el país de los valerosos baluba, comunica a la capital:

«He decidido unirme a la lucha del pueblo contra el traidor Tshombe.

»¡Senadores, diputados!

»Ustedes han decidido acabar definitivamente con la secesión de Katanga. Hoy me encuentro en el campo de batalla para cumplir sus decisiones».

En esta maniobra, Gizenga contaba con el ejército. Pero éste, anarquizado, dividido y desobediente, le ha fallado. Antes que batallas, lo que busca la tropa son botines fáciles. La operación de Katanga ha fracasado. Gizenga vuelve a Stanleyville. Es acusado de seguir su propia política pese a haber reconocido al gobierno de Adoula. En una palabra, que también él es un separatista. Ésta, al menos, es la base formal de su detención.

De aquella Stanleyville, recuerdo a un lumumbista entrando en nuestra habitación con un montón de bocadillos. Sucedió tres días después de la muerte de Lumumba. Las tiendas y los restaurantes estaban cerrados; no teníamos nada que llevarnos a la boca. «De parte de Gizenga», nos dijo. «Os lo envía para que no paséis hambre».

TSHOMBE

El africano, cuando se avergüenza, cierra los ojos. Hoy, toda África cierra los ojos al oír la palabra «Tshombe».

En nuestro país no se le hace justicia al llamarlo traidor. Tshombe no es ningún traidor porque nunca ha traicionado a nadie. No traicionó al pueblo: siempre lo ha odiado. Tampoco a Lumumba: siempre había dicho que lo quemaría en la hoguera. Tshombe, como siempre ha estado en contra de la unidad y de la libertad, tampoco ha tenido que traicionar estos ideales. Desde el principio fue lo que es: un canalla. Y si en la canallada se puede alcanzar la cumbre, Tshombe la alcanzó. Se trata sin duda de un político sobresaliente. Supera con creces a todos los Mobutus, Kasavubus y Kalonjis juntos y elevados a la décima potencia.

África se ríe de Mobutu por ser una figura risible. Alguien de la ONU me ha contado cómo Mobutu, un día en que se produjo un tiroteo en Léopoldville, acudió llorando a la residencia de Dayal. Entre sollozos suplicaba que lo ocultase, pues, decía, seguro que es un atentado contra mí. No paró de llorar hasta la noche, cuando cesó el tiroteo. Vamos, un miedica.

África no se ríe de Tshombe. África lo odia. Pues Tshombe acciona el nervio más sensible del continente: el separatismo. El neocolonialismo en bloque cuenta con que los jóvenes gobiernos africanos se tambaleen, enemistados entre sí y minados por oleadas de antagonismos tribales. Y Tshombe, el ideólogo de la división, de la aspiración a trocear el continente, sale al encuentro de estas esperanzas. Su tribuna es la radio. La emisora de Nkrumah tiene un alcance de cinco millones de oyentes. La de Gizenga llegaba a cien mil. La potentísima emisora de Élisabethville llega al continente entero. Desde la mañana hasta la noche, cada media hora emite —en francés, inglés y suajili— el siguiente comunicado: «¡Aquí radio Katanga! Aquí Élisabethville, capital del Estado independiente de Katanga, cuyo presidente Tshombe y su pueblo combaten el comunismo en su lucha por la libertad de Katanga y de toda África».

Además del comunicado, la radio también emite discursos de Tshombe y boletines de noticias. El resto es música. Un día, tras el comunicado, se oyó la polonesa en la bemol mayor de Chopin.

Tshombe dice que cada tribu tiene derecho a crear su Estado. En África hay oídos para los que esta melodía suena dulce. También allí hay fuerzas reaccionarias, como las hay en Francia y en Inglaterra. No es ninguna novedad. Sólo el criterio es diferente, propio. Es reaccionario aquel político que coloca el interés de su tribu por encima de todo lo demás. Como no puede contar con el apoyo del África unida en su lucha por la emancipación, lo busca entre las fuerzas extranjeras. De este modo, el

círculo se cierra. Hay tshombistas en todos los países al sur del Sáhara, sólo que allí no tienen condiciones para manifestarse. Pero ahí están, en Ghana, en Nigeria, en Tanganica. No son muchos, pero no desaprovechan ninguna ocasión para sacar partido de las diferencias y animosidades entre tribus. Para Nkrumah o para Azikiwe, Katanga no es sólo un asunto interno del Congo.

¿Apoyará a Tshombe algún dirigente africano? ¡Jamás! Tal vez únicamente el cura Fulbert Youlou, presidente del Congo Brazzaville, pero no es un personaje del que valga la pena hablar. De manera que Tshombe experimenta la amargura de la soledad, pues también lo odian las tres cuartas partes de su propia Katanga.

Hace tiempo recorría esa Katanga, de aldea en aldea, un vendedor ambulante que comerciaba en sal, botones y navajas. Guardaba sus mercancías en una palangana que llevaba sobre la cabeza, según costumbre del continente. Era una rareza por cuanto en África el comercio es monopolio de la mujer. El hombre que se dedica a la venta es objeto de burla, pues significa que no es capaz de buscarse una mujer que trabaje por él y a él sólo le traiga el dinero. Éste, en cambio, se lo ganaba él solo, y tenía buena mano. El negocio florecía, el capital aumentaba. Al poco tiempo, el comerciante dejó de deambular, abrió una tienda y registró el nombre de su empresa: Sociétés Tshombe et Fils. Esos hijos del dueño, el viejo Tshombe, eran cuatro. Siempre había admirado a los millonarios. En aquella época, en Katanga era famoso el banquero y potentado Moise Levy. De ahí el nombre de uno de los hijos del viejo.

Moise Tshombe nació el 10 de noviembre de 1919 en Musumba,^[41] una población situada cerca de la frontera con Angola. Es un pueblo, pero conocido, porque en él vive Mwata Yamvo Yava Nawel III, el gran *mwami* del imperio lunda, una tribu instalada en Katanga occidental y, en parte, también en Angola y Rodesia.^[42] Hoy no constituyen un grupo fuerte, pero atesoran una tradición real que se remonta al siglo XVI. Ya entonces constituían un poderoso imperio que había conquistado a un montón de tribus. Hasta hoy tienen vasallos, y Mwata Yamvo, un viejo gruñón, recibe sus tributos que le traen en avión desde Rodesia. Tshombe, que proviene de la tribu lunda, es primo cercano del emperador. Por lo demás, más tarde se casará con una de sus altezas, y tendrán diez hijos. Los lunda fueron ampliando su dominio mediante intrigas y sevicias, con lo que las atrocidades de Tshombe en cierto modo son innatas.

En 1919, la epopeya de Katanga apenas empieza. Todavía hay allí más leones que minas. No hay coches, ni ferrocarril; hay caravanas recorriendo la sabana calcinada por el sol.^[43] Moise estudia primaria y bachillerato con los metodistas de Sandoa. (Más tarde, será bien recibido el hecho de que él, un metodista a fin de cuentas, oiga la santa misa celebrada en la catedral franciscana de Élisabethville el 21 de julio de 1960 a la intención de Katanga y Bélgica para salvarlas del infernal Lumumba). Terminado el bachillerato, quiere estudiar Derecho, pero los belgas no le dejan. Así que se dedica a hacer de contable en la empresa de su padre, que mientras tanto ha amasado una gran fortuna. Y eso que los belgas impedían que los negros se

enriquecieran. De ahí que en el Congo no haya una burguesía local. La familia Tshombe constituye una excepción sin parangón. El padre es propietario de un sinnúmero de tiendas, almacenes, plantaciones e, incluso, honor inaudito, de un hotel para blancos en Élisabethville. Un caso sin precedentes en el continente negro. Su capital se estima en varios millones de francos. Probablemente se trata del millonario negro más grande de toda África.

Y es la herencia del hijo. Corre el año 1949 (Tshombe padre morirá en 1951). Moise, el futuro presidente, tiene treinta años. Cuenta la historia que cuando el sastre llevaba al joven Scheibler el traje de turno, recibía diez zlotys de propina. La vez que llevó uno al patriarca, éste le dio un zloty. «¿Cómo?», se sorprendió el sastre, «¡su hijo siempre me da diez!». «Querido», le respondió el viejo, «mi hijo tiene un padre, pero yo soy huérfano». Pues Tshombe se comporta como el joven Scheibler: gasta a diestro y siniestro. No se priva de nada; circulan leyendas sobre su tren de vida.

Por añadidura, no sabe dirigir el negocio: el capital va menguando, las plantaciones se cierran, las tiendas cambian de manos. Llega el crac: Tshombe está en bancarrota. Queriendo salvar algo, empieza a malversar y falsificar cheques; todo se descubre y estalla el escándalo. Con las finanzas a cero y unas deudas enormes, se halla a las puertas de un juicio.

En vista del desastre, ¿qué hace Moise Tshombe, el futuro presidente que combatirá al comunismo? Pues acudir a la Union Minière.^[44] En un agradable despacho de la lujosa residencia de la compañía, se sienta Jules Cousin, su figura más importante y el hombre más poderoso de Katanga. Cousin es un abuelo^[45] aquejado de muchos males que viaja cada año a Vichy para tratamientos de hígado. El abueleto, que podría comprarse al contado medio Bruselas, recibe ahora a ese delincuente en bancarrota porque es un hombre previsor. «¿Cuál es tu nombre de pila, hijo?», le pregunta, «debes saber que he conocido a tu padre, ya lo creo».

De esta reunión, Tshombe sale convertido otra vez en millonario: con las deudas saldadas y la garantía de que no se verá perseguido por las malversaciones. Se acaba el año 1958, el mismo en que Lumumba funda su partido y exclama en un mitin celebrado en Léopoldville: «¡Exigimos libertad para el Congo!». El *Times* escribe que allí la política, que hasta entonces iba a paso de tortuga, ahora va viento en popa. Tshombe también va viento en popa. Miembro del consejo de la provincia de Katanga y del de la comarca de Sandoa, no se contenta con tan poco, sobre todo en una época en que todo bicho viviente aspira a fundar un partido político propio. Y Tshombe funda el suyo.

El 11 de julio de 1959, nace en Kolwezi el CONAKAT,^[46] Confederación de Asociaciones Tribales de Katanga, encabezado por Tshombe. El partido se declara federalista. No aspira en absoluto a construir un Estado congoleño; todo lo contrario, combate semejantes aspiraciones. Tshombe nunca ha querido un solo Congo. Sólo ambiciona Katanga. En la conferencia negociadora de Bruselas, es el único político que lo dice sin ambages. No teme oponerse a los demás porque los demás no le

importan. A Tshombe le importa Tshombe.

El plan de separar Katanga no se ha fraguado tras la concesión de la independencia al Congo. Se trata de un proyecto que los ultras katangueños llevan tiempo proclamando a voces, pues quieren hacerse con el pedazo más succulento. Una de las versiones de ese plan consistía en incorporar Katanga a Rodesia, unidas por el cobre. La frontera parte por la mitad la magnífica franja de sus yacimientos. ¡La zona es el segundo productor de este metal del mundo! Tshombe viaja a Rodesia, donde se reúne con su primer ministro, Roy Welensky, hijo de un emigrado polaco.^[47] Pesa ciento treinta kilos. Un hombre enorme que durante una mitad de su vida fue boxeador y la otra, ferroviario. Por desgracia, se trata de uno de los peores canallas que conoce África. El racismo de Welensky es absolutamente patológico. Opina que la mayor desgracia es que en el continente hay demasiados negros y que por eso es imposible matarlos a todos. Aunque, por otra parte, ¿quién iba a trabajar? Sin embargo, se reúne con el negro Tshombe, pero así es la política.

Cuando el plan de fundir Katanga con Rodesia es torpedeado por Bruselas, Tshombe da marcha atrás sin hacer ruido. En mayo, que trae a Lumumba el triunfo electoral, viaja a Estados Unidos invitado por Washington. No faltan quienes califican semejantes excursiones de turismo cultural. En junio, Tshombe ronda a Lumumba, porque pretende tres ministerios para Katanga en el gobierno central: el de Defensa, el de Economía y el de Estado. Le dan sólo uno: Economía. Se enfada, se marcha, regresa y vuelve a marcharse.

El 11 de julio de 1960 proclama la secesión de Katanga. En el discurso radiado, pronunciado ese día en Élisabethville, dice: «Ante la amenaza del gobierno central de supeditarnos a la voluntad del comunismo, el gobierno de Katanga ha decidido proclamar la independencia, una independencia total. [...] Katanga se ha dirigido a Bélgica proponiéndole una unión económica. [...] Apelamos a Bélgica a que continúe prestándonos apoyo monetario, técnico y militar y le pedimos ayuda en el restablecimiento de la seguridad y del orden público».

La secesión de Katanga fue un golpe tremendo para Lumumba. Tshombe lo asesinó dos veces: aquel 11 de julio, diplomáticamente, y más tarde, el 17 de enero, literalmente.

Los ingleses lo llaman *money-minded*, lo que significa que todos sus pensamientos giran en torno al dinero. Justo después de autoproclamarse presidente, cobra de la Union Minière mil doscientos cincuenta millones de francos belgas. Tshombe tiene un órgano de prensa propio que se llama *Uhaki* (La Verdad). En una fotografía publicada en ese periódico vemos al presidente cubierto de billetes de banco katangueños en cuyas dos caras aparece impresa la efigie de Tshombe.

Le encanta contemplarse. En su residencia, que es una fabulosa mansión que la Union Minière tiene en Élisabethville, todas las paredes, desde el techo hasta el suelo, están cubiertas de sus retratos. Tshombe manda llamar a pintores desde donde puede para que lo retraten. Lo que no pueden éstos es dar rienda suelta a su fantasía porque

les exige realismo. En todos los retratos aparece vestido con frac. De todos modos, en la vida diaria rara vez se pone un traje informal. Alto, apuesto, siempre aparece vestido con grandiosa elegancia. Sólo lo afea el rostro, medio cómico, medio repulsivo.

La guardia presidencial es su gran orgullo. Sus uniformes se han confeccionado en Europa siguiendo el patrón de los que llevaban los coraceros. La guardia luce enormes cascos dorados con vistosos plumeros. Monta caballos magníficos. Equipada con sables, sus miembros los llevan incluso cuando van en moto.

Tshombe detesta a Kasavubu porque, en tiempos, el jefe de los bakongo había colaborado con Lumumba. En abril de 1961, en la conferencia de Coquilhatville, Kasavubu ordena detenerlo.^[48] Mientras permanece en el aeropuerto custodiado por soldados de élite de Kasavubu, en un determinado momento Tshombe salta de su butaca y se dirige a aquellos pretorianos armados hasta los dientes: «Venid, os voy a enseñar algo», tras lo cual se tira a sus pies y empieza a dar cabezazos contra el suelo. «Mirad», les dice, «así es como Kasavubu se arrastra ante los belgas». Y se pone a arrastrarse, a gemir, a dar cabezazos de nuevo... Los soldados se parten de risa.

Kasavubu amenaza con llevarlo ante los tribunales. Pero al cabo de un mes los presidentes se han visto obligados a reconciliarse. Sus consejeros no les permiten peleas.

Tshombe ha regresado a Katanga.



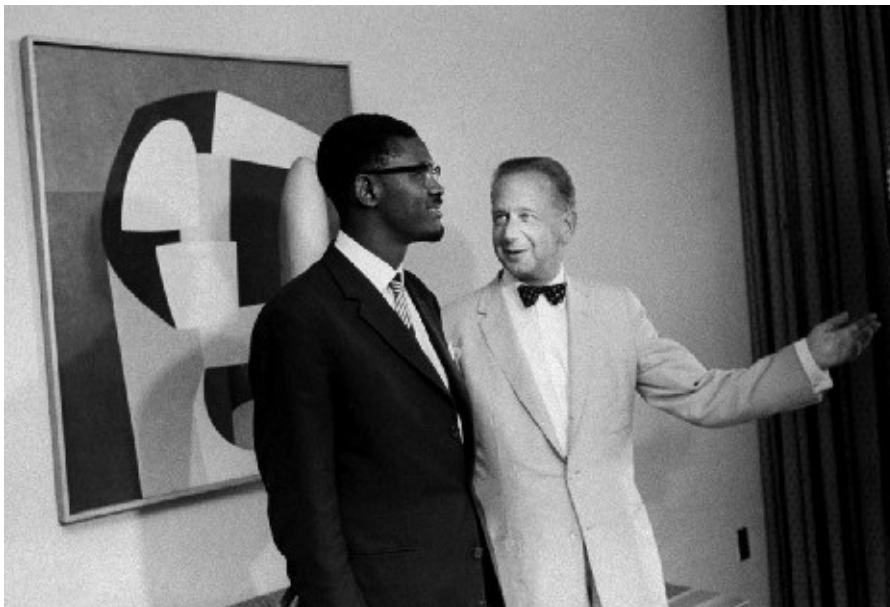
27 de enero de 1960. Patrice Lumumba (1925-1961), líder del Movimiento Nacional Congoleño, nada más salir de la cárcel aterriza en Bruselas para participar en la conferencia que decidirá el futuro del Congo belga.

© AFP/East News



Léopoldville, 30 de junio de 1960. Patrice Lumumba y Gaston Eyskens, primer ministro de Bélgica, firman el acta de independencia.

© Bettmann/Corbis/Fotochannels



Nueva York, 1 de julio de 1960. Patrice Lumumba con Dag Hammarskjöld (1905-1961), secretario general de la ONU, en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

© Bob Hommel/Time Life Pictures/Getty Images/FPM



El rey de los belgas, Balduino I (1930-1993), llega al Congo para participar en los actos de celebración de la independencia. En el aeropuerto de Léopoldville lo reciben el primer ministro Lumumba y el presidente Kasavubu (en el centro).

© Ian Berry/Magnum Photos/Fotochannels



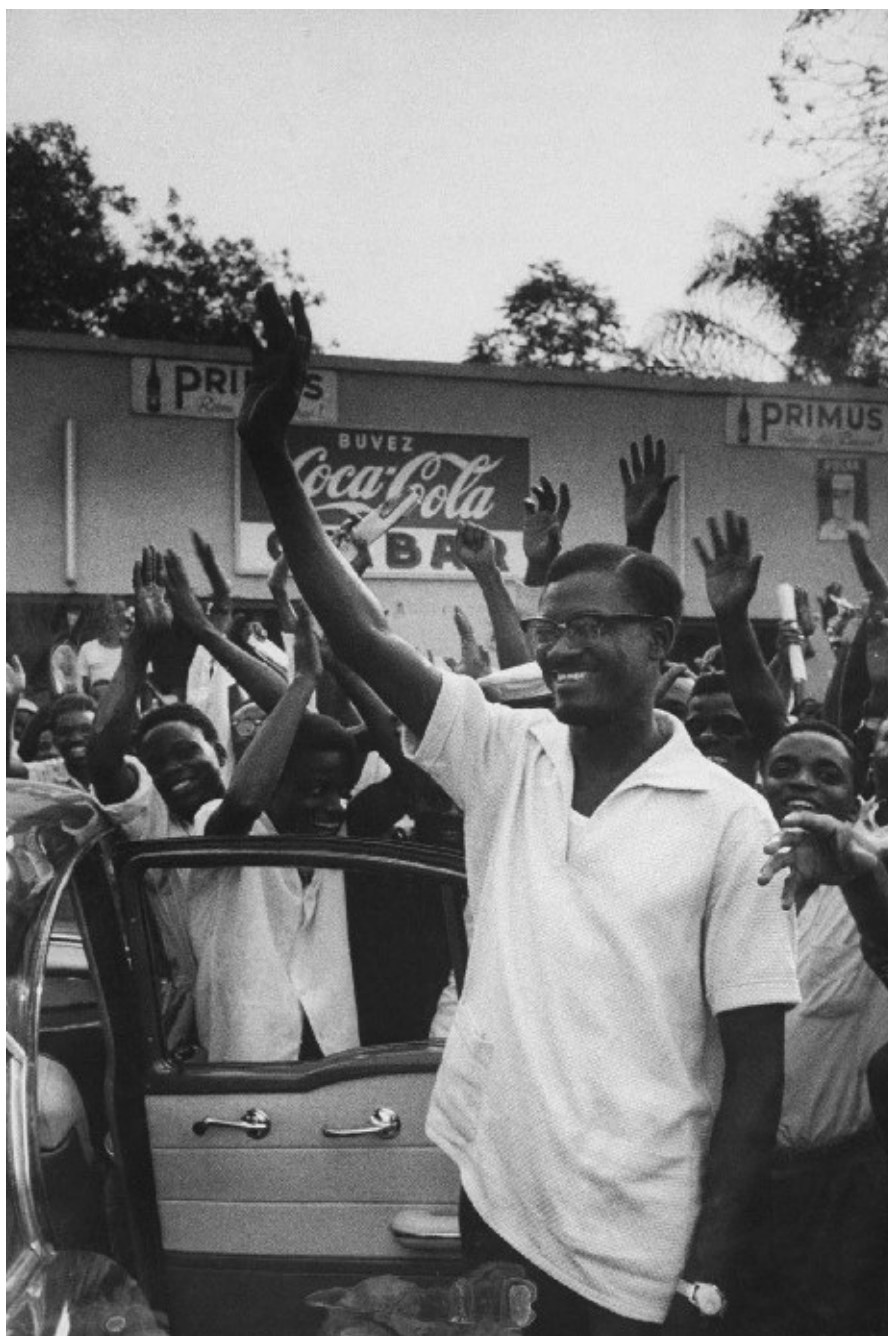
Julio de 1960. Gabinete de Patrice Lumumba.

© Keystone-France/Gamma-Keystone/Getty Images/FPM



Stanleyville, 19 de julio de 1960. Durante el discurso del primer ministro Lumumba, un soldado lo saluda militarmente desde el suelo.

© Ullstein Bild/BE&W



«Nada en este hombre es susceptible de definición. [...] Apasionado, inquieto, caótico, poeta sentimental, político ambicioso, alma impulsiva, increíblemente rebelde y dócil a la vez, confiado hasta el final en su verdad» (cita de «El bar ha sido tomado»).

© Terrence Spencer/Time Life Pictures/Getty Images/FPM



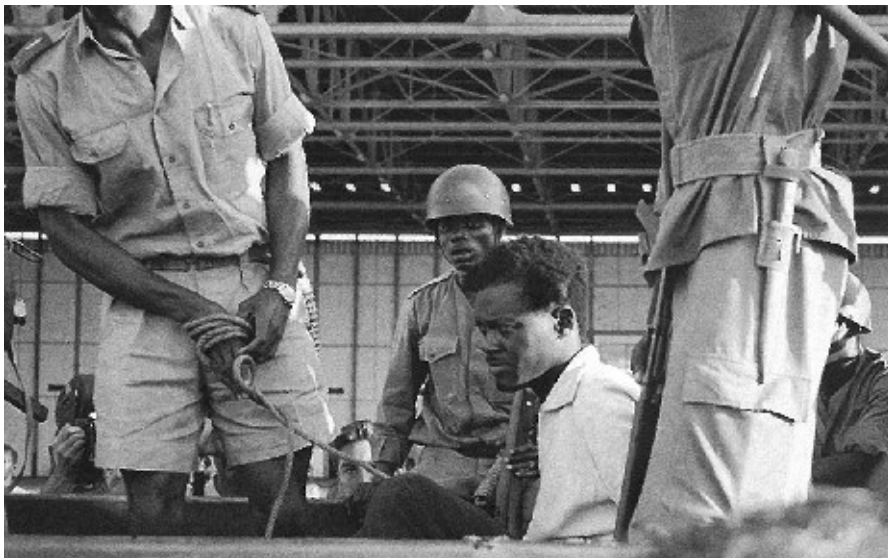
Léopoldville, 11 de octubre de 1960. Rueda de prensa bajo la protección de soldados de la ONU. El depuesto primer ministro Lumumba intenta recuperar el poder.
© Bettmann/Corbis/Fotochannels



15 de octubre de 1960. Patrice Lumumba habla con sus partidarios en un intento de recuperar el cargo de primer ministro. A su lado, su esposa Pauline.
© Everett Collection/East News



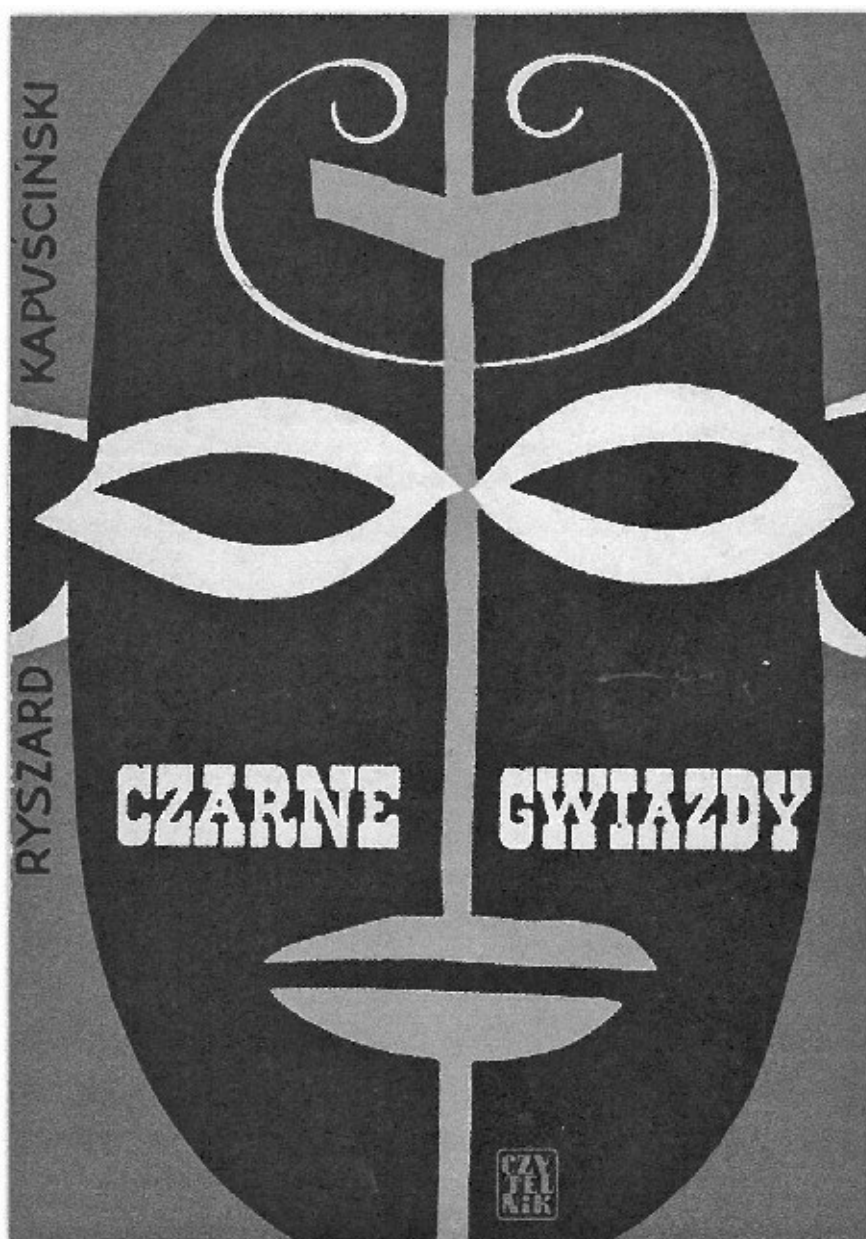
Los rusos protestaron ante la ONU contra la brutalidad en el trato a Lumumba (en el centro), pero sin éxito. A la derecha otro apresado, Joseph Okito, vicepresidente del Senado.
© Bettmann/Corbis/Fotochannels



4 de diciembre de 1960. Traslado al cuartel de Thysville (hoy Mbanza-Ngungu), la cárcel de Lumumba.
© Bettmann/Corbis/Fotochannels



Patrice Lumumba (a la derecha) y Joseph Okito (a la izquierda) custodiados por soldados de Tshombe.
© AFP/East News



Cubierta de la primera edición de *Estrellas negras* (diseño de Władysław Brykczyński), el primer libro africano de Ryszard Kapuściński, publicado por la editorial Czytelnik en la primavera de 1963. Los lectores de *Polityka*, donde habían sido publicados (entre 1960 y 1961) los diecisiete reportajes que conforman el libro, votaron a Kapuściński como el autor más popular del semanario.

EPÍLOGO: GHANA, EL CONGO Y KAPUŚCIŃSKI DE CERCA Y DE LEJOS

Pasé una parte de la noche leyendo *Estrellas negras*, y no pude parar, aunque conozco el Congo desde hace medio siglo. ¡Qué lectura tan apasionante! ¡Qué bien que se haya reeditado!

Los reportajes son breves, concisos, extraordinariamente dinámicos y están teñidos de toques personales. Ya se ve en ellos el gran talento de Kapuściński, que al cabo de quince años brillará con todo su esplendor en *El Emperador*. Su autor es uno de los precursores de lo que hoy se llama *New Journalism*, o sea, el periodismo que parte de la tradición de Truman Capote o Norman Mailer. Y, en cuanto a África, son sus continuadores Lieve Joris^[49] y David Van Reybrouck,^[50] los dos escriben sobre el Congo.

Por supuesto que estos textos, escritos en caliente, se nutren principalmente de las impresiones del propio autor, de sus vivencias y sensaciones; es su principal mérito, aunque el tono a veces pueda sorprender al lector acostumbrado a la corrección política. No siempre todo refleja los hechos al cien por cien, ni está al cien por cien documentado. Es un rasgo normal del reportaje, del que no se espera que aporte datos científicamente exactos ni que aspire a la objetividad absoluta. Por ejemplo, no todos los colonos del Congo eran como los que pinta Kapuściński. Pero su caricaturizado retrato refleja tanto el comportamiento de muchos de ellos como la imagen que de ellos tenían los congoleños.

No lo notarán seguramente los lectores jóvenes, pero mi generación recuerda que en los reportajes de Kapuściński buscábamos la crítica y la caricatura oculta del sistema soviético. En el ciclo sobre Ghana hasta hoy resuena el eco de la crítica ideológica de la dictadura comunista.

El lector de hoy seguramente se preguntará si estos reportajes son actuales, por qué leerlos y qué ha pasado con las personas y los países sobre los que escribió Kapuściński. Intentaré proponer respuestas a estas preguntas, como historiador y también basándome en mis propias experiencias atesoradas durante mis años de trabajo en universidades congoleñas entre 1968 y 1976, y durante mis numerosas y breves estancias posteriores en el Congo.

I

Las postrimerías de los años cincuenta inauguran la década en que los países africanos irán independizándose. Cuando Kapuściński viaja a Ghana y al Congo,^[51] las noticias de esos países aparecen con regularidad en la radio y la televisión, así como en las primeras planas de los periódicos.

Kwame Nkrumah y Patrice Lumumba (ya por entonces muerto) son, junto a Ahmed Sékou Touré, los líderes de la lucha de los países del Tercer Mundo contra el colonialismo y el imperialismo. Nelson Mandela acaba de ser condenado a cadena perpetua (1962) por haber creado, siguiendo el modelo de Fidel Castro, una organización de lucha armada contra el régimen blanco de Sudáfrica. Estos políticos y sus países están vinculados, aunque en distintos grados, con el bloque soviético, y, también en distintos grados, ven —inspirados por el marxismo— en el bloque soviético o China un contrapeso frente a los países de Europa occidental y Estados Unidos. La caída política de cada uno de ellos se atribuirá a la CIA.

La realidad de sus actuaciones políticas era por supuesto mucho más compleja que lo que se escribía de ellos en la prensa. Un gran mérito de los reportajes de Kapuściński radica en que, al centrar su interés en individuos concretos que había conocido, ya de las cumbres del poder, ya de la calle, presenta un cuadro que refleja mucho mejor las experiencias y vivencias humanas.

Kapuściński no disimula sus opiniones y simpatías. La manera en que describe, por ejemplo, a los belgas del Congo hoy incluso nos resulta excesivamente dura. El lector acostumbrado a la corrección política debe recordar que Kapuściński escribe sobre colonialistas, gremio al que la opinión pública de aquella época, incluida la occidental, condenaba. Por otro lado, puede dar rienda suelta a su antipatía, ya que escribe sobre «imperialistas» o sus «lacayos» como Moise Tshombe para los medios polacos de entonces.

Medio siglo después, tras años de sucesivas crisis, la Ghana de hoy —la novena economía del continente— es uno de los países que compaginan con éxito democracia política y desarrollo económico. Desde hace veinte años la vida transcurre por un sendero cada vez más asentado, así que hay pocas noticias de Ghana en la prensa o la televisión. Una tercera parte de la población aún tiene que sobrevivir con un dólar al día, pero la política neoliberal inaugurada en los años noventa y apoyada por instituciones internacionales permite mantener estable el crecimiento económico, uno de los más altos de África: el 14% en 2011. El año pasado Ghana fue el segundo productor mundial de cacao y el séptimo de oro.

Kwame Nkrumah, el padre de la independencia de Ghana, morirá en el exilio como una figura mundialmente famosa del panafricanismo y teórico de la revolución africana. Dedicó sus dos últimos libros a la guerra revolucionaria en África (*Handbook of Revolutionary Warfare: A Guide to the Armed Phase of the African Revolution*, 1968) y a la lucha de clases en el continente (*Class Struggle in Africa*, 1970).^[52]

Francis Nwia Kofi Nkrumah se convierte en 1952 en el jefe del gobierno de Costa de Oro. Conducirá a esta colonia británica, a la sazón la más rica de África, a la independencia en 1957, gracias a lo cual será llamado Osagyefo (Libertador). En

1960 es presidente, y cuatro años más tarde presidente vitalicio de Ghana. Ya en 1958 su gobierno detuvo a muchos miembros de la oposición, reprimió brutalmente huelgas y en 1964 impuso el sistema de partido único.

Ghana se acerca en 1962 al bloque soviético, el marxismo es declarado la base ideológica del partido gobernante (Convention People's Party). De resultas de un golpe de Estado, Nkrumah pierde el poder en febrero de 1966. Se encontraba entonces de viaje a Pekín y Hanói, adonde se dirigía a fin de buscar una solución política a la Guerra de Vietnam. Se refugió, por tanto, en Guinea,^[53] cuya confederación con Ghana nunca fue formalmente anulada. Como acertadamente subraya Kapuściński, las aspiraciones políticas de Nkrumah eran más bien panafricanas e internacionales antes que locales. Por eso a principios de los sesenta la popularidad del Osagyefo en Ghana cae rápidamente. El desplome del precio del cacao contribuye a agravar la crisis económica. En los últimos años de su régimen el coste de vida aumenta casi en un 50%.

Nkrumah muere de cáncer en Bucarest en 1972.

II

Es del todo diferente la situación del Congo, que en 1971 cambiará su nombre por el de Zaire, y a partir de 1997 será la República Democrática del Congo. Cuando Kapuściński llega al Congo, Lumumba ya está muerto (fue asesinado el 17 de enero de 1961). De la muerte de Lumumba no sólo son responsables Tshombe y Mobutu, sino también el gobierno belga de entonces y la CIA. Dos películas de Raoul Peck, el documental *Lumumba, la mort du prophète* (1990) y el largometraje *Lumumba* (2000), están dedicadas a su historia. Kapuściński no menciona la muerte —sin esclarecer hasta la fecha— de Dag Hammarskjöld, secretario general de la ONU que murió en un accidente aéreo el 18 de septiembre de 1961 mientras sobrevolaba el norte de Zambia. El objetivo de aquel viaje era negociar con Tshombe.

Joseph-Désiré Mobutu (después Mobutu Sese Seko), un personaje aún secundario en los reportajes de Kapuściński, llega al poder en 1965 mediante un golpe de Estado militar. Poco después del genocidio perpetrado en la vecina Ruanda (1994), destacamentos rebeldes apoyados por Ruanda y Uganda atravesarán el país de este a oeste, obligando a Mobutu a escapar. Su dictadura será sustituida por el gobierno autoritario de Laurent-Désiré Kabila, que se autoproclamará presidente. En un principio se aprovecha del hecho de haber sido uno de los líderes de las rebeliones lumumbistas en el este del Congo y haber acompañado al Che Guevara. En realidad, la incursión del Che en el Congo en 1965 para, durante siete meses, apoyar la revolución fue un fracaso; además no tenía buena opinión de Kabila como revolucionario. Después del asesinato de Kabila en 2001, la presidencia de su hijo Joseph Kabila adoptará una apariencia de democracia. Formalmente, el gobierno

gobernará, se celebrarán elecciones gracias a la ayuda económica de Occidente y a la presencia de cascos azules, soldados de las fuerzas de paz de la ONU.

El Congo, a diferencia de Ghana, desde hace casi veinte años es escenario de interminables conflictos armados en los que, en diferente medida, están involucrados los países vecinos. Este conflicto, calificado como la primera guerra africana, por analogía a la Primera Guerra Mundial, ha causado probablemente casi 10 millones de muertos, a un ritmo de 45.000 al mes de promedio. Esto se debe a las expulsiones y el éxodo masivos de aldeas y ciudades de gentes privadas de medios de vida, de acceso al agua potable, de refugio. La crisis económica, que empezó en los setenta, se profundiza de año en año y la economía se encoge. Aunque oficialmente el producto nacional crece desde hace diez años, su punto de partida era tan bajo que la población todavía no lo nota. Actualmente, el país ocupa la posición 228 en el ranking mundial en lo tocante al PNB por habitante, y el último en la lista del Índice del Desarrollo Humano.

Las riquezas minerales del país que desde hace cien años se califica con el nombre de escándalo geológico (un 30% de las reservas mundiales de diamantes y un 70% de coltán) constituyen una maldición para sus habitantes. Una de las causas de la interminable guerra en el este del Congo radica en la explotación de las riquezas mineras, desde oro y diamantes hasta los metales raros cuya demanda ha crecido exponencialmente de resultados del desarrollo de la informática y el uso generalizado de teléfonos móviles. Los minerales se extraen a mano desnuda, a menudo por niños, porque para la población local es la única manera de sobrevivir; otros son obligados a trabajar por bandas armadas e incluso por tropas regulares. La venta de los minerales no sólo financia la guerra, sino también permite que se enriquezcan señores de la guerra, generales y oficiales de alta graduación. El fusil se ha convertido en el Congo del siglo XXI en la máquina de hacer dinero más eficaz, y la vida humana ha perdido todo valor. Las violaciones de mujeres están tan a la orden del día (se calcula que durante la última década su número se elevó a medio millón) que se acusa de ellas incluso a soldados de las fuerzas de paz de la ONU.

Desde el momento en que el Congo entró en la arena de los conflictos mundiales —mediante el uso del uranio allí extraído para construir las bombas nucleares que destruyeron Hiroshima y Nagasaki— se halla en el centro de interés de las superpotencias. A petición de los congoleños, el Consejo de Seguridad de la ONU decidió enviar al Congo su primera misión de paz en África, ONUC. Los cascos azules aterrizaron allí en julio de 1960. Y en 2013 la ONU crea una brigada con licencia para llevar a cabo acciones ofensivas, la primera en su historia (hasta entonces los soldados de la ONU no se involucraban en combates de ningún tipo; por ejemplo, en Ruanda no hicieron uso de sus armas para detener el genocidio de 1994), y, así, poder intervenir militarmente en el este del Congo. La responsabilidad moral por la dimensión de la tragedia ruandesa y el hecho de que la interminable guerra en

el este del Congo conduce a una situación igual de dramática justifican esta decisión.

III

¿Se puede encontrar en los reportajes de Kapuściński una explicación a las respectivas evoluciones, tan diferentes, de los dos países? Creo que un lector atento podrá deducir que el creciente descontento de los habitantes de Acra facilitó el golpe de Estado. Puesto que la propaganda sostenía que Nkrumah era todopoderoso (la ideología oficial del país era el nkrumahismo), la gente entendía que era el responsable de todo. Kapuściński lo deja entrever hábilmente al contar la historia de una mujer que busca la mediación de Nkrumah en una disputa con su marido.

Cuando en 1966 el ejército, apoyado por la CIA, se haga con el poder, la población no reaccionará. Como Lumumba en el Congo, también Nkrumah —en su faceta de combatiente por la independencia y símbolo del panafricanismo— será reconocido como héroe nacional, pero muchos años después de su muerte.

La descripción hecha por Kapuściński del Congo en los primeros años de independencia hoy se antoja una introducción a la explicación de las causas internas de la crisis política, social y económica que permitió que la intervención de los países vecinos convirtiera el Congo en un país fantasma. El gobierno central, ciertamente, está reconocido por la comunidad internacional y sus instituciones, pero en el interior del país ni siquiera controla del todo al ejército nacional. Casi el total de los ingresos del Estado (el 90%) proviene de los permisos para buscar riquezas minerales y su exportación. Sólo las fronteras se hallan más o menos bajo control del gobierno central, por lo que los aranceles constituyen una partida de excepcional importancia del erario de la RDC. Sin embargo, todo el mundo sabe que primero hay que sobornar al aduanero y luego fijar con él el valor oficial del producto y del arancel a ingresar en el tesoro del Estado. La dictadura de Mobutu, sobre todo en los años setenta y ochenta, transformó el aparato del gobierno y del partido en un parásito que se alimenta del capital económico y social del país.

Los congoleños eran conscientes de ello, como demuestra un chiste político de los años noventa:

Juvénal Habyarimana, presidente de Ruanda (1973-1994) y amigo de Mobutu, lo llama presa del pánico: «Joseph, ¿qué debo hacer? El ejército de los tutsis [ruandeses, encabezados por el actual presidente de Ruanda, Kagame] se acerca a la capital». «¿Por dónde vienen hacia Kigali?», pregunta Mobutu. «Por la carretera», contesta Habyarimana. «¡Idiota, ya te dije que no arreglaras las carreteras!», contesta Mobutu.

Durante los treinta años de gobierno de Mobutu, las carreteras y las vías férreas fueron totalmente descuidadas, y el avión era el único medio para llegar a la capital, situada en los confines occidentales del país. Mobutu controlaba todos los

aeropuertos, y los aviones de otras líneas aéreas sólo podían aterrizar en Kinshasa. Así, todo intento de revuelta estaba localizado y era vencido con ayuda de tropas extranjeras transportadas por aire.

El Congo, a diferencia de Ghana, parece perseguido por la sombra de la independencia conseguida más de medio siglo atrás. Mobutu y Kabila sénior pertenecen a la misma generación que Gizenga y el jefe de la oposición política, Étienne Tshisekedi. La presidencia de Joseph Kabila júnior no ha cambiado la configuración de fuerzas políticas a favor de las generaciones jóvenes, aunque actualmente el 65% de la población no llega a los veinticinco años.

Conociendo la situación de hoy, resulta fácil formular estas observaciones y leer los reportajes de Kapuściński como anuncio de la interminable crisis.

Cuando llegué al Congo a principios de febrero de 1968, la crisis de la independencia parecía superada. La situación económica del país mejoraba, la gente, aunque pobre, no pasaba hambre y en las calles se veían destellos de alegría de vivir. Los estudiantes se oponían a la dictadura y pagaban el precio por ello, aunque muchos de sus líderes se dejaban comprar con cargos lucrativos en el partido y el gobierno. En 1971 Mobutu cambia el nombre del Congo por Zaire, igual que el nombre del río Congo y de la moneda. Acompaña estos cambios una especie de nacionalización (bautizada como zairización y que más tarde se llamará mobutismo) de la vida social y cultural que en un principio insufla a la gente confianza en sí misma, pero extendida a la economía, conduce al país a la ruina. La obligación de cambiar los nombres cristianos por otros locales (Joseph-Désiré se transforma en Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu wa za Banga) y la estatalización de la educación religiosa originan un conflicto con la Iglesia católica, poderosísima en el Congo. Para pacificar a los estudiantes, las universidades se incorporan en el sistema de una única universidad estatal. A mediados de los setenta la crisis se profundiza porque las empresas, que han pasado a manos de los miembros del clan Mobutu, quiebran, la gente pierde su trabajo, y el Estado, impuestos. Cae en picado el nivel de la enseñanza y, por tanto, también la cualificación de la futura mano de obra. La empresa minera Gécamines, vaca lechera de la caja privada de Mobutu, deja de mantener sus minas debido a la caída del precio del cobre. El ejército y la policía, mal pagados y a destiempo, vive de saquear a la población.

Abandono el Congo en agosto de 1976, poco antes de la primera guerra en Katanga (Primera Guerra de Shaba).

IV

De los actores políticos a los que Kapuściński presta mayor atención, sólo queda con vida Antoine Gizenga. Después del exilio entre 1965 y 1992, regresó al

Congo para asumir el cargo de secretario general del Partido Lumumbista Unificado. Más tarde, entre 2006 y 2008, fue primer ministro del gobierno. En 2009 Joseph Kabila le concedió el título de héroe nacional, un sueldo de primer ministro y una escolta personal de doce soldados. El único héroe nacional del Congo que sigue con vida es sucesor de Lumumba.

El primer héroe nacional del Congo, Lumumba, comparte desde hace poco este estatus con Simon Kimbangu. Kapuściński habla del profeta que en 1921 anhelaba crear la Iglesia nacional congoleña. Condenado por un tribunal colonial a cadena perpetua, murió en prisión en 1951. La Iglesia que había fundado se convirtió en el Congo independiente en una poderosa institución ya en tiempos de Mobutu. Se acusaba a sus jerarcas de colaborar con el dictador. El kimbanguismo, hoy una de las Iglesias protestantes, tiene numerosos fieles también fuera del Congo, no sólo en África central sino también allí donde está presente la diáspora congoleña.

Moise Tshombe huyó a España después de la caída del gobierno secesionista de Katanga. En 1964 regresó al Congo para asumir el cargo de primer ministro, del que fue despojado en el mismo año por el presidente Kasavubu, y volvió a refugiarse en España. Murió en 1969 en Argelia (oficialmente de un infarto), adonde había sido llevado en 1967 a bordo de un avión secuestrado. Detrás del secuestro estaba no sólo Mobutu, sino también el servicio de inteligencia francés.

Joseph-Désiré Mobutu, presidente del Congo entre 1965 y 1997, murió de cáncer en Marruecos pocos meses después de su huida del Congo.

Joseph Kasavubu, apartado del poder en 1965 por el golpe de Estado de Mobutu, murió en el Congo en 1969 de muerte natural.

Desde 1997 los hijos de Lumumba, de Kasavubu y de Mobutu intentan desempeñar un papel político en el país. De vez en cuando alguno de ellos aparece como ministro de menor importancia. Aparte del hijo de Laurent-Désiré Kabila, Joseph, ninguno de ellos ha conseguido acercarse a la posición política de su padre.

V

Para terminar, unas palabras sobre el lugar que *Estrellas negras* ocupa en la literatura, ya que Kapuściński es escritor y reportero por igual. El lector que conoce *El corazón de las tinieblas* percibe desde las primeras páginas de este volumen un hermanamiento literario con Conrad. Claro que los países a los que viaja Kapuściński son ya independientes, mientras que Conrad escribió sobre el África en pleno reparto colonialista. En la nueva configuración política, al contrario que Kurtz, el agente comercial de *El corazón de las tinieblas*, su avatar del siglo xx, el tío Wally de «Hotel Metropole» de Kapuściński no es una amenaza para nadie. Ese desecho humano que día tras día gasta escrupulosamente en emborracharse todo el

dinero que gana es tolerado con condescendencia por los africanos. Kurtz era una caricatura del hombre blanco que ejerce un poder implacable al considerarse el señor del mundo.^[54] El contraste entre Kurtz y Wally evidencia hasta qué punto son diferentes los dos autores a la hora de mostrar la esencia del colonialismo. ¿Se puede suponer que a principios de los sesenta los polacos buscaban en esta historia un sentido oculto? Recordemos que Kapuściński estuvo en Ghana a caballo entre 1959 y 1960, y en el Congo en 1961, de modo que escribió sus relatos después del convulso 1956.

El recientemente fallecido Chinua Achebe, uno de los escritores africanos más conocidos, gustaba de subrayar que hasta que los leones no crearan a su propio historiador, la historia de la caza sólo glorificaría al cazador. Es la diferencia fundamental entre la mirada de Kapuściński y la perspectiva de Conrad, rechazada por Achebe.

Los protagonistas de Conrad son los blancos, mientras que los de los reportajes de Kapuściński, salvo contadas excepciones, son los africanos. Tan sólo un par de años después de la aparición, en 1958, de la primera novela de Achebe, *Todo se desmorona*, los reportajes de Kapuściński describen África y a los africanos desde el punto de vista de los leones, y no de los cazadores. También por eso *Estrellas negras* merece una relectura.

BOGUMIŁ JEWSIEWICKI
Quebec, agosto de 2013

BOGUMIŁ JEWSIEWICKI nació en 1942 en Vilna. Estudió Etnografía e Historia en la Universidad de Łódź, por la que se doctoró. Entre 1968 y 1979 trabajó en las universidades de Mbandaka, Kinshasa y Lubumbashi. Más tarde, hasta jubilarse en 2009, en universidades canadienses. Formó a numerosos historiadores congoleños y publicó numerosos trabajos en torno a la historia del Congo colonial y, también, a la cultura urbana y el arte del Congo contemporáneo. Los africanistas de Estados Unidos le concedieron los premios Distinguished Africanist Award y Distinguished African Anthropologist Award.

También se interesa por la historia de la memoria en Polonia y Europa central y oriental; formó a numerosos doctorandos, muchos rumanos entre ellos. Fue investido doctor *honoris causa* por la Universidad de Bucarest. Es estrecho colaborador de la Universidad Adam Mickiewicz de Poznań.

CONSEJO DE EXPERTOS DE LA REEDICIÓN

JAN J. MILEWSKI, nacido en 1937, historiador de la economía, africanista y politólogo. Licenciado por la Universidad de Varsovia, profesor de la Universidad de Ibadán (Nigeria), miembro asociado de St. Antony's College, Oxford. Miembro de grupos de investigación internacionales dedicados a estudios de África (UNESCO, ILO-JASPA, Comisión Europea y otros). Director del Instituto de los Países en Vías de Desarrollo de la Universidad de Varsovia (1995-2005), presidente de la Asociación Polaca de Africanistas (2002-2008), presidente de consejos científicos del Centro de Estudios Británicos de Varsovia. Catedrático de la Universidad de Varsovia y de la Escuela Superior de Psicología Social.

ENCHILL KOFI ASARE, nacido en 1943, doctor en ciencias económicas. Desde 1996 cónsul honorario de la República de Polonia en Ghana. Tras acabar el Prempeh College de Kumasi, en 1962 viajó a Polonia para cursar carrera universitaria. Se licenció y doctoró en Comercio Exterior por la Escuela Superior de Planificación y Estadística (hoy Escuela de Economía de Varsovia). Regresó a Ghana en 1975 acompañado de su mujer, Małgorzata Romaniuk. Ha trabajado, entre otros organismos, en el Ministerio de Comercio y Turismo, el Cocoa Marketing Board y Aldeas Infantiles SOS. En 2009 fue condecorado con la Cruz de Caballero de Mérito de la República de Polonia.

EUGENIUSZ RZEWUSKI, nacido en 1944, filólogo africanista. Desde 1967 profesor de la Universidad de Varsovia especializado en: lengua y cultura suajili, lenguas bantúes y países africanos de habla portuguesa. Profesor en Mozambique (1977-1983) y diplomático: agregado de la embajada de Polonia en Dar es-Salaam (1995-1999) y embajador de Polonia en Luanda (2003-2006). Miembro fundador de la Asociación Polaca de Africanistas.

BOŻENA DUDKO, periodista y editora. Desde 2005 encargada del archivo personal de Ryszard Kapuściński. Desde 2010 secretaria del Premio Internacional Ryszard Kapuściński de reportaje literario, del que fue artífice y de cuyo jurado es secretaria.

NOTA DE LA EDITORA

Todos los textos que componen el volumen *Estrellas negras* habían sido publicados antes en la prensa, excepto el reportaje «El “bon ton” en un clima tórrido», cuya primera publicación no se ha logrado localizar.

«Hotel Metropole», significativamente diferente de la versión del libro, apareció en 1960 en el número 13 de la revista bisemanal *Współczesność* [Contemporaneidad].

Los demás reportajes aparecieron en el semanario *Polityka* (*P* en lo sucesivo), en el que había trabajado Ryszard Kapuściński antes de partir a África en la primavera de 1962 como corresponsal de la Agencia de Prensa Polaca.

La parte «Kwame» apareció en 1960 dentro del ciclo *Ghana de cerca*:

«Boicot en el altar», *P*, n.º 9;

«Sin techo en Harlem», *P*, n.º 15; ^[**]

«Un día de la vida de un ministro», *P*, n.º 4;

«La guardia tal como es», *P*, n.º 10;

«Susurros al mediodía», *P*, n.º 16;

«Perdido para la Ford», *P*, n.º 12.

Siete reportajes de la parte «Patrice» fueron publicados en 1961 dentro del ciclo *El Congo de cerca*, y los dos últimos, ya fuera del ciclo, en 1962:

«La frontera», *P* 1961, n.º 13;

«Mayo», *P* 1961, n.º 17;

«Los abanderados», *P* 1961, n.º 18;

«Uno de los cuatro», *P* 1961, n.º 19;

«El bar ha sido tomado», *P* 1961, n.º 20;

«Los presidentes», *P* 1961, n.º 22;

«La ofensiva», *P* 1961, n.º 23 y 24;

«Gizenga», *P* 1962, n.º 4;

«Tshombe», *P* 1962, n.º 6.

Los reportajes «Hotel Metropole», «Sin techo en Harlem», «Los presidentes» y «La ofensiva», así como fragmentos escogidos de «Mayo», «Los abanderados», «Uno de los cuatro» y «El bar ha sido tomado» aparecieron, bajo el epígrafe aglutinador «Lumumba», en la primera edición de *La guerra del fútbol* (Czytelnik, 1978). Una parte del reportaje «Un día de la vida de un ministro» la incluyó el autor en el primer capítulo de *Ébano* (Czytelnik, 1998).

Nuestra reedición se basa en la primera y única edición de *Estrellas negras* (Czytelnik, 1963, 6.250 ejemplares). Se compone de diecisiete textos de los años 1960-1962. Hemos mantenido la selección y el orden decididos por el autor. En la preparación de la reedición, nos hemos limitado a introducir cambios cosméticos (sobre todo en lo tocante a la ortografía y la puntuación, recientemente reformadas) y también a corregir los nombres propios extranjeros de acuerdo con las actuales reglas de transcripción. Los hemos consultado con los africanistas Bogumił Jewsiewicki y Eugeniusz Rzewuski, a los que agradecemos su ayuda.

La reedición ha sido enriquecida con notas a pie de página, imprescindibles tras cincuenta años, confeccionadas por el catedrático Bogumił Jewsiewicki, el doctor Eugeniusz Rzewuski y Bożena Dudko, y, en los reportajes sobre Ghana, por Małgorzata y Enchill Kofi Asare, así como con un epílogo del profesor Bogumił Jewsiewicki de la Universidad Laval (Quebec, Canadá), que aclaran los contextos histórico y actual de Ghana y el Congo.

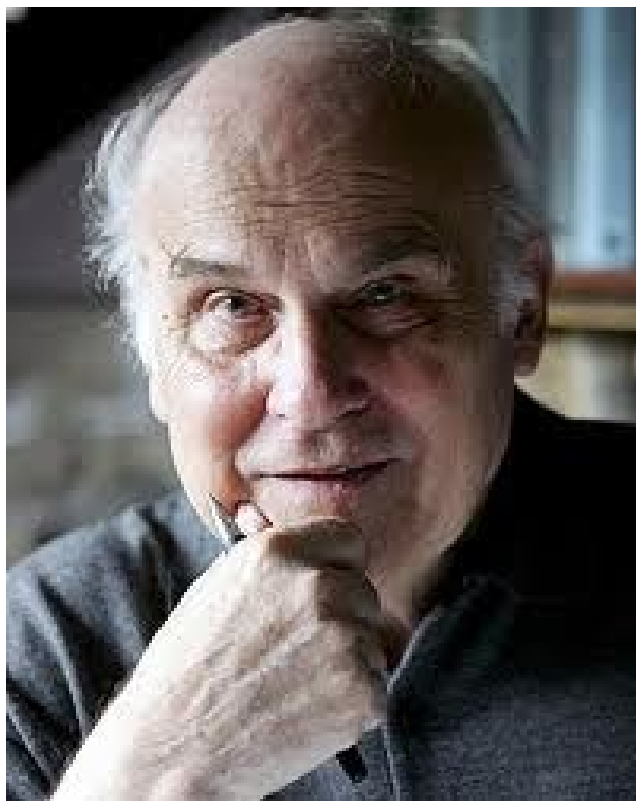
La primera edición de *Estrellas negras* contenía 24 fotografías que Ryszard Kapuściński tomó durante su primera estancia en Ghana. Lamentablemente parte de ellas se ha perdido, por ejemplo la del Hotel Metropole y el retrato de Z. B. Shardow.

Incluimos aquí una selección, preparada por Karolina Wojciechowska, de 10 instantáneas tomadas por Ryszard Kapuściński en Acra en los años 1959 y 1960, y un relato fotográfico compuesto de fotografías de agencia en que aparecen los principales protagonistas del libro, Kwame Nkrumah y Patrice Lumumba, preparado por Patrycja Trawińska.

Agradecemos el acceso al archivo personal de Ryszard Kapuściński a Alicja Kapuścińska y Rene Maisner.



Antes de tomar el vuelo a Stanleyville, 1961. Desde la izquierda: Jaroslav Bouček, de Rudé Právo; G. Fediashin, de la TASS; Ryszard Kapuściński, de la PAP, y Dušan Provazník, de la ČTK.
Foto del archivo personal de Jaroslav Bouček jr.



RYSZARD KAPUŚCIŃSKI (Pinsk, Bielorrusia, entonces parte de Polonia, el 4 de marzo de 1932 - Varsovia, 23 de enero de 2007) fue un periodista, historiador, escritor, ensayista y poeta.

Estudió en la Universidad de Varsovia historia, aunque finalmente se dedicó al periodismo. Colaboró en *Time*, *The New York Times*, *La Jornada* y *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Compaginó desde 1962 sus colaboraciones periodísticas con la actividad literaria y ejerció como profesor en varias universidades.

Ya con diecisiete años publicó poemas en la revista *Hoy y Mañana*, y en el año 1953, ingresó en el Partido Comunista de su país, licenciándose en Historia en la Universidad de Varsovia tres años después. Comenzó su carrera periodística en el periódico *Bandera de la Juventud*, y en 1968, fue nombrado corresponsal de la Agencia de Prensa Polaca en el extranjero, trabajando en África, Latinoamérica y Asia, compaginando este trabajo con la escritura de libros. Recibió numerosos honores y premios, como el Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en el año 2003, y doctorados Honoris Causa por numerosas universidades. Fue también miembro de la Academia Europea de las Ciencias y las Artes.

Notas

[1] El célebre libro *Tristes trópicos* (1955) de Claude LéviStrauss (1908-2009), antropólogo y escritor francés, se publicó en Polonia en 1960. <<

[2] Nankani es una tribu que habla la lengua nankani (perteneciente al grupo gur) y habita la parte nordeste de Ghana y el territorio vecino de Burkina Faso. <<

[3] El autor repite la leyenda arraigada entre los europeos de que las escarificaciones, sobre todo en la cara, rebajaban el valor de la potencial víctima de la trata de esclavos. Y los tatuajes servían —y siguen sirviendo hasta hoy, aunque en menor medida— para identificarse con el grupo; asimismo tenían significado religioso, médico y estético. <<

[4] Los retratos de pequeños empresarios «libaneses» contrastan con el reportaje siguiente, sobre los colonos del Congo. El autor muestra mucha simpatía por los empresarios procedentes de Oriente Medio (en aquel entonces se los llamaba «levantinos»; no todos eran musulmanes, a menudo se trataba de cristianos), y subraya su movilidad transfronteriza: muchos operaban ya en mercados internacionales. Las redes familiares y profesionales de su diáspora cubrían el África occidental desde hacía un siglo. Tenían mayor contacto con la población autóctona que los europeos, pero se casaban exclusivamente entre ellos. Su actividad regional, que no respetaba las fronteras de las colonias, parecía coincidir con los planes políticos de Nkrumah y Sékou Touré de crear una comunidad política transnacional. La Constitución de Ghana de 1960 preveía el traspaso de la soberanía nacional a la Unión de Estados Africanos. Durante un breve período Ghana y Guinea, cuyo presidente era Sékou Touré, se habían unido en una federación. Por eso no es casual que Kapuściński atribuya a Habib Zacca una amistad con Sékou Touré. <<

[5] Abreviatura de Stanleyville. <<

[6] «Sepan que lo maté con el bastón. Como a una serpiente». <<

[7] «Miren, más o menos así». <<

[8] El nombre de Ghana lo eligió Nkrumah. Ghana o Wagadu es el primer país del África subsahariana (entre la Mauritania y el Mali de hoy) que, en la Edad Media europea (siglos IX-XIII), aparece en documentos escritos. La continuidad histórica y territorial de la Ghana antigua y la actual es meramente simbólica, idealizada. Los dos territorios ni siquiera se tocan. Antes de la colonización británica, casi todo el territorio de la Ghana de hoy formaba parte del imperio ashanti. Como colonia británica, se llamaba Costa de Oro. Los padres de la independencia ghanesa no aceptaban el nombre colonial, y al mismo tiempo querían evitar una dominación de los ashanti y otras tribus akan, cosa que la restauración del nombre del imperio precolonial habría perpetuado. <<

[9] Equivocación del autor; este traje se llama *batakali*. <<

[10] En casi toda África negra se honra a los antepasados vertiendo sobre la tierra unas gotas de bebida. Actualmente, el islam y el cristianismo fundamentalista combaten esta costumbre. El gesto expresa respeto por los muertos; también tiene carácter religioso. Asociarlo con el lunes de agua polaco se antoja superficial. <<

[11] El fante es uno de los dos dialectos principales de la lengua akan, del grupo Níger-Congo. Hablan el akan grupos étnicos emparentados que habitan el sur del país, mayoritarios en Ghana. El segundo es el dialecto twi, lengua étnica del pueblo ashanti (o asante), que también es idioma de comunicación. <<

[12] Nkrumah se casó en 1957 con Fathia Rizk, una copta egipcia emparentada con el presidente Nasser. La broma citada por Kapuściński se refiere al hecho de que muchas familias ponían a sus hijos «Nkrumah» como parte del apellido. En la mayoría de las sociedades del África negra los hijos no heredan el apellido paterno, sino que el descendiente recibe el nombre de un antepasado al que los padres quieren honrar o de una persona viva; a veces se debe a las circunstancias del nacimiento, etcétera. Así que fue y sigue siendo práctica habitual echar mano de nombres de personas famosas e influyentes, incluso de amigos. Estas partes del apellido a menudo no tardaban en caer en el olvido, sobre todo porque muchas personas modificaban su apellido a lo largo de su vida, y en algunas sociedades esa parte del apellido nunca se desvelaba públicamente. <<

[13] En Filadelfia hay dos universidades: Lincoln y Pennsylvania. La primera estaba entonces destinada a estudiantes negros. En ella Nkrumah recibió su primer título universitario: en Teología. La segunda, sobre todo para los blancos, le concedió el de licenciado en Filosofía. <<

[14] No es del todo acertada la valoración de la situación económica, ya que, en el momento en que logra la independencia, Costa de Oro es la colonia más rica de África, el primer productor de cacao del mundo y uno de los principales productores de oro. <<

[15] El *kente* se lleva en ocasiones especiales. Los hombres se lo echan por encima del hombro izquierdo como una toga griega. Tejido a mano con hilo de seda o seda y algodón (los actuales suelen ser de viscosa), es extraordinariamente abigarrado. Para Nkrumah se diseñó un *kente* exclusivo, de dibujo único llamado *adwenesa*, literalmente: «diseños agotados», ya que todos los posibles se habían inscrito en éste. Los dibujos del *kente* tenían una especificidad regional; unirlos en uno simbolizaba la unidad del país en la persona de Nkrumah. <<

[16] *Polityka* (n.º 6, 1961) publica «Carta de África», escrita por Kapuściński el 26 de enero de 1961. El reportero dice en ella, entre otras cosas: «Escribo a vuelapluma justo antes de abandonar Jartum. Mañana por la noche [es decir, el 27 de enero] cruzaré la frontera del Congo».

Describirá el ardid que usó para llegar al Congo en el capítulo «Plan del libro que podría empezar en este lugar (o mis peripecias nunca escritas)» de *La guerra del fútbol*. <<

[17] Kapuściński entra en el Congo por la zona de la cuenca del río Aruwimi, explorada entre 1907 y 1908, en el marco de una expedición alemana de investigación, por el antropólogo Jan Czekanowski (1882-1965), quien describió sus impresiones de aquella expedición en el libro *W głąb lasów Aruwimi* [*Hacia el corazón de los bosques del Aruwimi*]. <<

[18] Lo más probable es que se trate de Alfried Krupp von Bohlen und Halbach (1907-1967), bisnieto de Alfred Krupp (1812-1887), uno de los presidentes y propietarios de la famosa empresa alemana de industria del acero y armamentista. La Friedrich Krupp AG fue el mayor productor y proveedor de armamento y municiones de la Wehrmacht. Después de la guerra, en los procesos de Núremberg, los miembros de la dirección y del consejo de administración de la Krupp AG fueron juzgados y condenados a penas de prisión por crímenes contra la humanidad. <<

[19] Jaroslav Bouček (1923-2001), periodista y traductor; entre 1956 y 1970, corresponsal del periódico *Rudé Právo* (hoy *Právo*) en África, Asia y América Latina. <<

[20] Los periodistas entraron en el Congo (hoy RDC) desde el sur de Sudán por el puesto fronterizo de Yei, carretera de Juba. En el lado este congoleño, o sea, a la derecha del meridiano 28°, se usa la lengua hablada bangba del grupo ngbaka (una pequeña lengua local: en 1993 era usada por unas 11.000 personas del grupo étnico bangba). <<

[21] Dušan Provazník (n. 1934), periodista de la Agencia de Prensa Checoslovaca (ČTK); desde la incursión en el Congo, amigo de Ryszard Kapuściński y su traductor. Por razones políticas, durante veinte años no pudo ejercer su profesión. Volvió a la ČTK, de la que lo habían echado, en 1990. Traduce principalmente del francés, polaco e inglés. En la lista de sus traducciones ocupan un lugar importante *Conversaciones con un verdugo*, de Kazimierz Moczarski; *Ta z Hamburga* (La de Hamburgo), de Hanna Krall, y seis libros de Ryszard Kapuściński: *El Emperador* (1980), *El Sha* (1981), *La guerra del fútbol* (1983), *El Imperio* (1995), *Ébano* (2003) y *Lapidarium* (2005). <<

[22] Kapuściński describió a sus compañeros de este viaje en el primer texto del ciclo *El Congo de cerca* (*Polityka*, n.º 12, 1961). <<

[23] El autor usa los nombres de las ciudades de la época colonial. En 1962 Jadotville se convertirá en Likasi, y desde 1966 Stanleyville se llamará Kisangani; la capital, Léopoldville, Kinshasa; Élisabethville, Lubumbashi. Bajo estos nuevos nombres las encontrará el lector en los mapas actuales. <<

[24] En las lenguas bantúes los sustantivos tienen distintos prefijos para singular y plural. Los nombres de etnias (etnónimos) y pueblos, al igual que otros sustantivos que designan a personas, por lo general aparecen como M(u)tetela = (un) tetela; batetela (o watetela, o abatetela) = los tetela. La actual convención de transcripción de este tipo de etnónimos en lenguas europeas suprime estos prefijos. <<

[25] Kapuściński extiende a todo el grupo de *évolués* algo que en aquel entonces atañía a una minoría. La gran mayoría de este grupo de élite estaba fuertemente controlada por la Iglesia católica y subordinada a la administración colonial. <<

[26] Por malversación de fondos, que cometió cuando era empleado de Correos. <<

[27] El puesto es de director comercial de una de las dos fábricas de cerveza. <<

[28] Kimbangu cumplió su cadena perpetua en la vecina capital de Katanga, Lubumbashi. Kapuściński seguramente quiere acentuar la identificación de Lumumba con Kimbangu. A ojos del pueblo llano congoleño, Kimbangu presagia a Lumumba, que será asesinado en Lubumbashi el 17 de enero de 1961. <<

[29] Actualmente Kananga, capital de la provincia de Kasai Occidental. <<

[30] En 1956 tiene cuarenta y tres años. <<

[31] Equivocación del autor; de los ciento setenta escaños en el Ayuntamiento, los negros congoleños ocuparon ciento treinta; en los comicios había participado entre un 75 y un 85% de electores con derecho a voto. <<

[32] Se trata de la Exposición Universal celebrada en Bruselas entre el 17 y el 19 de octubre de 1958 en la que Bélgica mostró al mundo sus éxitos en el Congo. <<

[33] En la primera publicación de este reportaje (*Polityka*, n.º 19, 1961) aparece la fecha: 13 de febrero. Aquel día el mundo se enteró de la muerte de Lumumba. <<

[34] La referencia al estereotipo de África como continente de pasado anónimo, de tribus sin historia por permanecer en el estancamiento, debe servir —en intención del autor— para señalar la profunda raigambre de esta falsa imagen a la hora de juzgar —desde la perspectiva exterior, y muy particularmente eurocéntrica— el papel de las naciones y los pueblos africanos en la historia de las civilizaciones del mundo. <<

[35] Bar popular en los años sesenta que frecuentaba Ryszard Kapuściński. <<

[36] Actualmente Buyumbura o Bujumbura, capital de Burundi. <<

[37] El 4 de enero de 1959 estallarán en Léopoldville disturbios causados por la prohibición de un mitin que organizaba la alianza ABAKO (que más tarde se transformaría en partido político). <<

[38] Corresponsal de la Agencia de Telégrafos de la Unión Soviética (TASS) que se unió en Stanleyville a los checos y el polaco. <<

[39] En el primer texto del ciclo *El Congo de cerca*, Kapuściński lo describe así: «Mirko Veselý, de Radio Praga, la persona que siempre aportó a nuestro grupo un elemento de sosiego y equilibrio» (*Polityka*, n.º 12, 1961). <<

[40] La noticia de la muerte de Lumumba se mantuvo en secreto durante casi un mes.

<<

[41] En realidad en la vecina Sandoa. <<

[42] Actualmente Zambia. <<

[43] El autor se equivoca; la Union Minière, empresa fundada en 1906, lleva funcionando en el Congo trece años, emplea a más de 8.000 obreros y produce alrededor de 20.000 toneladas de cobre. Y el ferrocarril une las minas con Angola, Mozambique y Sudáfrica. <<

[44] La Union Minière de Haut Katanga era una poderosa empresa minera controlada por la Société Générale de Belgique. Estado dentro del Estado en esta provincia cuya economía mantenía el Congo colonial. La uraninita almacenada por la Union Minière en Nueva York servirá a Estados Unidos para fabricar las primeras bombas nucleares.

<<

[45] Cousin tiene entonces sesenta y cinco años. <<

[46] El CONAKAT se funda en 1958 como partido político apoyado por los grupos tribales más importantes de Katanga: el lunda y el luba-katanga. En julio de 1959 se produce una escisión entre estos dos grupos. Bajo el liderazgo de Sendwe, el partido Balubakat se alinearé con los lumumbistas y se opondrá a la secesión de Katanga. Laurent-Désiré Kabila será el responsable de las juventudes del partido. <<

[47] Sir Raphael «Roy» Welensky (1907-1991), desde 1957 primer ministro de la Federación de Rodesia y Nyasalandia. Su padre nació cerca de Vilna (hoy Lituania).

<<

[48] La detención de Tshombe se produce el 26 de abril de 1961. <<

[49] Lieve Joris, nacida en Bélgica en 1953, es periodista, novelista y autora de libros de viajes. Escribe principalmente sobre Oriente Medio y África, pero también le interesan Centroeuropa y Asia. <<

[50] David Van Reybrouck, nacido en 1971, es considerado uno de los representantes más polivalentes de la joven generación de escritores belgas. Su último libro, *Congo. Een geschiedenis* (2010), ha cosechado numerosos premios y se ha convertido en un bestseller (sólo en Bélgica y Holanda se han vendido más de 250.000 ejemplares). Cuenta con traducciones a varias lenguas, entre otras el francés, el alemán y el sueco.

<<

[51] Antigua colonia belga, antes Estado Libre del Congo, finca particular del rey de los belgas Leopoldo II. Al oeste del país, el río Congo lo separa de la antigua colonia francesa, la República del Congo, cuya capital era Brazzaville. <<

[52] Al polaco sólo se han traducido dos libros de Nkrumah: su *Autobiografía* (1958) y *África debe unirse* (1965). <<

[53] Ostentaba el título de vicepresidente de Guinea. <<

[54] La detención de Tshombe se produce el 26 de abril de 1961. <<

[*] Los pasajes en cursiva están sacados de *Ghana. The Autobiography of Kwame Nkrumah*, Nueva York, International Publishers, 1957. (N. de la T.) <<

[**] Su continuación, publicada como un reportaje aparte bajo el título «Estrella negra», apareció en el n.º 17. <<